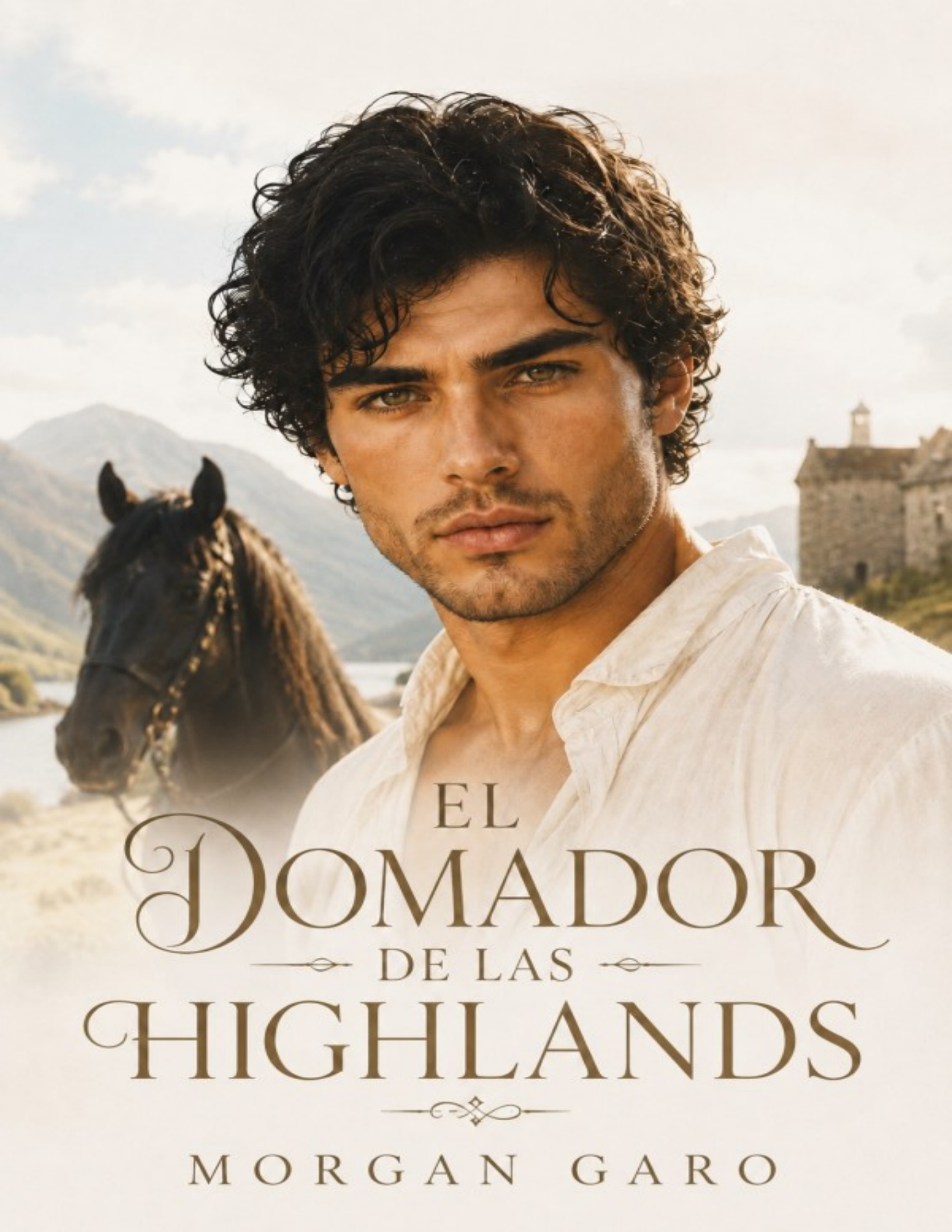




EL
DOMADOR
— DE LAS —
HIGHLANDS

MORGAN GARO

EL
DOMADOR
—◆— DE LAS —◆—
HIGHLANDS
—◆—

M O R G A N G A R O

©Morgan Garo, 2026

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación de información o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, digital, fotográfico o de otro tipo, sin el consentimiento previo y por escrito de la autora.

Esta novela es una obra de ficción. Los personajes, diálogos, escenarios y sucesos descritos son fruto de la imaginación de la autora o han sido utilizados con fines literarios. Cualquier semejanza con personas, lugares o acontecimientos reales es puramente accidental.

Primera publicación: junio de 2026

CAPÍTULO 1

ISOBEL

El camino se terminaba donde empezaba el barro, y el barro, según supe después, era lo único que aquel valle daba en abundancia.

Bajé del carruaje con cuidado de no perder una bota y miré alrededor. El valle se abría entre dos laderas oscuras de brezo, con un río al fondo y, más allá, la mole gris de un castillo que había visto tiempos mejores. Olía a lluvia reciente, a turba y a caballo. Tres días encerrada en un carruaje que olía a oveja mojada me habían enseñado a apreciar cualquier otro olor, de modo que respiré hondo y me dije que aquello, al menos, era un comienzo.

Lo que sí sabía hacer es mirar un caballo y ponerle precio. Mi padre me lo enseñó antes de incluso enseñarme a leer. Solo tengo que verle la boca para descubrir su edad, esa que el tratante jura que no tiene, sé cuándo un animal aguantará una campaña y cuándo se quedará cojo a la primera helada, y también sé distinguir un caballo domado de un caballo vencido. Y al entrar en aquel valle vi, en el corral que había junto a las cuadras, un semental negro que valía más que el carruaje, los caballos que lo tiraban y probablemente que yo.

Daba vueltas con las orejas hacia atrás, midiendo a todo el que se acercaba a la cerca. Lo estudié como estudio a cualquier animal antes de decir una cifra. El pecho ancho, las patas limpias, el aplomo de un caballo que aguantaría una guerra entera y volvería andando. No tenía un solo defecto que justificara que estuviera allí, dando vueltas, en lugar de bajo una silla. Me quedé mirándolo más de lo que pretendía. Había algo en él que me sonaba, quizás su manera de mover la cabeza, porque yo no había estado nunca en aquel valle. Llevo toda la vida entre caballos. Es lógico que alguno me recuerde a otro.

Junto a la cerca había un hombre de espaldas, con la camisa pegada por el sudor y el pelo oscuro peinado de cualquier manera. No se volvió cuando me oyó llegar. Tardé un momento en entender que no pensaba volverse.

—Disculpe —dije—. Busco a Ewan Dunmore.

—Pues siga buscando. Está ocupado.

—Vengo de parte de John Crieff. Por el asunto de la remonta, el contrato con el ejército.

—Lo sé.

—Entonces sabrá que me esperaban.

—No la esperaban a usted. Esperaban a un hombre.

Lo dijo sin levantar la voz y sin apartar los ojos del caballo. Llevo oyendo esa frase, con unas palabras o con otras, desde que tengo edad de entrar en una sala donde se cierran tratos. No me he acostumbrado, ni me acostumbraré y cada vez me sienta igual de mal.

—Mi padre está enfermo —dije. Era la mitad de la verdad, y la mitad que me convenía contar—. Me envía en su nombre a supervisar la preparación de los animales antes de la entrega.

Entonces se volvió.

Tenía la cara de un hombre al que la vida le ha salido al revés, y los ojos de un color difícil de identificar, entre gris y pardo, como el agua de las turberas. No era guapo. Era algo más incómodo que eso, porque me quedé mirándolo sin haberlo decidido, y aparté la mirada antes de que él lo notara. Conozco mi cabeza. Sé hacia dónde tira cuando la dejo suelta, y sé que no me conviene.

—Señorita Crieff. —Mi apellido en su boca sonó a trámite que quería terminar pronto—. Le ahorro el resto del viaje. Aquí no se supervisa nada. Los caballos los preparo yo, los entrego yo y respondo de ellos yo. No necesito que nadie de las Lowlands me explique mi oficio.

—No vengo a explicarle su oficio. Vengo a cuidar de una inversión.

—La inversión está cuidada. Lleva mi nombre detrás.

Y ahí tenía razón. Yo sabía quién era. En el negocio lo sabía todo el mundo. Ewan Dunmore, el domador, el hombre cuyos caballos pedía el ejército por su nombre antes que por su raza. El que había mantenido a flote un clan arruinado en el único valle de las Highlands que aún le sacaba dinero a algo que no fueran ovejas. Mi padre buscó su contrato y no otro por ese motivo. Y yo estaba allí, con el barro subiéndome por las botas, para que aquel hombre no advirtiera que el trato del que tan seguro se mostraba pendía de un hilo mucho más fino de lo que él creía.

—Es un animal magnífico —dije, y señalé al negro con la barbilla. Cuando una conversación se tuerce, yo vuelvo a los caballos. Es terreno firme. Con los caballos no me equivoco—. ¿Para la remonta?

Algo le cambió en la cara. No llegó a sonreír, pero al menos demostró que la cara le servía para algo más que para mirarme por encima del hombro.

—Ese no es para nadie —dijo—. Muerde, cocea y ha tirado a tres hombres este mes. No está listo.

—Yo no diría que no está listo. Diría que no le cae bien usted.

Lo dije antes de pensarlo, que es como digo la mitad de las cosas. Vi cómo se le tensaba la mandíbula. Y vi también al caballo. Se había detenido. Tenía las orejas hacia delante, y me miraba a mí, quieto, como no había estado quieto desde que puse un pie en el valle.

Ewan lo vio igual que yo. Se quedó callado un momento más largo de lo que pedía la conversación. Cuando volvió a hablar, lo hizo con otra voz, más baja.

—Llevo tres semanas intentando acercarme así a él. No me ha dejado ponerle la mano en el cuello una sola vez. —Puede que no sea a usted a quien quiera dejarle.

No me contestó. Volvió a mirar al caballo, y el caballo lo ignoró y siguió mirándome a mí.

—¿Dónde voy a alojarme? —pregunté, porque la conversación empezaba a durar demasiado para lo poco que teníamos que contarnos.

—En el castillo hay habitaciones. —Recogió una cuerda del suelo, y con eso me dio por despedida—. No se haga ilusiones con quedarse. La entrega es dentro de seis semanas. No va a cambiar nada en seis semanas.

—Será suficiente.

—¿Suficiente para qué?

No tenía una respuesta que no me delatara, así que eché a andar hacia el castillo sin dársela. No me volví. Pero sentí su mirada en la espalda buena parte del camino, y detrás de ella, grave, el relincho del caballo negro, largo y bajo, llamando a alguien que se iba.

El castillo de los Dunmore era frío. Me recibió un ama de llaves de pocas palabras, una tal Effie, que me trató con la cortesía justa que se le dedica a quien va a marcharse pronto. Me dejó en una habitación del ala este con una cama, un aguamanil y una ventana por la que entraba el viento como si no hubiese cristales.

Cené en una sala demasiado grande para los pocos que la ocupábamos. El laird, Hamish Dunmore, hermano mayor de Ewan, presidía la mesa con el aire de quien carga un peso que no eligió. Hablaba poco y comía menos. Cuando le pregunté por la marcha de la cría, miró un instante hacia la puerta antes de responder.

—De eso se ocupa mi hermano —dijo—. Yo me ocupo del resto.

El resto, entendí, era mantener en pie un valle entero en un tiempo en que los lairds del norte preferían las ovejas a la gente, porque pagaban mejor. No me hizo falta que me lo explicaran. Lo había leído en los periódicos de Edimburgo: arrendatarios reasentados, decían, sin contar que reasentar a una familia allí arriba era muchas veces quemarle la casa para que no volviera. Si el contrato de la remonta caía, los Dunmore caían con él, y el valle sería de las ovejas en pocos años.

Al otro extremo de la mesa había un tercer comensal, más joven, de sonrisa fácil. Se presentó como Robert, primo de los hermanos, criado con ellos desde niño. Fue el más cortés de los tres con diferencia. Me preguntó por el viaje, por mi padre, por Edimburgo, y

celebró mis respuestas con una calidez que, después de la aspereza de Ewan, se agradecía. Demasiado, quizá. Hay hombres cuya amabilidad se nota trabajada, como una silla lustrada para la venta, y yo desconfío por oficio de lo que brilla más de la cuenta. Pero venía cansada, agradecí la conversación y me dije que no todo el mundo tenía que ser difícil para ser de fiar.

Subí pronto. Me solté el peinado del viaje delante de un espejo, y mientras lo hacía fui ordenando lo que sabía.

Sabía que el contrato con el ejército lo llevaba yo, en nombre de mi padre, desde hacía casi un año. Que mi padre estaba demasiado enfermo para enterarse de la mitad de las cosas y era demasiado orgulloso para que yo se las contara. Prefería dejarle morir creyendo que su hija solo cargaba con los recados antes que confesarle que cargaba con el negocio entero. Sabía que, si alguien descubría que era una mujer quien había negociado una remonta para el ejército, el contrato no valdría ni el papel en que estaba escrito, y que con él se hundiría el nombre de los Crieff y la poca paz que le quedaba a mi padre.

Y sabía que Ewan Dunmore era la clase de hombre del que no me conviene acordarme al apagar la vela. He estado prometida dos veces, y las dos veces fui yo quien rompí. No por capricho. Rompí cuando entendí que ninguno de los dos quería una socia, sino una esposa, y que el día de la boda el negocio de mi padre dejaría de ser suyo y mío para ser de ellos. Así es la ley. Una mujer que se casa entrega cuanto tiene a su marido, hasta la firma. Yo no tenía otra cosa que el negocio, y el negocio era lo único que me mantenía en pie a mí y al hombre que se moría esperándome en Edimburgo. Querer a alguien es el lujo que no me puedo permitir, porque querer lleva a casarse, y casarse, en mi caso, era firmar mi propia ruina.

En mi familia lo llaman ser difícil. En el pueblo lo llamaban cosas peores, porque una mujer que dice que no a dos buenos partidos por seguir vendiendo caballos no tiene nombre amable en boca de nadie. Yo he dejado de defenderme. Cada cual cuenta la historia que

le conviene, y la mía no la entendería quien no haya tenido que elegir entre el corazón y el pan.

Me acerqué a la ventana antes de acostarme. El patio estaba a oscuras, salvo una luz pequeña al fondo, en las cuadras. Allí seguía él. En las cuadras siempre, había dicho, como quien confiesa dónde se esconde. Y el caballo negro estaba con él.

Me quedé mirando aquella luz un rato. Por el caballo, me dije. Por esa idea de haberlo visto antes que no me dejaba en paz, ese reconocimiento sin sitio donde encajar, porque yo no había tratado nunca con aquel clan ni había pisado nunca aquel valle, y el animal se había quedado quieto al verme como se queda quieto un caballo que reconoce una mano.

No era la primera vez que un caballo despertaba tanto mi interés, y conozco bastante bien adónde me lleva eso. Apagué la vela y me prometí, como me prometo siempre, que esta vez vendría solo a trabajar. Que el domador de las Highlands podía quedarse con su caballo, su mal genio y sus ojos color de turbera. Que yo tenía un contrato que salvar y un padre al que no podía fallar.

Me dormí pensando en el relincho del caballo. No en el hombre. En el caballo.

CAPÍTULO 2

ISOBEL

Amanecí antes que el sol, como siempre que duermo en cama ajena. Me vestí con lo más sencillo que traía, me recogí el pelo de cualquier manera y bajé al patio cuando el cielo todavía era de ese gris que no se decide.

Las cuadras olían a paja limpia y a caballo, que es un olor que me sienta mejor que el del desayuno. Conté once box. Buenos animales en casi todos, jóvenes, bien cuidados, de la clase que el ejército paga sin discutir. Me detuve en cada uno el tiempo justo para hacerme una idea, y la idea era buena. Ewan Dunmore sabía lo que tenía entre manos. Eso no me sorprendió. Lo que me sorprendió fue el último box, el del fondo, vacío y con la puerta abierta.

El semental negro no estaba dentro. Estaba fuera, en el corral pequeño, y Ewan estaba con él.

Me quedé en la sombra de la entrada, donde no me viera. No por esconderme, sino porque a un hombre trabajando con un caballo no se le interrumpe. Ewan se movía despacio. No le hablaba. Tenía una cuerda larga en la mano y dejaba que el caballo girara a su alrededor, sin forzarlo, cediendo cuando el animal tiraba y recogiendo cuando el animal se acercaba. Era un trabajo paciente.

Lo miré más rato del que pensaba mirarlo. No al hombre. Al modo en que trabajaba. Yo he visto domar de muchas maneras, casi todas a base de cansar al caballo hasta que deja de discutir. Aquello era distinto. Aquello no buscaba vencerlo. Buscaba convencerlo, que cuesta más.

El caballo se paró de pronto, levantó la cabeza y miró hacia la entrada. Hacia mí.

Ewan siguió la mirada del animal y me encontró en la sombra. No le hizo gracia.

—¿Lleva mucho ahí?

—Lo suficiente para ver que lo hace bien.

—No le he pedido que me califique.

—Y yo no se lo he dicho para que me lo agradezca. Era una observación.

Soltó la cuerda con cuidado, sin movimientos bruscos, y el caballo se quedó donde estaba. Ewan salió del corral y cerró la cerca tras de sí. De cerca, a la luz floja de la mañana, se le veía el cansancio de quien duerme poco y mal.

—Las Lowlands madrugan —dijo.

—Las Lowlands no duermen en camas que no son suyas. ¿Lleva usted aquí desde anoche?

No me contestó, que ya empezaba a entender que era su manera de contestar que sí.

—Tiene once buenos animales ahí dentro —seguí—. El ejército quedará contento. ¿Cuántos faltan para completar la entrega?

—Nueve.

—¿Y los tiene?

—Los tendré.

Lo dijo con seguridad. Y yo, que llevo un año haciendo cuentas que no salen, reconozco esa seguridad. La he usado mucho. Sirve para que el otro no insista, y casi nunca quiere decir lo que aparenta.

—¿Los tiene o los tendrá? —insistí, porque para eso había hecho tres días de carruaje.

Me miró entonces de otra manera. Con más atención y menos paciencia.

—¿Siempre pregunta tanto?

—Solo cuando me juego algo. Y en este contrato me juego bastante.

—Se juega usted el dinero de su padre. Yo me juego el valle.

Lo dijo sin levantar la voz, y por eso me llegó. No era una queja. Era un hecho, dicho por un hombre que cargaba con él desde hacía tiempo. Pensé en Hamish sosteniendo la cuchara, en las casas quemadas de los periódicos, en las ovejas. Me callé la respuesta lista que tenía y me quedé con esa.

—Entonces estamos del mismo lado —dije—. Aunque no lo parezca.

Ewan no respondió. Pero tampoco me dijo que me volviera a las Lowlands, y a esas alturas de la mañana, tratándose de él, lo tomé por un avance.

Detrás de nosotros, el caballo negro dio unos pasos hacia la cerca. No hacia Ewan. Hacia mí. Apoyó el pecho en la madera y estiró el cuello, despacio, como quien tantea. Yo no me moví. Sé que a un caballo así no se le va de frente. Esperé. El animal acortó la distancia él solo y me dejó la cabeza a un palmo de la mano.

—No lo toque —dijo Ewan, en voz baja—. Muerde.

—A usted.

Levanté la mano despacio y le dejé que me oliera la palma antes de rozarle nada. El caballo resopló, movió las orejas, y al cabo de unos segundos me dejó posar la mano en el hueso de la cara, ahí donde a un caballo asustado no se le acerca nadie sin pagarlo. Se quedó quieto. Respiraba hondo y tranquilo, y por un momento fuimos él y yo y nada más.

No dije nada. No era el momento de tener razón en voz alta.

Cuando aparté la mano y miré a Ewan, él no estaba mirando al caballo. Me estaba mirando a mí, con una cara que no le había visto todavía. No duró. Volvió a cerrarse enseguida, recogió la cuerda y le dio la espalda al corral.

—El desayuno es a las siete en el castillo —dijo—. No vuelva a entrar en las cuadras sin avisar.

—¿Por el caballo o por usted?

No me contestó esa tampoco. Pero antes de irse se detuvo un momento junto a la cerca, miró al animal y, muy bajo, casi para que no lo oyera, dijo algo que no entendí, en gaélico, con un tono que no le había oído usar con ninguna persona.

El caballo movió las orejas hacia él.

Y yo, que había venido a aquel valle a salvar un contrato y a no decepcionar a un hombre que se moría, me quedé en mitad del patio entendiendo, con un fastidio que conozco bien, que el domador de las Highlands era exactamente la clase de hombre que no me podía permitir, y que el sentido común y yo íbamos a tener una temporada difícil.

Me fui a desayunar antes de pensarlo más.

En la sala estaban Hamish y Robert. El laird apenas levantó la vista del plato para darme los buenos días. Robert, en cambio, se puso en pie y me apartó la silla, atento como si llevara toda la mañana esperándome.

—Veo que ya ha conocido las cuadras —dijo—. Y a mi primo.

—A los dos. Las cuadras tienen mejor carácter.

Robert se rió, y fue una risa cómoda, de las que invitan a uno a seguir. Hamish no. Hamish siguió comiendo.

—No se lo tenga en cuenta —dijo Robert, sirviéndome té sin preguntar—. Ewan es así con todos. Trabaja mejor solo, siempre lo ha hecho. Hay quien dice que prefiere los caballos a las personas, y no le falta razón a quien lo dice.

—A mí me ha parecido que entiende bien lo que hace.

—El mejor de las Highlands. Eso nadie se lo discute. —Lo dijo sin que se le moviera la sonrisa, y aun así algo en la frase no terminaba de sentar bien, como una nota justa tocada en el momento equivocado—. El problema nunca ha sido lo que sabe hacer. Es lo otro.

—¿Lo otro?

—Los plazos. —Robert dejó la tetera y se acomodó, como quien se dispone a hacerme un favor—. Mire, señorita Crieff, se lo digo porque usted ha venido de lejos y merece saber dónde se mete. Ewan es un artista con los caballos. Pero un contrato con el ejército son fechas, son números, son nueve animales que faltan y seis semanas para tenerlos listos. Y mi primo lleva estas últimas tres semanas peleándose con uno solo que no sirve para la remonta. Miré a Hamish. El laird seguía con la vista en el plato, pero había dejado de masticar.

—El semental negro —dije.

—El semental negro. —Robert suspiró—. Le ha cogido apego. Le pasa. Se obsesiona con el animal imposible y descuida los nueve que sí podríamos vender. Yo se lo he dicho mil veces. A Hamish también. Pero a Ewan no se le dice nada, ya lo irá comprobando usted.

Era un discurso razonable. Demasiado. Cada pieza encajaba con la siguiente, y el conjunto dejaba a Ewan exactamente donde a Robert le convenía dejarlo: como un hombre de talento incapaz de cumplir. He oído muchos discursos así. Casi siempre los pronuncia quien sale ganando con que los crea.

—¿Y usted qué propone? —pregunté.

—Que alguien con cabeza para los plazos supervise la entrega. —Me sonrió—. Alguien como usted, quizá. Para eso ha venido, ¿no?

—He venido a cuidar de una inversión.

—Pues la inversión está en manos de un hombre que prefiere salvar a un caballo antes que al valle entero. Piénselo.

Lo pensé, sí, pero no en la dirección que él quería. Pensé en cómo Ewan había trabajado al amanecer, solo, sin que nadie lo viera, con los nueve animales buenos ya descansando en sus box y el difícil aparte, en el corral pequeño, donde no estorbaba a nadie. No era un hombre descuidando su trabajo. Era un hombre haciéndolo todo a la vez y sin contárselo a nadie. Eso también lo conozco. Lo hago yo cada día.

—Lo pensaré —dije, porque a un hombre que sonríe así no se le contradice en la primera mañana.

Hamish habló entonces, por primera vez desde que me había sentado. No levantó la voz.

—Mi hermano traerá los nueve caballos —dijo—. Siempre los trae.

Y volvió a su plato, y Robert cambió de tema con suavidad, y me preguntó por Edimburgo, por la salud de mi padre, por el viaje, otra vez. Le contesté lo justo. Por dentro estaba ocupada en otra cosa.

Había llegado a aquel valle pensando que mi único problema era el contrato. Empezaba a sospechar que tenía más de uno, y que no todos vivían en las cuadras.

Cuando me levanté de la mesa, Robert me acompañó hasta la puerta y me deseó un buen día con una mano apoyada un instante en mi brazo, breve, cortés, perfectamente medido. Sé reconocer un gesto ensayado. Llevo toda la vida vendiendo y comprando, y el primer animal que aprendí a tasar fue la gente.

Le di las gracias y salí al patio. Hacia las cuadras no miré. No porque no quisiera. Precisamente por eso.

CAPÍTULO 3

ISOBEL

Los caballos que faltaban no estaban en el valle. Lo averigüé al tercer día, cuando me cansé de esperar respuestas y fui a buscarlas yo misma.

Los dos primeros días los pasé aprendiendo el valle, que es lo que hago siempre que llego a un sitio donde nadie me cuenta nada: mirar, contar, escuchar. Ewan apenas aparecía. Se iba a las cuadras antes del amanecer y volvía cuando ya no quedaba luz, y entre una cosa y otra era como si el castillo no fuera suyo. Hamish pasaba las horas en el despacho, con papeles que no le alegraban la cara. Robert, en cambio, estaba en todas partes, siempre con una palabra amable y una taza de algo caliente, siempre dispuesto a acompañarme a donde yo quisiera ir, lo cual me hizo no querer ir a ninguna parte con él.

Fue Effie quien me dio, sin proponérselo, la primera medida verdadera de aquella casa. La encontré una tarde zurciendo junto al fuego de la cocina y me senté con ella. Tardó en hablar. Y cuando lo hizo, fue para advertirme.

—Usted pregunta mucho —dijo, sin levantar los ojos de la aguja.

—Es mi oficio.

—Pues aquí preguntar cansa a la gente. Esta familia ha tenido sus desgracias, y no le gusta repasarlas con quien viene de fuera.

—¿Qué clase de desgracias?

Effie apretó los labios, y por un momento pensé que no diría más. Luego soltó una hebra, en los dos sentidos.

—El señorito Ewan iba a casarse, hace dos años. Con una buena muchacha, Marsaili. Todo estaba hablado. Y un día ella se fue, sin más, y al poco se casó con el primo. —Cortó el hilo con los dientes—. Desde entonces el señorito habla con los caballos más que con los cristianos. Y yo no le he dicho a usted nada de esto.

—No me ha dicho usted nada —repetí.

Asintió, conforme con el trato, y no volvió a abrir la boca. Pero me había dado más de lo que ella creía. Un hombre al que dejaron por su primo. Una mujer que se fue de pronto, sin más. Me guardé el pensamiento, porque no era el momento y porque no me correspondía. Pero se me quedó dentro, como se quedan las cuentas que no cuadran.

Al tercer día se me agotó la paciencia. Nadie me decía dónde estaban los nueve animales que faltaban para completar la entrega, y a un contrato no se le vigila desde una butaca. Effie me indicó el camino con su economía de costumbre: una aldea al otro lado del río, a una hora a caballo, donde un criador llamado Fearghas guardaba los animales que el clan compraba para que Ewan los preparara. Pedí prestada una yegua tranquila, me até las faldas como pude y crucé el puente de piedra con la sensación de estar haciendo algo que a nadie le iba a gustar.

La aldea era media docena de casas bajas y un cercado grande junto a un establo. Fearghas resultó ser un hombre mayor, de manos enormes y pocas ganas de hablar con una desconocida que llegaba preguntando por ganado ajeno. Le dije quién era y de parte de quién venía. No le impresionó. Le dije que el contrato del ejército dependía de aquellos animales, y eso sí le cambió la cara, aunque no para bien.

—Aquí no hay nueve caballos para nadie —dijo—. Hay cuatro.

—¿Cuatro?

—Cuatro. Los otros cinco se los llevaron hace dos semanas.

Me bajé de la yegua despacio, para darme tiempo a pensar.

—¿Quién se los llevó?

Fearghas se encogió de hombros, y en ese encogimiento había más miedo que ignorancia. Insistí. Le pregunté de tres maneras distintas y de las tres me dio la misma respuesta torcida: que él solo guardaba lo que le decían, que las órdenes venían del castillo, que a él no le pagaban por preguntar. Cuando le pregunté si las órdenes las daba Ewan, apartó la vista.

—El señorito Ewan no ha venido por aquí en un mes —dijo—. Quien vino fue el otro.

—¿El otro?

—El primo. —Hizo una pausa, y miró hacia el camino por el que yo había llegado, como si temiera que alguien lo siguiera—. Y no vino solo. Con él venía un caballero del sur. Bien vestido. Hablaba como los de Edimburgo, pero peor, con esas erres que no son de aquí. Inglés, diría yo.

—¿Le oyó el nombre?

—Yo no oigo nombres. Oigo lo justo para seguir vivo. —Escupió a un lado—. Pero el inglés miraba los caballos como quien mira números. Y miraba la tierra igual.

No le saqué más. Le pedí ver los cuatro que quedaban. Eran buenos, los cuatro, y estaban sanos, y eso me tranquilizó tan poco como cabía esperar. Porque cuatro y once eran quince, y el ejército había contratado veinte, y de los cinco que faltaban no sabía nada nadie, o nadie quería saberlo. Volví a montar con un peso nuevo encima, uno que no era el del contrato, sino el de empezar a entender qué clase de valle era aquel en el que me había metido. Un primo que se lleva caballos que no le interesan. Un inglés que mira la tierra como quien la tasa. Cuentas que no cuadraban, y todas apuntando en la misma dirección.

Crucé el puente de vuelta cuando la tarde empezaba a caer. Y al otro lado me esperaba Ewan, a caballo, quieto en mitad del camino como si llevara allí un rato.

—¿Adónde ha ido? —preguntó. No había cortesía en la pregunta, pero tampoco la aspereza de los primeros días. Había otra cosa.

Tensión.

—A ver sus caballos. Los que guarda Fearghas.

Algo se le movió en la cara.

—No tenía por qué ir sola.

—No me ha invitado nadie a ir acompañada. ¿Sabe cuántos animales hay allí?

—Nueve.

—Cuatro.

La palabra le cayó encima y la vi caer. Ewan no dijo nada durante un momento largo. Hizo girar a su caballo para ponerse a mi altura, y empezamos a andar hacia el castillo sin habernos puesto de acuerdo en hacerlo.

—Eso no puede ser —dijo al fin—. Dejé nueve. Los compré yo. Los conté yo.

—Pues ahora hay cuatro. Y Fearghas dice que los cinco que faltan se los llevaron hace dos semanas, por orden del castillo. —Esperé un poco antes de soltar el resto—. Dice que la orden la dio su primo.

Ewan no estalló. Eso me sorprendió, porque me habían dibujado a un hombre de mal genio, y porque yo iba preparada para un estallido. Lo que hizo fue lo contrario. Se quedó muy callado, muy quieto sobre el caballo, con la vista fija en el camino, y cuando habló lo hizo despacio, midiendo cada palabra como quien teme romperla.

—¿Por qué iba Robert a llevarse cinco caballos?

—No lo sé. Pero usted lo sabe mejor que yo. Es su primo, no el mío.

—Robert no entiende de caballos. Nunca le han interesado.

—Entonces no se los llevó para montarlos.

Lo dije sin pensar en hacerle daño, pero se lo hice, porque la frase abría una puerta que él no quería abrir. Vi cómo la miraba por dentro y cómo decidía cerrarla otra vez, al menos delante de mí.

—Habrá una explicación —dijo.

—Seguramente. Las cosas suelen tenerla. No siempre es la que nos gusta.

Cabalgamos un trecho sin hablar. No era un callar incómodo. Era el de dos personas pensando lo mismo y sin ganas de decirlo en voz alta todavía. La tarde se iba poniendo dorada sobre el brezo, y los cascos de los caballos marcaban un paso lento y regular que invitaba a no romperlo.

—¿De dónde sacó el negro? —pregunté, más por desviar mis propios pensamientos que por curiosidad.

Tardó en responder, y cuando lo hizo fue con un cuidado que no esperaba.

—Lo compré en una feria, en el sur, hace medio año. Nadie lo quería. Había pasado por cuatro manos en dos años y cada una lo había estropeado un poco más. —Acarició el cuello de su montura, distraído—. Pagué por él una miseria. El tratante se rió de mí. Dijo que estaba comprando un caballo muerto que aún respiraba.

—Y no lo estaba.

—No. Estaba comprando un caballo al que habían enseñado que la gente hace daño. Eso no es lo mismo que un caballo muerto. Cuesta más, pero no es lo mismo.

Lo dijo sin darle importancia, y aun así fue lo más largo que le había oído decir de una vez, y lo dijo de un animal, no de una persona.

Pensé en lo que Effie me había contado junto al fuego, en la muchacha que se fue sin más, y entendí que Ewan sabía mucho de criaturas a las que les han enseñado que acercarse cuesta.

Demasiado, quizá, para un solo hombre. No dije nada de eso. Me quedé con la imagen del caballo pasando de mano en mano, estropeándose un poco cada vez, y con la idea incómoda de que en algún lugar de su historia había una mano que lo había criado bien antes que todas las demás lo echaran a perder. Esa mano me rondó la cabeza el resto del camino, sin que supiera por qué.

—¿Por qué ha ido usted a contarlos? —preguntó él de pronto—. No es asunto suyo cuántos caballos haya en un establo a una hora de

aquí.

—Le he dicho desde el principio que me juego mucho en este contrato.

—Me ha dicho que se juega el dinero de su padre.

—Sí.

—No la creo.

Lo dijo sin mirarme, con la misma calma con que había encajado lo de los cuatro caballos. Y a mí se me secó la respuesta en la boca, porque era la primera persona en un año que me decía a la cara que no me creía, y porque tenía toda la razón del mundo y no podía dársela.

—Cree usted lo que quiera —dije, cuando recuperé el habla.

—Lo que creo es que una mujer no hace tres días de carruaje y cruza un río sola por el dinero de otro. —Por fin se volvió hacia mí, y su mirada no tenía nada de la dureza de los primeros días. Tenía curiosidad, que era peor, porque la curiosidad de un hombre así no se apaga fácil—. Pero no voy a preguntárselo. Cada uno guarda lo suyo.

—Gracias.

—No me lo agradezca. Yo guardo tanto como usted. Lo reconozco cuando lo veo.

Y eso fue todo. No me preguntó más, y yo no le ofrecí más.

Cuando llegamos al patio ya era casi de noche. Ewan desmontó primero y, sin que yo se lo pidiera, vino a sujetarme el estribo para que bajara. Fue un gesto pequeño, de los que no significan nada y a veces lo significan todo. Bajé con la mano apoyada un instante en su hombro, lo justo para no caerme y él la retiró en cuanto toqué el suelo, como si quemara.

—Mañana hablaré con Robert —dijo, y se llevó los dos caballos hacia las cuadras sin esperar respuesta.

Me quedé en el patio viéndolo marchar. No pensé en los caballos perdidos, aunque debía. Pensé en lo poco que había durado su

mano en el estribo.

CAPÍTULO 4

EWAN

A Robert lo encontré donde lo encuentro siempre que lo busco para algo serio: lejos de donde se trabaja. Estaba en la sala de armas, limpiando una escopeta que no había disparado en su vida, con la chaqueta buena puesta a media mañana.

Llevaba toda la noche conteniéndome. Es lo que aprendí a hacer hace años, cuando entendí que mi genio costaba caro y lo pagaban siempre los que no tenían culpa. Con un caballo asustado puedo estarme quieto una hora. Con Robert me cuesta más, porque a Robert lo conozco desde que los dos teníamos los dientes de leche, y hay rencores que se crían junto con uno y aprenden sus mañas.

—Faltan cinco caballos en lo de Fearghas —dije.

Robert no levantó la vista de la escopeta.

—Buenos días a ti también.

—Cinco caballos, Robert. De los nueve que dejé. Y dicen que te los llevaste tú.

Dejó el trapo despacio, se tomó su tiempo, y cuando me miró tenía esa cara de paciencia que pone cuando va a explicarme algo como si yo fuera corto.

—Me los llevé, sí. Cuatro estaban con tos. No quería que contagiaran al resto antes de la entrega, así que los aparté. El quinto cojeaba. ¿Preferías que se lo enseñáramos así al oficial del ejército?

Era una buena respuesta. Robert siempre tiene una buena respuesta, lista antes de que llegue la pregunta. Ese ha sido siempre

el problema con él. No es que mienta mal. Es que miente como otros respiran, sin esfuerzo, y por eso cuesta tanto pillarlo.

—¿Dónde están?

—En el pasto de arriba, en cuarentena. Donde deben estar.

—Voy a verlos.

—Ve. —Volvió a coger el trapo—. Pero no hace falta que vengas con esa cara cada vez que hago algo por el bien del clan. Alguien tiene que pensar en la entrega mientras tú juegas con tu caballo del demonio.

Ahí estaba. La pulla, suave, envuelta, dejada caer como sin querer. Llevo dos años oyéndola en distintas versiones. Que pierdo el tiempo con el negro. Que descuido lo importante. Que el clan estaría mejor en otras manos. Nunca lo dice del todo. Lo deja a medias, para que lo termine yo solo en mi cabeza a las tres de la madrugada.

No mordí el anzuelo. Me costó, pero no mordí.

—El pasto de arriba —repetí—. Iré esta tarde.

—Llévate a la señorita Crieff —dijo, y por fin levantó la vista, con una media sonrisa que no me gustó—. Parece que disfrutáis de la compañía mutua. Os he visto volver juntos.

—Vino sola. Me la crucé en el puente.

—Claro. —La sonrisa no se movió—. Ten cuidado con esa, Ewan. Una mujer que viaja sola y pregunta tanto no viene solo a contar caballos. Hace preguntas raras. A Fearghas, a Effie, a todo el que se deja. Yo de ti no le contaría nada que no quisiera ver en boca de medio condado.

Y ahí, lo reconozco, dudé un momento. Porque tenía razón en algo: Isobel Crieff preguntaba demasiado, y no encajaba con lo que decía ser. El dinero de su padre no explicaba que cruzara un río sola al tercer día. Pero también sé reconocer cuándo Robert me tiende algo para que yo me lo coma, y aquello tenía toda la pinta. Robert no avisa de un peligro por cuidarme. Robert avisa cuando le conviene que yo desconfíe de alguien.

—Lo tendré en cuenta —dije, que es lo que digo cuando no pienso tenerlo en cuenta en absoluto.

Salí de allí antes de que la conversación me sacara lo que llevaba conteniendo desde la noche anterior. En el pasillo me crucé con Hamish, que venía del despacho con esa cara suya de hombre sumando deudas. Mi hermano carga con el título y con los números, y los números hace tiempo que no le dan. No hablamos mucho, él y yo. No nos hace falta. Nos basta con saber que ninguno de los dos va a soltar la cuerda mientras el otro tire.

—¿Ya te ha contado lo de la tos? —preguntó.

—Me lo ha contado.

—¿Lo crees?

Me paré. Era raro en Hamish preguntar eso. Mi hermano prefiere creer que las cosas tienen arreglo a mirar de dónde vienen.

—No lo sé —dije, que era la verdad—. Voy a ver los caballos esta tarde.

Hamish asintió despacio. Luego, ya de espaldas, dijo una cosa que me dejó pensando el resto del día.

—Marsaili también hacía muchas preguntas, antes de irse —dijo—. Y nadie le hizo caso. Yo el primero.

Y se metió en el despacho sin esperar respuesta, dejándome con un nombre que llevaba dos años intentando no pronunciar.

Marsaili.

Me senté en el primer escalón de la escalera, porque el nombre me dejó las piernas tontas, como siempre. Dos años, y seguía haciéndome lo mismo.

La última vez que hablamos, ella no me habló de Robert. Eso es lo que nadie recuerda y yo no consigo olvidar. La gente del valle cuenta la historia fácil: que Marsaili me dejó por mi primo, que prefirió al de la sonrisa al del mal genio, y se quedan tan anchos. Pero la última noche, antes de que todo se rompiera, ella no me habló de otro hombre. Me habló de miedo. Me preguntó si era verdad lo que se

decía de las deudas del clan. Me preguntó qué pasaría con nosotros si los Dunmore lo perdíamos todo. Yo le dije que no se preocupara, que yo lo arreglaría con los caballos, que confiara en mí. Le hablé como se le habla a una niña asustada, sin escucharla, seguro de que mi palabra bastaba.

Tres días después se había ido. Y a las pocas semanas estaba casada con Robert, que tenía menos que yo, pero parecía tener más, porque Robert siempre parece tener más.

Me dije entonces lo que me convenía: que era una mujer débil, que se había vendido a la seguridad, que mejor saberlo antes que después. Me lo dije tantas veces que llegué a creérmelo, y el rencor me sirvió de muleta para tenerme en pie dos años. Es cómodo, el rencor. Te ahorra preguntarte si parte de la culpa fue tuya por no escuchar.

Pero aquella mañana, con lo que Hamish acababa de decir, la muleta crujió. *Marsaili también hacía muchas preguntas, antes de irse.* Si ella se había ido por miedo a las deudas, y no por amor a mi primo, entonces yo llevaba dos años odiando a la persona equivocada y por el motivo equivocado. Y si Robert se había quedado con ella sabiendo eso, sabiendo de qué huía, entonces mi primo era mucho peor de lo que yo había querido ver.

No saqué nada en claro sentado en aquel escalón. Solo que tenía que ver esos cinco caballos con mis propios ojos, y que tenía que verlos pronto.

No fui al pasto de arriba por la tarde. Fui en cuanto pude escaparme, a media mañana, solo, sin avisar a nadie y menos a Robert.

Tardé una hora larga en subir. El pasto de arriba es de los buenos del clan, alto y resguardado, con buena hierba. Cuando llegué, conté los caballos desde lejos, antes de acercarme, porque a un animal enfermo se le conoce en cómo se mueve mucho antes que en cómo respira.

Eran cinco. Estaban allí, los cinco. Y ninguno tosía, y ninguno cojeaba, y los cinco pastaban tan tranquilos y tan sanos como el día que los compré.

Me quedé un rato mirándolos, repasando lo que Robert me había dicho por la mañana, comparándolo con lo que tenía delante. No cuadraba. Un caballo con tos no se cura del todo en dos semanas, y desde luego no se cura para correr por un pasto como si tal cosa. Aquellos animales no habían estado enfermos un solo día. Los habían apartado por otro motivo, y Robert me había mentado a la cara con la tranquilidad de quien lleva toda la vida saliéndose con la suya.

La pregunta era para qué. Si quería hundir la entrega, le bastaba con que faltaran cinco caballos el día señalado. Pero los había escondido sanos, no vendidos ni muertos. Los guardaba. Como quien guarda una carta para jugarla cuando más duela.

Le di vueltas mientras bajaba. La entrega era dentro de cinco semanas, y el oficial del ejército vendría en persona a revisar los veinte animales antes de firmar el pago. Si ese día aparecían quince en lugar de veinte, el contrato se caía, el pago no llegaba, y la deuda con el inglés vencía sin nada con que cubrirla. Pero si los cinco que faltaban reaparecían de pronto, en el último momento, presentados por Robert como un salvamento suyo, entonces el héroe del valle sería él y no yo. Las dos jugadas le servían. Por eso los guardaba sanos. No quería solo que yo fallara. Quería elegir él cuándo y cómo, y quedar por encima en cualquiera de los dos casos.

Bajé del pasto con un peso distinto al que había subido. Llevaba años creyendo que lo de Robert conmigo era envidia de hermano pequeño, de esos rencores tontos que se enquistan y no llevan a nada. Empezaba a ver que era otra cosa. Algo con plan. Y un Robert con plan era mucho más peligroso que un Robert despedido.

A media bajada me senté un momento en una piedra, más por pensar que por descansar. Desde allí se veía el valle entero: el río, el castillo, las casas pequeñas de los arrendatarios subiendo por la ladera. Mi gente. La que se quedaría sin techo si yo fallaba. Pensé

en lo que había dicho aquel inglés en una carta que Hamish me había enseñado meses atrás, todo cortesía y veneno, ofreciéndose a "aliviar las cargas del clan" si las cosas se ponían difíciles. Pensé en cómo se ponen difíciles las cosas cuando alguien de dentro se encarga de que se pongan.

Y pensé, sin querer, en ella.

Porque lo de Isobel Crieff no me lo quitaba de encima. No del modo en que Robert quería que pensara, no como una amenaza. De otro modo más incómodo. Pensaba en cómo el negro había estirado el cuello para dejarle la mano en la cara, ese caballo que a mí me había costado tres semanas dejarme acercar una cuerda. Pensaba en que no se había asustado de mi genio el primer día, cuando se asusta todo el mundo. Pensaba en que cargaba algo, lo veía, lo reconocía, porque yo cargo lo mío y se aprende a oler en los demás. Y pensaba en que llevaba dos años teniendo cuidado de no fijarme en nadie, y que aquella mujer me lo estaba poniendo difícil sin proponérselo, o proponiéndoselo, que con ella nunca se sabía.

No me convenía. Lo tenía claro. Tenía un contrato que salvar, un primo que me mentía, un valle colgando de un hilo y ningún sitio en la cabeza para una mujer de las Lowlands que se iría en poco más de cinco semanas. Me lo dije bajando, con la misma firmeza con que se dicen las cosas que uno no se cree.

Cuando llegué al castillo ya era mediodía. La vi de lejos, en el patio, hablando con uno de los mozos, con las manos moviéndose deprisa como se le mueven cuando explica algo. No me acerqué. Me metí en las cuadras, con el negro, que es donde sé estar.

El caballo levantó la cabeza cuando entré. Me dejó ponerle la mano en el cuello. La primera vez en tres semanas. Pero no me miraba a mí. Miraba hacia la puerta, por donde se oía, a lo lejos, la voz de ella.

—A los dos nos pasa lo mismo —le dije, muy bajo, en gaélico—. Y a los dos nos va a salir caro, me temo.

El caballo resopló, como dándome la razón, y por una vez no me molestó que un animal supiera de mí más que yo mismo.

CAPÍTULO 5

ISOBEL

Después de aquel día, Ewan no se ablandó conmigo ni un palmo. Lo único que hizo fue dejarme entrar en las cuadras, que no es lo mismo, ni de lejos.

Una mañana apareció en el patio cuando yo desayunaba sola y me dijo, sin rodeos ni buenos días, que si tan empeñada estaba en husmear por las cuadras más valía que lo hiciera delante de él y no a sus espaldas. Que entrara, pues, y que llevara ropa que pudiera ensuciar, pero que no tocara nada sin permiso y que se quitara de en medio cuando estorbara. Lo soltó como quien le abre la puerta a un perro para vigilarlo mejor, se dio la vuelta y se fue antes de que yo pudiera contestar.

No me hice ilusiones. Sé distinguir un gesto de confianza de una vigilancia, y aquello era lo segundo. Ewan no me dejaba entrar porque me hubiera cogido aprecio. Me dejaba entrar porque no se fiaba de una mujer que preguntaba tanto y prefería tenerla a la vista. Y porque estaba convencido, lo noté desde el primer día, de que yo no tenía nada que enseñarle a él sobre caballos. Eso último iba a costarle.

Así que entré. Y empezaron las mejores semanas que recuerdo en mucho tiempo, lo cual debió ponerme en guardia, porque las cosas buenas son justo las que una aprende a mirar de lejos cuando no puede quedarse con ellas.

Trabajábamos juntos con los caballos buenos por la mañana, aunque trabajar es mucho decir, porque él no me dejaba hacer nada sin enmendármelo. Me corregía cada movimiento, y no de buenos

modos. Que no me pusiera ahí, que no levantara tanto la mano, que una señorita de ciudad no tenía por qué saber dónde poner los pies en una cuadra. Lo decía sin mirarme, dando por hecho que se equivocaba la de fuera y nunca él. Yo le discutía la mitad de las correcciones, porque la mitad de las veces tenía razón él y la otra mitad la tenía yo, solo que la mía le costaba reconocerla como cuesta arrancar una muela. Discutíamos de aplomos, de bocados, de cómo enseñar a un animal joven a no asustarse de un disparo, que es lo que el ejército pide y lo que más cuesta. Eran peleas, no charlas. Y aun así, que Dios me perdone, me gustaban, porque por mal que me tratara nunca me trataba como a una tonta, solo como a una rival. Eso, en mi experiencia, ya era más de lo que ofrecían casi todos.

Una de esas mañanas tocó lo más delicado de toda la preparación: enseñar a un potro joven a no perder la cabeza con un disparo. Un caballo de remonta que se desboca al primer tiro no vale nada en una batalla, y a veces mata al jinete antes que el enemigo. Ewan lo hacía por pasos, con paciencia de relojero. Primero un palmoteo a lo lejos. Luego más cerca. Luego un disparo a campo abierto, a cien pasos, mientras otro mozo sujetaba al animal y le hablaba.

Aquel día le tocó al potro castaño, el más nervioso de la cuadra. Yo estaba dentro del cercado, a su lado, con la mano en el ramal, haciendo lo que Ewan me había enseñado: no sujetar fuerte, acompañar. El mozo disparó al aire desde el otro extremo. Demasiado cerca, o demasiado pronto, no lo sé. El potro se alzó de manos.

Lo que pasó después pasó en un soplo. El animal cayó hacia un lado, hacia mí, y yo me quedé un instante de más calculando por dónde salir. Sentí un tirón en el brazo, fuerte, y de pronto estaba fuera de la trayectoria de los cascos, contra la cerca, con la espalda de Ewan delante de mí y su brazo cruzado sobre mi pecho, sujetándome donde no llegara la coza.

El potro se calmó solo a los pocos pasos, asustado de él mismo. Ewan me soltó en cuanto pasó el peligro, como si le quemara

haberme tocado, y se apartó dos pasos. No hubo un instante de nada entre nosotros. Lo que hubo fue su mal genio, que llegó justo detrás del susto.

—¿Se puede saber qué hacía usted dentro del cercado? —Ahora sí me miraba, y no para preguntar por mi salud—. Se lo dije bien claro. Cuando se foguea a un potro, los que no hacen falta se quedan fuera. Pero usted tiene que estar en todo, ¿verdad? Tiene que meter las narices hasta que alguien acabe con la cabeza partida.

—Estaba sujetando el ramal que usted me dio para que sujetara —dije, sacudiéndome el polvo de la falda con más calma de la que sentía—. Y la cabeza que ha estado a punto de partirse es la mía, no la suya, así que ahórrese el discurso. El que ha disparado antes de tiempo ha sido el muchacho, no yo.

No me dio la razón, aunque la tenía. Se volvió hacia el mozo y le soltó una reprimenda en gaélico que no entendí pero que el muchacho recibió con la cabeza gacha, y descargó en él todo lo que no se atrevía a seguir descargando en mí. Cuando terminó, ni me miró. Recogió el ramal del suelo de un tirón, como si el ramal también tuviera la culpa de algo.

—No vuelva a quedarse quieta cuando un caballo cae —me dijo después, ya de espaldas, recogiendo sus cosas—. Un segundo de más y la cox se la lleva. Y no pienso explicarle a su padre por qué me devuelve a su hija con menos dientes de los que trajo.

—Tranquilo. Si me parte la cabeza un caballo suyo, lo último que haré en este mundo será decirle a todos que fue culpa mía, no vaya a mancharse su buen nombre. —Lo dije con la voz dulce, que es como mejor entran las puyas.

No me contestó. Se llevó al potro castaño él mismo, sin pedirme ayuda, dejándome plantada en mitad del cercado con el corazón todavía al galope y una rabia limpia y caliente que, a falta de algo mejor, agradecí, porque la rabia al menos no se parece en nada al otro sentimiento que aquel hombre empezaba a darme y que yo no me podía permitir.

Lo del negro era otra guerra. Al negro lo trabajaba al final de la tarde, cuando ya no quedaba nadie en el patio, y al principio no me dejaba ni acercarme. Pero el caballo me buscaba a mí. Estiraba el cuello hacia donde yo estuviera, me seguía con las orejas, y a Ewan aquello no le hacía ninguna gracia. Llevaba meses dejándose la piel con aquel animal, y el animal se ablandaba con una recién llegada que no había hecho nada para merecérselo. Para un hombre que ha construido su nombre sobre que los caballos se fían de él, no hay afrenta peor. Lo llevaba escrito en la cara cada vez que el negro me elegía.

—Lo crió alguien que sabía —soltó una tarde, de mal humor, mientras el caballo me olisqueaba el pelo en lugar de hacerle caso a él—. Lo estropearon después, pero los primeros meses los tuvo buenos. Por eso se entrega a quien le hace cuatro carantoñas. No es confianza. Es vicio. Alguien lo malacostumbró de potro y ahora cualquiera con las manos blandas le vale.

—¿Las manos blandas? —Le sostuve la mirada—. ¿Así llama usted a no tratar a un caballo a gritos? Porque desde donde yo lo veo, el que tiene un problema con este animal no es el potro.

—Lo que yo tengo es veinte caballos que entregar y ninguna gana de que una de las Lowlands me explique mi oficio. —Tiró la cuerda al suelo y me dio la espalda—. Fíese todo lo que quiera de ese animal. El día que la tire y le rompa una pierna, no diga que no se lo advertí.

No le contesté. Me quedé acariciando al negro entre los ojos, que era lo único sensato que había en aquel cercado, y me guardé para mí lo que de verdad me rondaba. Porque, por mucho que él lo dijera con saña, había dicho una cosa cierta: a aquel caballo lo había criado alguien que sabía, los primeros meses, antes de que lo echaran a perder. Y esa idea, la de una mano buena al principio de todo, se me quedó dentro y no por culpa de Ewan Dunmore, sino a pesar de él.

Recogimos cada uno por su lado, sin hablarnos, y me fui a mi habitación todavía con la rabia caliente. Me senté en la cama a tener

una conversación sería conmigo misma, porque lo peor de todo no era que aquel hombre fuera un cabezota insufrible. Lo peor era que, aun siéndolo, no conseguía quitármelo de la cabeza con la facilidad con que me quitaba a casi todo el mundo, y eso, en alguien que conocía de unas pocas semanas, no me lo explicaba ni me convenía. La conversación fue corta y la perdí, como todas las que tengo conmigo.

Porque conozco esto. No por costumbre, sino por lo contrario: porque es justo lo que llevo años enseñándome a no sentir. Es la parte en que una empieza a esperar la hora de bajar a las cuadras, a buscar con los ojos a alguien antes de saber que lo busca. La parte en que el trabajo deja de ser solo trabajo. La he visto venir otras veces, y otras veces la corté a tiempo, porque sabía lo que me costaba dejarla crecer. A mí querer no me sale gratis. A mí querer me cuesta el negocio, la firma, lo único que es mío en este mundo. Y sin embargo ahí estaba otra vez, mirándolo trabajar con el negro, con el agravante de que esta vez no tenía ni el tiempo ni el margen para permitírmelo. No venía a enamorarme y arrepentirme. Venía con un contrato que se hundía, un padre que se moría y un secreto que, si salía a la luz, lo arrastraría todo.

Hice lo que hago cuando no quiero pensar: una lista. Razones para no acercarme a Ewan Dunmore. Una, que me iré en cinco semanas. Dos, que él no sabe quién soy de verdad. Tres, que si lo supiera, no volvería a mirarme igual. Cuatro, que ya hay bastante mentira en este valle sin que yo añada la mía. Y cinco, la que pesaba más que las otras cuatro juntas: y cinco, que no había venido hasta aquí para complicarme con el dueño de las cuadras, por mucho que el dueño de las cuadras se empeñara en complicarme la vida de otras maneras. La lista era buena. Las listas siempre lo son. El problema es que nunca me han hecho cambiar de idea, solo entender con claridad la tontería que estaba a punto de cometer.

A la mañana siguiente bajé decidida a tratarlo con la distancia profesional que el sentido común aconsejaba. Duró hasta el mediodía.

Al mediodía llegó Robert al patio, con su sonrisa de domingo, y se quedó mirándonos trabajar más rato del que un hombre mira algo que no le importa. Luego se acercó, apoyó los codos en la cerca y, como quien comenta el tiempo, dijo:

—Hacéis buena pareja. Con los caballos, digo.

Ewan no contestó. Yo tampoco. Pero noté cómo a Ewan se le tensaba la espalda, esa espalda que ya empezaba a saberme de memoria sin haber querido aprenderla.

—Es una lástima que la señorita Crieff se vaya tan pronto —siguió Robert, mirándome a mí—. Apenas la estamos conociendo. Y eso que hay tanto por conocer. Dígame, señorita, ¿cómo está su padre? ¿Mejora?

—Lo justo —dije.

—Me alegro. Un hombre de negocios como él hará falta mucho tiempo. Imagino que estará deseando tenerla de vuelta para retomar los asuntos. A no ser que los asuntos ya los lleve usted.

Lo dijo con una sonrisa amable, mirándome a los ojos, y a mí se me heló la sangre despacio, como se hiela el agua de un cubo en una noche fría. No era una pregunta inocente. Lo supe por cómo esperó la respuesta. Robert sabía algo, o sospechaba algo, y acababa de avisarme de que lo sabía delante de la única persona ante la que yo no quería que se supiera.

—Mi padre lleva sus asuntos —dije, con la voz más firme que pude fabricar—. Yo solo traigo y llevo recados.

—Claro. —Se enderezó, satisfecho como un gato que ha encontrado el agujero del ratón—. Qué tontería la mía. Una mujer, llevando un contrato del ejército. Habría que estar loco para pensarlo siquiera.

Y se fue silbando, dejándome con el corazón en la garganta y a Ewan mirándome con una pregunta nueva en la cara. No me la hizo. Pero la vi nacer, y supe que a partir de ese momento empezaría a sumar, porque era un hombre que sumaba bien, y porque acababa de darle el primer número.

Esperé a que dijera algo. Y dijo, vaya si dijo, aunque no lo que yo temía. Me miró de arriba abajo, con esos ojos que cuando quieren saben ser de piedra, y soltó: «Mucho preguntan todos por usted para ser una simple recadera». Nada más. Volvió al potro y siguió atando un nudo que ya estaba atado, dejándome con la frase clavada. No era paciencia. Era que había empezado a sumar, y un hombre como aquel, cuando suma, no perdona el resultado.

—Voy a llevar al castaño adentro —dijo al fin, cuando el momento ya pesaba demasiado—. Por hoy hemos terminado.

—Ewan. —Era la primera vez que lo llamaba por su nombre, y lo noté en cómo se quedó quieto—. Lo que ha dicho Robert. No es lo que parece.

—No le he preguntado qué es.

—Ya. Por eso se lo digo.

Me miró un momento largo. Luego asintió, una sola vez, y se llevó al caballo sin pedirme nada más. Y yo me quedé en el patio sabiendo que acababa de mentirle a medias a la única persona del valle que no se merecía ni media mentira.

Aquella noche no bajé a cenar. Le dije a Effie que me dolía la cabeza, lo cual era casi verdad. Me quedé en la ventana, mirando la luz de las cuadras, pensando en cuántas cosas se me estaban escapando a la vez de las manos: el contrato, el secreto, y la única que de verdad no debería haber soltado nunca, que era el cuidado de no encariñarme de quien no debía.

De las tres, sospechaba cuál iba a perder primero. Y no era ninguna de las dos que tenían que ver con caballos.

CAPÍTULO 6

ISOBEL

Ewan me llevó al campo abierto un jueves, y dejó claro desde el principio que no era por mi compañía.

Apareció en el patio con tres de los caballos jóvenes ensillados y el negro atado detrás del suyo, y me dijo que necesitaba manos y que las mías, mal que le pesara, eran las únicas libres aquella mañana. Que un caballo de remonta que solo sabe portarse en un corral no le sirve a nadie, que el ejército los quiere serenos en terreno malo, con ruido y con barro. Que montara y que no le entorpeciera el trabajo. No fue una invitación. Fue lo más parecido a un castigo que se le ocurrió, y aun así monté, porque salir de aquellos muros me apetecía más de lo que su mal humor me molestaba, y porque a un caballo, como a un hombre, se le conoce mejor en campo abierto que encerrado.

Subimos por un sendero entre rocas, con los caballos en fila. Yo cerraba la marcha y él no me dirigió la palabra en una hora, salvo para corregirme una vez el modo en que llevaba a la torda, y no porque la llevara mal, sino porque necesitaba corregir algo para sentirse al mando. Lo dejé. Había aprendido que contestarle a cada desplante era gastar saliva en una pared. Después de la escena del día anterior con el negro, aquella hora de silencio áspero la agradecí tanto como me dolió, que es una contradicción a la que aquel hombre me estaba acostumbrando.

Los caballos jóvenes subían bien, atentos a todo, espantándose de una urraca aquí y de una piedra rodada allá, que era justo para lo que los llevábamos: para que se acostumbraran al mundo antes de que el mundo se los comiera en una batalla. Ewan los vigilaba a los

tres a la vez sin aparentar que los vigilaba. Eso había que reconocérselo. Como domador no tenía precio. Como hombre, era otra historia, y esa historia era la que yo tenía delante todo el día. Arriba, la ladera se abría en un pastizal con un arroyo bajando por un lado. Y fue el arroyo el que nos puso a prueba, a los caballos y a nosotros.

El potro alazán no quería cruzarlo. Se plantaba a tres pasos de la orilla, clavaba las patas y resoplaba como si el agua fuera a tragárselo. Ewan lo llevó de frente, tirando de la cuerda, hablándole entre dientes. El potro retrocedió. Lo intentó otra vez, más firme, y el potro se revolvió y estuvo a punto de sentarse.

—No lo lleve de frente —dije, desde mi caballo—. Átelo detrás de uno que ya cruce y déjelo seguir. Aprenderá del otro.

—Sé cómo cruzar un arroyo, señorita Crieff.

—No lo dudo. Solo digo que este no va a cruzarlo así.

—Este va a cruzarlo como yo diga.

—Como usted diga no va a cruzarlo en la vida, pero allá usted. Es su mañana la que se gasta, no la mía.

Y siguió a lo suyo. Tiró, insistió, le cambió el tono, probó por la derecha y por la izquierda. El potro no cedió ni un palmo, y cuanto más se empeñaba Ewan, más se cerraba el animal, hasta que el alazán estaba ya tan asustado del arroyo y de él que no habría cruzado aquel agua ni por oro. Ewan perdió media mañana en aquello. Yo me callé, que me costó más que hablar, y esperé sentada en mi caballo a que el orgullo se le gastara antes que la paciencia.

Cuando por fin paró, con la camisa pegada y la cara de pocos amigos, no me miró. Ató al alazán detrás del castaño, que cruzaba el agua sin pestañear, y a la segunda el potro metió las patas siguiendo a su compañero, descubrió que no se moría y pasó al otro lado tan tranquilo.

Exactamente lo que yo había dicho una hora antes.

Lo que él no sabía, porque no se había dignado a mirar atrás en toda la mañana, es que mientras se peleaba con el alazán yo no había estado de brazos cruzados. El tercer caballo, una yegua torda joven, se había puesto nerviosa con tanto griterío y tanto tirón, y había bajado de mi montura para tranquilizarla. Le había quitado el ruido de encima, la había llevado a pie por la orilla arriba y abajo hasta que dejó de temblar, y para cuando Ewan consiguió cruzar al alazán, la torda bebía agua del arroyo con las cuatro patas dentro, dócil como un perro viejo.

Él lo vio al volverse. La yegua dentro del agua, yo a su lado con las riendas flojas, todo hecho y sin una palabra. Abrió la boca, y por un momento pensé que iba a decir algo. La cerró. Apartó la vista. Aquello le costó más que el arroyo entero, lo supe, porque para un hombre que se cree el único en kilómetros que entiende a un caballo, ver lo que hace la de fuera es peor que cualquier reproche que ella pudiera echarle a la cara.

No dijo nada. Ni "tenía razón", ni "gracias", ni siquiera me dirigió la vista mucho rato. Recogió la cuerda del alazán como si la idea de cruzarlo detrás del castaño se le hubiera ocurrido a él solo, y por un momento pensé en recordárselo, en cobrarme los dos aciertos de la mañana de una vez. No lo hice. A los hombres como Ewan Dunmore no se les gana teniendo razón en voz alta. Se les gana dejando que la razón les vaya pesando por dentro hasta que no puedan con ella. Es más lento. Pero es lo único que funciona, con ellos y con los potros.

—El alazán ya cruza —dije al rato, como quien comenta el tiempo—. Cuando usted quiera seguimos.

Me miró entonces, y en aquella mirada había de todo menos agradecimiento.

—Trabajamos el negro y bajamos —dijo, y no fue una respuesta a lo mío. Fue cambiar de tema con un caballo de por medio.

Lo del negro fue peor.

Ewan quiso ponerle por primera vez una manta al lomo, y el negro no se dejó. Cada vez que se acercaba con ella, el animal retrocedía con las orejas planas. Ewan apretó los dientes, insistió, y el negro se revolvió igual que el alazán, devuelto de golpe al caballo furioso del primer día. Llevaba meses con él, y aquel animal seguía sin dejarle hacer lo que a mí, una desconocida, me había dejado hacer la tarde anterior sin pelear.

Y eso, lo supe en cuanto le vi la cara, era lo que de verdad no soportaba.

—Déjeme probar a mí —dije.

—No.

—El día que lo monte un soldado va a tener que dejarse poner cosas encima. Más vale que aprenda con calma que a la fuerza.

—No.

—Ewan.

—He dicho que no. —Tiró la manta al suelo—. No pienso quedarme mirando cómo una mujer me enseña a tratar a mi propio caballo delante de mis mozos. Bastante tengo ya.

Los dos mozos, que recogían a unos pasos, hicieron como que no oían. El negro, entre nosotros, resopló y dio un paso hacia mí, porque hasta él tenía más sentido común que su dueño aquella tarde. Ewan lo apartó de un tirón de la cuerda, brusco, y el animal se revolvió y se le encaró, y por un momento los dos, hombre y caballo, parecían el mismo animal: orgullosos, heridos y empeñados en no dejarse ayudar.

Ahí estaba. No era el caballo. Era él, su orgullo, el miedo a quedar por debajo de mí en lo único en lo que no admitía estar por debajo de nadie. Lo entendí, y por entenderlo no me dolió menos, porque una cosa es comprender a un hombre y otra muy distinta es que ese hombre te trate como a una intrusa que viene a robarle algo que es suyo.

Recogí la manta del suelo y se la tendí sin decir palabra. La cogió. No dijo nada. Volvió a intentarlo solo, y solo fracasó, y al final guardamos al negro sin manta y bajamos la ladera en fila, igual que habíamos subido, con la diferencia de que ahora el silencio entre los dos pesaba como una tercera persona cabalgando con nosotros.

No me molesté en romperlo. Que cargara él con su silencio, que para algo era suyo y se lo había buscado a pulso.

Llegamos al castillo cuando empezaba a oscurecer. Y supe que algo iba mal antes de desmontar, porque en el patio había un carruaje que no era de la casa. Negro, bueno, de ciudad, con un cochero de pie que tenía cara de querer marcharse de allí cuanto antes.

Ewan se quedó muy quieto al verlo. Por primera vez en toda la tarde su mal humor se apartó para dejar sitio a otra cosa. No era miedo. Era algo más frío.

—¿Conoce ese carruaje? —pregunté.

—No el carruaje. A quien viene en él. —Desmontó sin mirarme—. Robert lleva semanas anunciando una visita. Un caballero del sur, dice. Un hombre que puede ayudar al clan.

Me acordé de Fearghas en su establo, del inglés que miraba la tierra como quien la tasa. Se me cerró el estómago.

—¿Y usted qué cree que viene a hacer?

Me tendió las riendas de su caballo, y antes de entrar me soltó, sin asomo de la cortesía que no me había tenido en todo el día, una orden que sonó a desconfianza pura:

—Usted, esta noche, calle. No sé a qué juega ni qué busca aquí, pero hace demasiadas preguntas para ser una recadera, y ese de ahí dentro hace las mismas. Lo último que necesito es que dos desconocidos con segundas se entiendan en mi mesa. Así que cene, sonría y no abra la boca más de lo justo.

No esperó respuesta. Entró en el castillo y me dejó en el patio con dos caballos cansados, un negro que seguía sin querer manta y la

certeza de que aquel hombre acababa de ponerme en el mismo saco que al inglés del carruaje.

Llevé yo misma los animales a las cuadras. No tenía ninguna prisa por entrar. Les quité las sillas uno a uno, los cepillé, les puse heno y agua, y me tomé mi tiempo con cada cosa, porque cada cosa que hacía allí me salía bien y me devolvía un poco de lo que el día me había quitado. La torda me siguió con la mirada desde su box, agradecida a su manera. El alazán ya no le tenía miedo al recuerdo del arroyo. Los caballos, al menos, no guardaban rencor ni soltaban desplantes, y aquella tarde eso me pareció una virtud enorme.

Mientras le quitaba la silla al negro, el animal me buscó la mano con el morro, igual que el primer día, y le dije, muy bajo, que tenía un gusto pésimo para los dueños. Que su domador era un cabezota incapaz de admitir que se equivocaba y que yo no andaba mucho mejor, porque seguía allí, cepillándolo en la penumbra, cuando lo sensato habría sido subir, hacer las maletas y volverme a Edimburgo antes de que aquel valle me quitara lo poco que había venido a salvar.

Pero no hice las maletas. Apagué el farol, me sacudí la paja de la falda y entré en la casa a cenar con un primo que sonreía demasiado, un domador que me había mandado callar y un inglés al que aún no le había visto la cara y que ya me daba más miedo que los otros dos juntos.

CAPÍTULO 7

EWAN

Al inglés lo calé antes de que terminara la sopa.

Se llamaba Aldous Crane, vestía mejor que nadie que hubiera pisado aquella sala en años y tenía las manos blancas de un hombre que nunca ha sujetado nada más pesado que una pluma. Hablaba un escocés correcto, aprendido, con las erres equivocadas. Sonreía cuando tocaba sonreír y miraba a su alrededor con la lentitud del que está haciendo inventario. Las vigas del techo, la plata vieja, los retratos de mis abuelos. Lo tasaba todo. A mí también me tasó, y vi en sus ojos lo que valía para él, que era poco, porque un hombre que trabaja con las manos no figura en las cuentas de un hombre como Crane salvo como gasto.

Robert estaba encantador. Hacía de anfitrión como si la casa fuera suya, servía el vino, reía las gracias del inglés, contaba historias del valle que pintaban a los Dunmore más caídos de lo que estábamos. Cada cosa que decía iba dirigida a Crane y tenía un segundo filo dirigido a mí. Llevo toda la vida oyéndolo hablar así. Sé cuándo Robert está vendiendo algo. Aquella noche estaba vendiendo el clan entero, y yo no terminaba de ver a qué precio.

Hamish presidía la mesa en silencio, comiendo poco, con la mirada perdida en un punto del mantel. Mi hermano sabía algo que no me había contado. Se lo noté en cómo evitaba los ojos de Crane.

Y al otro extremo estaba ella.

Isobel había hecho caso de lo que le dije, por una vez. Hablaba poco, contestaba lo justo, tenía los ojos bajos sobre el plato como una invitada bien educada. Debería haberme tranquilizado verla así,

callada y quieta, pero me puso en guardia, porque a aquella mujer la había visto discutirme a campo abierto sin bajar la cabeza ante nada, y verla encogida en mi propia mesa no encajaba. Una persona solo se hace pequeña cuando tiene algo que esconder.

—Es un valle magnífico —dijo Crane, dejando la cuchara—. Y unas tierras de las que se podría sacar mucho más de lo que se saca. Sin ánimo de ofender, claro. Hablo como hombre de negocios.

—Aquí vive gente —dije.

—Naturalmente. —Sonrió—. Gente que estaría mejor en otra parte, quizá. Las Highlands son duras con los pobres, señor Dunmore. A veces la caridad consiste en ayudarlos a marcharse antes de que el hambre los eche.

Apreté el tenedor. Robert se apresuró a cambiar el aire de la mesa con una broma, y Crane se rió, y siguieron hablando de ovejas y de precios y de lo que rinde un acre de pasto frente a un acre de cebada, como si el valle fuera un número en un libro y no el sitio donde está enterrada mi madre.

Yo apenas abrí la boca. No por prudencia. Porque si la abría, iba a decir algo que nos costaría caro, y aquella noche no me podía permitir mi genio. Me lo tragué, que es lo que llevo años haciendo, y lo guardé para cuando sirviera de algo.

Crane, mientras tanto, tejía. Habló de los malos años, de lo difícil que se le había puesto el campo a la gente del norte, de cuántas familias buenas había visto perder en una generación lo que habían tardado siglos en juntar. Lo decía con pena, una pena de funeral pagado, y a cada frase dejaba caer un dato que no debería saber. El año de la última mala cosecha en el valle. El nombre del prestamista de Inverness al que mi padre había acudido en su día. La cifra, casi exacta, de lo que los Dunmore debíamos.

—Uno oye cosas —dijo, cuando me vio la cara—. En mi oficio conviene oír. Y lo que oigo, señor Dunmore, es que a este valle le quedan uno o dos inviernos antes de que la deuda se lo trague. No lo digo para ofenderle. Lo digo porque soy de los que creen que,

cuando una casa se hunde, más vale un comprador amable que un acreedor sin rostro. Yo podría ser ese comprador amable. Llegado el caso.

—No va a llegar el caso.

—Ojalá. —Sonrió, y la sonrisa decía lo contrario—. De verdad se lo deseo. Pero las buenas intenciones no han salvado nunca una hipoteca, y usted lo sabe. Su contrato con el ejército es lo único que se interpone entre esta familia y la ruina. Un hilo muy fino para colgar de él un valle entero, ¿no le parece?

Lo sabía todo. La deuda, los plazos, el peso exacto de lo que cargábamos. Un hombre no sabe esas cosas de un clan al que acaba de conocer. Las sabe si lleva tiempo estudiándolas, si alguien de dentro se las ha ido sirviendo en bandeja. Miré a Robert, que rellenaba la copa del inglés con una sonrisa de criado fiel, y por primera vez en la noche dejé de preguntarme a qué precio vendía mi primo el clan. Empecé a preguntarme a quién.

Fue al final de la cena cuando Crane soltó la primera piedra.

—Dígame, señor Dunmore —dijo, limpiándose los labios con una servilleta que valía más que la camisa de cualquiera de mis mozos—. Este contrato suyo con el ejército. La remonta. Un asunto delicado, los plazos, las cantidades. Me sorprende que lo lleve un criador del sur tan... enfermo. Tengo entendido que el bueno de John Crieff apenas se levanta de la cama desde hace meses.

—Sus asuntos los lleva su hija —dijo Robert, demasiado rápido, demasiado servicial—. La señorita Crieff. Está aquí con nosotros, de hecho.

Crane volvió la cabeza hacia Isobel despacio, con una sonrisa que no me gustó nada.

—Ah. La señorita. —Algo se le encendió detrás de los ojos, un reconocimiento, como quien encuentra en el inventario una pieza que esperaba—. Claro. La señorita Crieff. He oído hablar de usted en Edimburgo, querida. Más de lo que imagina.

Isobel levantó la vista del plato por primera vez en toda la cena. Estaba pálida.

—No creo que tengamos conocidos en común —dijo.

—Oh, los negocios son un mundo pequeño. —Crane se recostó en la silla—. Y el suyo, en particular, ha dado mucho que hablar. Una mujer que negocia. Que firma. Que cierra tratos con oficiales de Su Majestad haciéndose pasar por la simple mensajera de su padre. Es usted toda una novedad, señorita. En ciertos despachos su nombre causa verdadera curiosidad.

Se hizo un silencio que no era de los buenos.

Yo miré a Isobel. Y ella me miró a mí, una sola vez, y en esa mirada lo entendí todo, porque no había sorpresa en su cara, ni indignación, ni la protesta de quien escucha una calumnia. Había miedo. El miedo concreto del que oye decir en voz alta justo lo que estaba escondiendo.

No era su padre.

Era ella. Ella había firmado. Ella había negociado. La mujer que llevaba semanas en mis cuerdas, metiendo las narices en todo, preguntando lo que no le correspondía, midiéndome a mí y a los míos con esos ojos suyos que todo lo tasan, no era ninguna recadera. Era la dueña del contrato del que dependía mi valle. Y me lo había callado. Cada día. Cada conversación. Cada vez que abrió la boca para corregirme un caballo lo hizo sabiendo lo que yo no sabía, mirándome desde arriba sin que yo lo supiera.

Dejé la servilleta sobre la mesa con mucho cuidado, porque la alternativa era partir algo.

—Si me disculpan —dije, y me levanté.

No miré a nadie al salir. Sobre todo no la miré a ella.

Robert me siguió al patio. Cómo no.

—No sabía que no lo supieras —dijo, y la voz le sonaba a falsa preocupación, esa que se pone justo encima del placer—. De

verdad, Ewan. Pensaba que a estas alturas te lo habría contado. Habéis estado... muy juntos estas semanas.

—¿Cuánto hace que lo sabes tú?

—Lo sospechaba desde que llegó. Una mujer sola, haciendo tantas preguntas. —Se encogió de hombros—. Lo confirmé hace unos días. Tengo amigos en Edimburgo. Te avisé, ¿recuerdas? Te dije que tuvieras cuidado con ella. No quisiste escucharme.

Tenía razón, y eso era lo peor. Me lo había dicho, y yo lo había tomado por una de sus maniobras, porque viniendo de Robert toda advertencia es una trampa. Y mira. Por una vez la trampa era verdad.

—¿Por qué me lo cuentas ahora? —pregunté—. Tú no haces nada gratis.

Robert sonrió en la oscuridad.

—Porque eres mi primo y no me gusta verte engañado. —Hizo una pausa—. Y porque si ese contrato lo ha firmado una mujer, no vale nada. Lo sabes igual que yo. El ejército lo anularía en cuanto se enterara. Lo que tienes en las cuabras, todo ese trabajo tuyo, cuelga del nombre falso de una embustera de las Lowlands. Yo que tú pensaría muy bien de quién me fío para salvar este valle. Quizá hay quien lo haría mejor.

Y ahí estaba, al fin, la venta entera. El veneno con su lazo. Robert no me había seguido al patio para consolarme. Me había seguido para enseñarme la herida y, en la misma frase, ofrecerse a curarla él. Apártate, Ewan, que tú no sirves. Déjame a mí.

—Vete a dormir, Robert.

—Solo digo que...

—Vete a dormir.

Algo en cómo lo dije lo hizo callar. Se metió en la casa, y me dejó solo en el patio con el frío y con todo lo que acababa de saber.

Me quedé allí mucho rato. No pensaba en el contrato, aunque debía. No pensaba en Crane, ni en la deuda, ni en el valle. Pensaba en ella,

que es justo lo que no me convenía pensar. En cómo había trabajado a mi lado semanas enteras. En cómo le había hablado del negro, de los plazos, de lo que me jugaba. En todas las veces que se había callado teniendo en la mano la única carta que importaba.

Y pensaba en Marsaili, claro, porque a ella siempre vuelvo. Dos años creyendo una mentira que me monté solo. Y ahora, justo cuando empezaba a fiarme de una mujer otra vez, resultaba que esa mujer también me había mentido desde el primer día.

No iba a tropezar dos veces. Eso me dije, en el frío, apretando los puños. No iba a volver a ser el último en enterarse. No iba a darle a nadie el poder de hacerme lo que me hicieron.

Subí a las cuerdas en lugar de a mi cama. El negro me oyó llegar y levantó la cabeza. No se acercó a mí. Nunca se acerca a mí. Buscó con los ojos detrás de mí, por si venía ella, y al ver que no, resopló y volvió a su rincón, decepcionado, como si hasta el caballo me echara en cara que la hubiera dejado fuera.

—Tú también te has dejado engañar —le dije.

Pero no era verdad, y los dos lo sabíamos. El caballo no se había dejado engañar por nada. El caballo había visto en ella algo que yo, con todo mi oficio y todo mi orgullo, me había empeñado en no ver. Le eché heno aunque no lo necesitaba, solo por tener las manos ocupadas en algo que no fuera apretarlas. El animal me dejó hacer, sin acercarse, vigilándome con un ojo, y pensé que aquel caballo y yo nos parecíamos más de lo que me convenía: los dos heridos y los dos incapaces de fiarnos de nadie.

CAPÍTULO 8

ISOBEL

Supe que estaba perdida en el instante en que Crane volvió la cabeza hacia mí y sonrió.

Hasta entonces había aguantado la cena como me había mandado Ewan, callada y con los ojos en el plato, contando los minutos para subir. Conocía aquel apellido. Crane se oye en Edimburgo, en los despachos donde se compran y se venden deudas como quien vende ganado, y nunca se oye para bien. Pero pensé que él no me conocía a mí. Una mujer pasa desapercibida en ese mundo; es la única ventaja de que nadie te tome en serio. Me equivoqué. Crane no solo sabía quién era yo. Lo había estado guardando toda la cena, esperando el momento de mayor público para soltarlo, igual que yo guardo una buena puja para el final de una subasta.

«Una mujer que negocia. Que firma. Que cierra tratos con oficiales de Su Majestad haciéndose pasar por la simple mensajera de su padre.»

Lo dijo con dulzura, saboreándolo, y mientras lo decía yo sentí cómo se me iba la sangre de la cara y no pude hacer nada por retenerla. No miré a Crane. No miré a Robert, que disfrutaba el momento como quien asiste a una buena función. Miré a Ewan, que era de quien dependía todo en aquella mesa, y ese fue mi error, porque vi cómo lo recibía. Vi el instante exacto en que las piezas le encajaron por dentro. Vi cómo dejaba la servilleta con un cuidado que daba más miedo que un golpe en la mesa, y cómo se levantaba sin mirar a nadie, y cómo, al pasar por mi lado, apartaba los ojos de mí como se apartan de algo sucio.

No fue la vergüenza delante de Crane lo que me dejó sin aire. Fue esa mirada que no me dio.

Subí a mi habitación en cuanto pude hacerlo sin correr. Cerré la puerta, me senté en el suelo con la espalda contra la madera y me quedé así un rato largo, con el corazón desbocado.

No dormí. No lo intenté siquiera.

Me quedé sentada, vestida, escuchando cómo se vaciaba la casa de ruidos hasta que solo quedó el viento. Sabía lo que tenía que hacer y llevaba media noche reuniendo el valor para hacerlo. Podía esperar a que él me buscara por la mañana, dejar que viniera a mí con su rabia ya cuajada y defenderme desde el rincón. Era lo cómodo. Pero llevo toda la vida oyendo decir que las mujeres como yo huimos cuando las cosas se ponen feas, y aunque casi nada de lo que dicen de mí es verdad, esa parte me niego a regalársela a nadie.

Así que bajé a buscarlo yo.

Estaba en las cuadras, como sabía que estaría. Una luz pequeña al fondo, el olor a paja y a animal, y él sentado en un fardo con los codos en las rodillas, mirando al negro sin verlo. No se sorprendió al oírme. Creo que también me esperaba.

—Ahórrese el viaje —dijo, sin volverse—. No tengo nada que hablar con usted esta noche.

—Pues yo sí. Y prefiero decirlo ahora que delante de su hermano mañana.

Se levantó despacio. Cuando se giró, no era el hombre que me había sujetado el brazo ante el potro, ni el que se había peleado conmigo por un arroyo. Era uno más frío, con la cara cerrada con llave.

—Diga lo que tenga que decir.

—Es verdad. —No tenía sentido empezar por otro sitio—. El contrato lo llevo yo. Lo negocié yo, lo firmé yo en nombre de mi padre, y le he dejado creer todo este tiempo que era una recadera. Eso es cierto, y no voy a fingir que no lo es.

—Bien. Al menos no me miente a la cara dos noches seguidas.

—No le he mentido nunca a la cara. Me he callado. No es lo mismo, aunque a usted ahora le dé igual.

—Es exactamente lo mismo.

—No lo es. —Di un paso adentro, hacia la luz—. ¿Quiere saber por qué me callé? ¿O ya ha decidido la historia que le conviene contarse, como hace con todo?

Eso le tensó la mandíbula. Pero no me mandó callar, y lo tomé por permiso.

—Me callé porque un oficial del ejército de Su Majestad no firma una remonta con una mujer. Ni una. Ni la mejor criadora de Escocia. Si en algún despacho de Edimburgo se enteran de que detrás de ese contrato hay una mujer y no un hombre enfermo, lo rompen esa misma tarde, y con él se hunde el negocio de mi padre, y mi padre se muere creyendo que su hija lo ha arruinado. Me callé por eso. No por usted. Usted no entraba en mis cálculos cuando llegué a este valle. —Tragué saliva—. El problema es que entró después.

—No me cuente sus cálculos. —Su voz salió plana—. Lleva semanas en mis cuadras. Comiendo en mi mesa. Corrigiéndome los caballos, mirándome de arriba abajo con esos ojos que todo lo pesan, sabiendo en cada momento lo que yo no sabía. Y me deja en ridículo delante de un inglés y de mi propio primo. ¿Sabe lo que es eso para mí?

—Lo sé. Y lo siento. Pero usted también sabe una cosa, aunque ahora no le convenga recordarla. —Le sostuve la mirada—. Yo intenté decírselo. En el patio, después de que Robert soltara su veneno. Le dije que no era lo que parecía. ¿Y usted qué hizo? Me cortó. «No le he preguntado qué es», dijo. Cerró la puerta usted, Ewan, no yo. Le ofrecí la verdad y no la quiso oír porque oírla le obligaba a fiarse de mí, y usted antes muerto que fiarse de nadie.

Eso le llegó. Lo vi. Apartó la vista un momento, y por un instante creí que iba a ablandarse, que iba a reconocer que era cierto.

No lo hizo. Hizo lo contrario, que es lo que hacen los hombres como él cuando una verdad les toca el hueso: se cerraron más.

—Da igual quién cerró qué puerta —dijo—. El daño está hecho. Ese contrato no vale nada con su nombre detrás. Lo sabe usted mejor que yo. Todo el trabajo de meses, todos los caballos, el valle entero, colgando del embuste de una desconocida. Así que se acabó. Mañana hablo con Hamish. A partir de ahora del contrato me ocupo yo. Usted no vuelve a poner un pie en estas cuadras ni a meterse en mis asuntos.

—¿Cree que me he metido en esto por gusto? —La voz me salió más alta de lo que quería, y la bajé, porque a un caballo asustado no se le grita y aquel hombre, en el fondo, no era otra cosa—. Tengo a mi padre muriéndose en una cama de Edimburgo, Ewan. Lo único que le queda es la idea de que el negocio que levantó con sus manos sigue en pie. Llevo un año sosteniéndolo yo sola para que se muera en paz. He aprendido a falsificar la firma de un hombre al que adoro para que nadie sepa que tiembla demasiado para escribir. ¿Y usted me habla de embustes? Yo no miento por deporte. Miento por las mismas razones por las que usted se traga el genio delante de Crane: porque si digo la verdad, lo pierdo todo. La diferencia es que a usted nadie le exige decir que es otro para hacer su trabajo.

—El contrato es mío —insistió, terco como el primer día—. A partir de ahora lo llevo yo.

—El contrato es de los dos, le guste o no. —Me oí reír, sin ganas—. Puede echarme de las cuadras, Ewan. No puede echarme del trato, porque soy yo quien responde ante el ejército, soy yo quien conoce las cláusulas, los plazos, a quién hay que entregar y cuándo. El trato sin mí no existe. Por mucho que le duela.

—Pues entonces estamos perdidos los dos.

Lo dijo con un cansancio que por un momento me dio más pena que rabia. Porque tenía razón a medias, y la mitad en la que la tenía era la que importaba. Aquel contrato necesitaba un nombre de hombre y un trabajo de mujer, y los dos lo sabíamos, y los dos estábamos demasiado heridos aquella noche para admitir que nos necesitábamos.

—No tenemos por qué estarlo —dije, más bajo—. Hay un inglés en su casa que conoce su deuda hasta el último penique. Que sabía mi nombre antes de verme la cara. ¿No se pregunta cómo? Yo sí. Y sé qué clase de hombre es Aldous Crane, porque su nombre se oye en Edimburgo y no en buena boca. No compra tierras para cuidarlas. Las compra para vaciarlas. Si quiere salvar su valle, va a necesitar a alguien que conozca a esa gente. Y resulta que la única persona en kilómetros que la conoce soy yo, la embustera de las Lowlands.

Se quedó callado. Lo había alcanzado, lo supe, porque sus ojos cambiaron un instante, calculando, midiendo lo que yo acababa de poner sobre la mesa. Por un momento volvió a ser el hombre listo que era cuando no le ganaba el orgullo.

Duró poco.

—Buenas noches, señorita Crieff —dijo, y me dio la espalda, y se acabó.

No insistí. Pero antes de salir le dije una última cosa, porque me salió de dentro y no supe callármela.

—No sé qué le hicieron, Ewan. —Se quedó quieto, de espaldas, y supe que escuchaba—. No sé quién le enseñó que fiarse de alguien es lo mismo que entregarle un cuchillo. Pero quienquiera que fuese le hizo un flaco favor, porque le dejó convencido de que la gente que se calla algo lo hace para hacerle daño. Y no siempre es así. A veces una se calla porque tiene mucho que perder y poca gente con quien contar. Como usted. Igual que usted.

No se volvió. No dijo nada. Pero vi cómo se le movían los hombros, una vez, como quien encaja un golpe que no esperaba, y entendí que había tocado algo que llevaba mucho tiempo cerrado y que no me correspondía abrir. Me arrepentí en el acto. No de lo dicho, que era verdad, sino del momento, porque hay verdades que llegan tarde y solo sirven para hacer más hondo el agujero.

Me dolió. No me voy a mentir a mí misma a estas alturas. Me molestó más de lo que tenía derecho a molestarme, tratándose de

un hombre al que conocía de unas pocas semanas. Y esa desproporción fue lo que me mandó a la cama de mal humor.

Subí a mi habitación. El negro relinchó cuando pasé por delante de su box, bajo y largo, llamándome, y tuve que apretar el paso para no ir a consolarme con el único de aquella casa que se alegraba de verme.

Me senté otra vez en la cama, todavía vestida, y miré por la ventana cómo empezaba a clarear sobre el valle. Tenía un contrato que defender, un padre que se moría, un inglés peligroso bajo el mismo techo y un domador que me había echado de su trabajo y de su confianza en la misma frase. Cualquiera mujer con dos dedos de frente habría hecho las maletas al amanecer.

Yo no soy de hacer maletas cuando las cosas se ponen feas. Esa parte se la sigo negando a todo el mundo, incluso a mí.

Me quité los zapatos, me eché por encima la manta sin desnudarme y cerré los ojos un rato, no a dormir, sino a pensar cómo demonios iba a salvar un valle con la ayuda de un hombre que acababa de decirme que no la quería.

CAPÍTULO 9

ISOBEL

Crane seguía en la casa por la mañana, y desayunaba como si fuera suya.

Lo encontré en la sala, solo, untando mantequilla en un pan con la parsimonia de quien tiene todo el tiempo del mundo porque sabe que el tiempo juega de su lado. Me saludó con una cortesía que daba más frío que el aire de mi cuarto.

—Señorita Crieff. Ha dormido poco, se le nota. —Sonrió—. Es comprensible. Anoche debió de ser una velada incómoda para usted.

—He dormido lo que necesitaba.

—Me alegro. —Dio un mordisco pequeño, masticó despacio—. ¿Sabe? No le deseo ningún mal. Al contrario. Una mujer con su talento, malgastándolo en este valle perdido por un puñado de caballos y un domador con mal carácter... es un desperdicio. En Edimburgo, en Londres, una persona como usted podría llegar lejos. Si supiera con quién aliarse.

—Tengo por costumbre elegir yo mis alianzas.

—Las costumbres cambian cuando cambian las circunstancias. —Dejó el cuchillo—. Piénselo. Este clan se hunde, señorita, con domador famoso y todo. Cuando se hunda, los que se hayan atado a él se hundirán también. No es tarde para subir a un barco mejor.

—Habla usted mucho de hundimientos para ser solo una visita de paso.

—Hablo de lo que veo. —Se limpió las comisuras con la servilleta—. Una familia que debe más de lo que puede pagar, un laird que no

levanta la cabeza de sus números y un segundón con más talento para los caballos que para los plazos. Por suerte para ellos, no todos en esta casa son tan cortos de miras. Hay quien entiende que, a veces, lo más leal a una familia es ayudarla a soltar lo que ya no puede sostener.

Lo dijo sin nombrar a nadie, pero el elogio tenía dirección, y supe a qué puerta llamaba. Aquel «quien entiende» era Robert, y Crane acababa de confirmarme, queriendo o sin querer, que entre el inglés y el primo había bastante más que una cena cordial.

No le contesté. Le di los buenos días y salí, porque hay conversaciones que se ganan no teniéndolas, y porque Crane acababa de enseñarme más de lo que pretendía. Un hombre no tienta a quien no necesita. Si se molestaba en ofrecerme un barco, era porque le estorbaba en el mío.

A Ewan lo encontré en el patio, ensillando él mismo en lugar de mandar a un mozo, que era su manera de decir que no quería compañía. Me vio venir y siguió con la cincha como si yo fuera transparente.

—Tenemos que hablar —dije.

—Le dije anoche todo lo que tenía que decirle.

—Sí, y yo lo escuché. Ahora va a escucharme usted a mí, porque lo que tengo que decirle no es sobre nosotros. Es sobre Crane. Y le interesa.

Eso le hizo parar las manos. No me miró, pero paró, y con él parar era casi escuchar.

—Acaba de ofrecerme cambiar de bando —dije—. Sin disimulo. Me ha dicho que este clan se hunde y que yo debería atarme a un barco mejor. Un hombre no le dice eso a una simple proveedora de caballos. Me lo ha dicho porque sabe que conozco cosas, y prefiere tenerme de su lado o quitarme de en medio.

Ewan dejó la cincha. Se volvió al fin, despacio, y su cara seguía cerrada, pero detrás de la cerradura había empezado a funcionar algo.

—¿Qué cosas conoce usted de Crane?

—Que en Edimburgo trabaja para un terrateniente al que nadie ha visto nunca, uno de esos que viven en Londres y no pisan jamás las tierras de las que viven. Que su oficio es encontrar fincas endeudadas, esperar a que caigan y comprarlas por nada. Que de las tres que compró el año pasado, las tres acabaron sin un solo arrendatario en dos inviernos. Ovejas donde había familias. —Hice una pausa—. Eso es Aldous Crane. No es un comprador amable. Es un buitre con buenos modales que ha aprendido a llegar antes de que el animal termine de morir.

Ewan se quedó muy quieto, mirándome de un modo nuevo. No con simpatía, que habría sido pedir demasiado. Con atención. Con la atención del que de pronto descubre que la herramienta que despreciaba sirve.

—Venga conmigo —dijo.

Me llevó al despacho de su hermano. Hamish estaba dentro, entre papeles, con la cara de siempre, la de hombre que suma y nunca le sale. Ewan cerró la puerta.

—Cuéntale a Hamish lo que me has contado a mí —dijo—. Lo de Crane.

Lo conté otra vez. Hamish me escuchó sin interrumpir, y cuando terminé se quedó callado un rato largo, mirando una carta que tenía sobre la mesa. Luego me la pasó sin decir palabra.

Era de Crane. De hacía meses. Cortés hasta la náusea, ofrecía sus servicios para "aliviar las cargas del clan" en caso de que las dificultades se agravaran, y se ponía a disposición de la familia "para lo que pudiera necesitar". La leí dos veces. La firma era la de un hombre que ya sabía, cuando la escribió, que las dificultades iban a agravarse, porque pensaba agravarlas él.

—La guardé sin darle importancia —dijo Hamish—. Pensé que era un usurero más oliendo sangre. No se me ocurrió que pudiera estar moviendo los hilos desde dentro.

—Desde dentro —repetí—. ¿A través de quién?

Los dos hermanos se miraron. Ninguno dijo el nombre, pero el nombre estaba en la habitación con nosotros, tan presente como si se hubiera sentado a la mesa.

Fue entonces cuando Ewan habló, y lo que dijo me dejó sin respuesta.

—Hay algo que usted no sabe —dijo, mirándome—. Los cinco caballos que faltaban. Los que Fearghas dijo que se había llevado Robert. Subí a verlos al pasto de arriba. Robert me juró que estaban enfermos, con tos, cojos. Estaban sanos. Los cinco. Ni un día de enfermedad. Mi primo me mintió a la cara y los guarda escondidos, sanos, esperando.

Lo encajé despacio, porque encajaba demasiado bien.

—¿Esperando a qué?

—A que falle la entrega. O a aparecer él en el último momento como el salvador del valle. Le sirven las dos cosas.

—No —dije, y de pronto lo vi entero, como se ve un caballo completo cuando llevas un rato mirándole solo las patas—. Le sirve una tercera, mejor que las dos. Le sirve que el contrato se caiga por mi culpa. Por la mujer que mintió. Si la entrega fracasa porque el ejército descubre que detrás del trato hay una embustera de las Lowlands, nadie mira a Robert. Todos me miran a mí. Él queda limpio, el clan cae, y Crane compra. Por eso anoche se aseguró de soltar mi secreto delante del inglés. No fue maldad de momento. Fue una pieza.

—Y por eso guarda los caballos sanos —añadió Ewan, siguiéndome el hilo a su pesar—. No para venderlos ni para salvarlos. Para tenerlos listos el día que decida si me hunde del todo o me hunde a medias. La mano siempre la tiene él.

—Y Crane le sostiene el brazo —dije—. Su primo no haría esto solo. No tiene cabeza para tanto, perdone que se lo diga. Alguien le ha enseñado la jugada entera y le ha prometido su parte cuando el valle caiga. Ese alguien acaba de desayunar en su mesa.

Se hizo un silencio en el despacho. Hamish se pasó la mano por la cara. Ewan me miraba como no me había mirado nunca: sin orgullo, sin desprecio, solo entendiendo que la persona a la que había echado de sus cuadras la noche anterior acababa de armar delante de él el plan entero de su enemigo.

Ewan se acercó a la mesa, cogió la carta de Crane, me la tendió a mí y dijo:

—Usted entiende de estas cosas más que nosotros. Léala otra vez. Dígame qué ve que nosotros no veamos.

Y en ese gesto, en poner en mis manos la prueba que su hermano había guardado meses, estaba todo lo que no me iba a decir con la boca. No era una disculpa. No era una tregua firmada. Era un hombre orgulloso reconociendo, del único modo que sabía, que me necesitaba.

Cogí la carta. No le di las gracias, porque habría sido humillarlo, y porque a esas alturas yo también tenía mi orgullo guardado en alguna parte.

—Si vamos a hacer esto —dije, mirándolos a los dos—, hay una regla. Robert no puede saber que sospechamos. Ni Crane. Seguimos como hasta ayer: el domador prepara sus caballos, la recadera lleva sus recados, y el primo sonríe creyéndose más listo que nadie. Mientras tanto, averiguamos lo que falta y lo guardamos. Quien enseña sus cartas en mitad de la partida, pierde. Y esta partida no la podemos perder.

Hamish asintió. Ewan también, una sola vez, y por primera vez desde la noche anterior no había muro entre nosotros, sino algo más útil y más frágil: un enemigo común.

No era reconciliación. No me engañé pensando que lo fuera. Seguía siendo el hombre que me había echado de sus cuadras y apartado los ojos de mí como de algo sucio, y yo seguía siendo la mujer que no se podía permitir que aquello le doliera tanto como le dolía. Pero salimos del despacho los tres con un plan, y a veces un plan compartido es lo más parecido al perdón.

Hamish se quedó con sus papeles. Ewan y yo salimos al corredor, y allí, por un momento, nos quedamos los dos sin saber qué hacer con lo que no era el plan. El corredor estaba vacío. La luz entraba sucia por una ventana alta y él tenía la carta de Crane todavía en la mano, porque al final no me la había dado, se le había olvidado.

—La carta —dije, y alargué la mano.

Me la tendió. Nuestros dedos no se rozaron, porque los dos pusimos cuidado en que no lo hicieran, y ese cuidado dijo más que un roce.

—Anoche —empezó él, y se detuvo. Ewan Dunmore empezando una frase con "anoche" era casi un milagro, así que esperé—. Anoche dije cosas.

—Sí.

—No me retracto de ellas.

—No esperaba que lo hiciera.

—Pero. —Apretó la mandíbula, como si la palabra le costara un diente—. Lo de los caballos. Lo de Crane. Tenía usted los ojos abiertos cuando yo los tenía cerrados. Eso... lo reconozco.

No era una disculpa. Ni de lejos. Era un hombre admitiendo que se había equivocado de enemigo, no que se hubiera equivocado conmigo. Pero viniendo de él, era como ver al negro dejarse poner la primera manta: un gesto pequeño que costaba meses arrancarle a quien tiene grabado que bajar la guardia se paga.

—Es un comienzo —dije.

—No es un comienzo de nada. —Volvió a cerrarse, asustado de su propia frase—. Es solo que ahora tenemos el mismo problema. Cuando se acabe, cada uno por su lado.

—Como usted quiera.

Y lo dejé ahí, porque insistir habría sido empujar a un caballo hacia el agua, y ya sabía yo cómo acaba eso. Me guardé la carta en el bolsillo, le deseé buen día y me fui, sintiendo sus ojos en la espalda hasta que doblé la esquina. Esta vez no apartó la mirada. Lo noté. Y

no quise pararme a pensar por qué reparaba yo en si apartaba la mirada o no, cuando tenía cosas más urgentes en las que reparar.

Crane se marchó al mediodía en su carruaje negro, prometiendo volver pronto. Lo despedí desde la ventana, con una sonrisa amable pegada a la cara, pensando que la próxima vez que aquel hombre pisara el valle iba a encontrarse algo que no esperaba.

Iba a encontrarnos preparados. Y esta vez no iba a ser yo la única con los ojos abiertos.

CAPÍTULO 10

ISOBEL

Subí sola al pasto de arriba un amanecer, sin decírselo a nadie, porque era la única forma de hacerlo bien.

Llevábamos cuatro días jugando a la normalidad. Ewan preparaba sus caballos, yo fingía supervisar lo que ya no se me dejaba supervisar, y Robert rondaba la casa con su sonrisa puesta, creyéndose el más listo del valle. Por las noches, los tres nos encerrábamos un rato en el despacho de Hamish a poner en común lo poco que íbamos sacando. Era poco. Sabíamos el plan de Robert y de Crane, pero saberlo no bastaba. Para pararlo necesitábamos algo que enseñar: una prueba, un papel, una boca dispuesta a hablar. Y las pruebas no estaban en el castillo. Estaban donde estaban los cinco caballos.

Ewan no quería que fuera. Me lo dejó claro la noche anterior, con su delicadeza de costumbre, que es ninguna: que el pasto de arriba era terreno suyo, que él subiría cuando hiciera falta, que yo me quedara abajo haciendo lo mío. Le dije que sí para que me dejara en paz. Luego esperé a que clareara y subí igual.

No por llevarle la contraria, aunque también. Subí porque los caballos hablan conmigo de un modo que no hablan con él, y porque si alguien iba a leer en aquellos cinco animales la historia de quién los movía y por qué, esa era yo. Un caballo recién trasladado lleva el viaje escrito en el cuerpo. Las patas dicen por qué terreno ha venido. El estado de los cascos, cuánto lleva parado. La piel, si ha dormido a la intemperie o bajo techo. Yo sé leer todo eso. Ewan también, pero Ewan no iba a dejarme subir con él, así que sola.

El pasto estaba en silencio a esa hora, con la niebla baja pegada a la hierba. Los cinco caballos pastaban tranquilos, agrupados, y en cuanto los vi de cerca confirmé lo que Ewan había dicho: sanos, los cinco, ni rastro de la tos ni de la cojera que Robert había inventado. Me metí en el cercado y empecé mi trabajo, despacio, animal por animal. Cascos. Patas. Marcas. Uno de ellos tenía el pelo del lomo gastado de una manera que no encajaba con haber pasado dos semanas suelto en un prado. A ese lo habían tenido enganchado a algo, tirando. De un carro, quizá. Llevándolo y trayéndolo. Eso era una pista, y de las buenas.

Estaba agachada examinándole la cuartilla a ese cuando até el primer cabo de verdad. El pelo gastado del lomo no era de un arnés cualquiera. Era de un arnés de tiro ligero, de los de carruaje, no de los de carro de labor. A aquel caballo lo habían enganchado a un coche bueno, y lo habían hecho hacía poco, porque la marca aún no había empezado a sanar. Le miré los cascos. Embarrados de un barro rojizo que no era el del valle, que es oscuro y turboso. Aquel barro era de camino, de camino del sur, del que se pega en las cunetas de las rutas que bajan hacia Edimburgo.

Me quedé un momento agachada, juntando las piezas. Un caballo del clan, escondido en un pasto secreto, usado hacía días para tirar de un carruaje bueno por una ruta del sur. Solo había un carruaje bueno que hubiera entrado y salido del valle en esas fechas, negro, de ciudad, con un cochero con prisa por marcharse. El de Crane. Robert no solo guardaba los caballos. Se los prestaba al inglés, los usaban para sus idas y venidas, los trataban como suyos antes incluso de que el valle cayera. Era pequeño, pero era una prueba, una de verdad, de las que se pueden enseñar: el ganado del clan al servicio del hombre que venía a quedárselo.

Lo estaba grabando todo en la memoria cuando lo oí. Un trueno lejano, bajo, que no venía del cielo.

Cascos. Muchos. Acercándose.

Me incorporé a tiempo de ver lo que pasaba, y lo que pasaba era de lo peor que puede pasar en un cercado. Algo había espantado a los

caballos sueltos del otro extremo del pasto, una veintena de yeguas con sus potros que pacían más allá y que yo no había visto al entrar. Tal vez un zorro, tal vez un disparo lejano, nunca lo supe. El caso es que venían en estampida, en tromba, hacia el único lado abierto del cercado, que era justo donde estaba yo, con cinco caballos a mi espalda que empezaron a contagiarse del pánico y a revolverse.

No me dio tiempo a llegar a la cerca. Lo calculé en un instante, con esa frialdad que da el miedo de verdad, el que no grita: no llegaba. Veinte animales aterrados iban a pasar por encima de mí antes de que yo cubriera la mitad de la distancia.

Hice lo único que se puede hacer. No corrí, porque correr delante de una estampida es morirse cansada. Busqué con los ojos el árbol más cercano, una roca, cualquier cosa que partiera la avalancha en dos, y me lancé hacia un peñasco que asomaba a mi izquierda, rezando por llegar antes que los cascos.

No llegué. Pero no me hizo falta.

Algo me golpeó por el costado con la fuerza de un ariete, me levantó del suelo y me arrastró fuera de la línea de la estampida, contra el peñasco, justo cuando la primera yegua pasaba por donde yo había estado un parpadeo antes. Caí de espaldas contra la piedra con un peso encima, un brazo cerrado sobre mí como una barra de hierro, y la avalancha pasó de largo a un palmo de nosotros, atronando, levantando tierra, y se perdió hacia el valle tan deprisa como había venido.

Cuando el suelo dejó de temblar, abrí los ojos.

Era Ewan. Por supuesto que era Ewan. Me tenía aplastada contra la roca con todo su cuerpo, protegiéndome con la espalda del lado por el que habían pasado los caballos, y respiraba como un fuelle roto. Tenía tierra en la cara y los ojos de un hombre que acaba de ver algo que no quiere volver a ver.

Por un instante no nos movimos. Su corazón golpeaba contra mi hombro tan fuerte como el mío. Estábamos más cerca de lo que habíamos estado nunca, más cerca incluso que la tarde de la manta,

y ninguno de los dos hizo nada por separarse, porque los dos seguíamos contando si estábamos enteros.

Luego se apartó de golpe, como si la piedra quemara, y empezó.

—¿Está usted loca? —No era una pregunta. Era un grito contenido, peor que un grito suelto—. ¿Se puede saber qué demonios hace aquí arriba? Le dije anoche, le dije bien claro, que no subiera. Se lo dije a la cara.

—Y yo subí igual, ya lo ve. —Me temblaban las manos, así que las cerré—. Y he encontrado algo, así que...

—¡Me da igual lo que haya encontrado! —Ahora sí levantó la voz, de pie, sacudiéndose la tierra con rabia, sin mirarme porque no podía mirarme—. ¿Sabe lo que es una estampida? ¿Lo sabe? La he visto matar a hombres que llevaban toda la vida con caballos. Hombres, no señoritas de ciudad que se creen que entienden de animales porque les saben mirar la boca. Un palmo. Un maldito palmo más y ahora estaría yo recogéndola del suelo con una pala.

Tenía razón, y por eso no le contesté lo que tenía en la lengua. Me quedé sentada contra la piedra, dejándole gritar, porque entendí lo que pasaba aunque él no lo entendiera. Aquel hombre no estaba furioso conmigo. Estaba furioso con el miedo que acababa de pasar. Y como no sabía qué hacer con el miedo, lo convertía en lo único que sabía manejar, que era el enfado.

—Ewan.

—Ni Ewan ni nada. Recoja sus cosas. Bajamos.

—Ewan. —Me puse de pie, despacio, porque las piernas todavía no me respondían del todo—. Gracias.

Eso lo paró en seco. Se quedó a medio gesto, con la rabia colgándole de la cara sin sitio donde ir, porque la rabia necesita que el otro se defienda y yo no me estaba defendiendo. Apartó la vista. Tragó. Y cuando volvió a hablar, la voz le había bajado dos tonos, aunque seguía siendo áspera, porque ablandarse del todo no entraba en él.

—No me dé las gracias. —Recogió mi sombrero del suelo, que se me había caído en el revuelo, y lo sostuvo un momento antes de tendérmelo—. No lo he hecho por usted. Lo he hecho porque no pienso ser yo quien le escriba a su padre moribundo para decirle que su hija se ha dejado pisotear por veinte yeguas en mi pasto. Tengo bastantes muertos en la conciencia.

—Claro. Por mi padre. —Cogí el sombrero—. Lo que usted diga.

—Es lo que digo.

—Ya lo sé. —No pude evitar la media sonrisa, aunque me dolían hasta los dientes—. Y yo me lo creo enterito.

Fue al recoger las riendas cuando caí en la cuenta, y la cuenta me desarmó más que el susto.

—¿Cómo ha llegado tan rápido? —pregunté—. Yo he subido sola, antes del amanecer, sin decírselo a nadie. Y usted estaba aquí. A un palmo. ¿Cómo?

Ewan se quedó quieto, de espaldas, con las riendas en la mano. Tardó en contestar, y cuando lo hizo no se volvió.

—La vi salir del patio. Desde la ventana de las cuadras. —Apretó la mandíbula—. Pensé que iba a hacer alguna tontería. Y acerté.

—Me ha seguido.

—La he vigilado. No es lo mismo.

—Anoche me dijo que me quedara abajo y que usted ya subiría cuando hiciera falta. —Lo miré, y esta vez fui yo la que no apartó los ojos—. Y en cuanto me vio desobedecer, ensilló y vino detrás de mí. Al amanecer. Sin desayunar.

—La he seguido porque es la dueña de un contrato que necesito. Si le pasa algo, lo pierdo todo.

—Claro. El contrato. —Monté como pude, con todo el cuerpo protestando—. Tiene usted un motivo distinto para cada cosa amable que hace, ¿se ha fijado? Y ninguno es nunca el verdadero.

No me contestó. Pero le vi la nuca colorada mientras montaba, y aquello me supo a más victoria que la pista que llevaba guardada

bajo el sombrero.

Ya a caballo, antes de espolear, se volvió hacia mí una última vez. Y por un segundo, uno solo, antes de que cerrara la puerta otra vez, vi en aquellos ojos color de turbera algo que no era enfado, ni orgullo, ni desprecio. Vi a un hombre que se había llevado un susto de muerte por una mujer a la que se suponía que ya no le importaba que estuviera o no en el mundo, y que estaba descubriendo, ahí mismo, en aquel pasto, lo mal que le había salido el plan.

Duró un segundo. Luego cogió las riendas de su caballo, me dijo que montara, que no estaba dispuesto a perder toda la mañana, y bajó delante de mí sin volver a dirigirme la palabra.

Yo bajé detrás, dolorida, con el corazón desbocado por dos motivos distintos y con una pista nueva guardada bajo el sombrero. Las costillas me dolían a cada paso del caballo, y me dejé el dolor a propósito, porque era más fácil de manejar que lo otro. Pero sobre todo bajé pensando en aquel palmo. En que un hombre que dice que no le importas no madruga para vigilarte, ni cubre un pasto entero a la carrera para apartarte de la muerte por un palmo, ni se queda temblando contra una roca contando si sigues entera. Eso no lo hace el deber. Eso no lo hace un contrato. Eso lo hace otra cosa, una que él no iba a nombrar jamás, ni bajo tortura, y que yo, de momento, tampoco pensaba ponerme a nombrar, porque bastante tenía con lo que ya llevaba entre manos.

CAPÍTULO 11

EWAN

Tardé tres días en decidirme a ir a ver a Marsaili, y los tres los pasé buscándome excusas para no hacerlo. Que tenía caballos que preparar. Que era peligroso, con Robert rondando. Que ya sabíamos bastante sin necesidad de remover lo que llevaba dos años quieto. Todas eran ciertas, y ninguna era la verdadera. La verdadera era que tenía miedo de lo que pudiera encontrarme al volver a mirar a la cara a la mujer por la que me había roto.

La pista que Isobel había sacado del pasto valía oro: uno de los caballos escondidos había tirado del carruaje de Crane por la ruta del sur. Era una prueba de que Robert no solo guardaba los animales, sino que se los prestaba al inglés como quien ya se siente dueño de todo. Pero una prueba a medias no sirve. Necesitábamos saber qué más se traían entre manos, hasta dónde llegaba el trato, qué le había prometido Crane a mi primo a cambio de hundir su propia casa. Y solo había una persona que viviera bajo el mismo techo que Robert y que tal vez supiera responder a eso.

Su mujer.

No había hablado con Marsaili a solas en dos años. La veía en misa, en alguna fiesta del clan, siempre de lejos, siempre apartando los dos la mirada al mismo tiempo, como dos imanes puestos del revés. Me había acostumbrado a que doliera. El dolor viejo es casi cómodo; uno aprende a llevarlo como una cojera. Ir a verla significaba remover todo eso, y no me apetecía. Pero el clan iba por delante de mi comodidad, así que fui.

Fui un día que supe a Robert fuera, en el pueblo, vendiendo no sé qué. Marsaili vivía con él en la casa vieja del molino, a media legua del castillo. Llegué a caballo, llamé a la puerta y, cuando abrió y me vio, se puso blanca.

—Ewan.

—Necesito hablar contigo. No tardaré.

Me dejó pasar porque no supo cómo negarse. La casa estaba limpia y triste, de esas casas donde se nota que alguien las cuida sin alegría. Nos quedamos de pie, ninguno de los dos se sentó, y por un momento no supimos qué hacer con dos años de silencio metidos en una habitación pequeña.

—Estás más delgada —dije, y me arrepentí, porque no había ido a eso.

—Y tú más callado, si es que eso es posible. —Intentó sonreír y no le salió—. ¿Qué quieres, Ewan? Si Robert vuelve y te encuentra aquí...

—Robert está en el pueblo. Tengo tiempo. —Respiré—. He venido a preguntarte qué sabes de lo que se trae con el inglés. Con Crane.

Le cambió la cara. No de sorpresa. De miedo. El mismo miedo que le había visto a Isobel en la cena, el de quien oye en voz alta lo que llevaba escondido.

—No sé de qué me hablas.

—Sí lo sabes. Vives con él. Ves las cartas que entran y salen, oyes lo que habla cuando cree que nadie escucha. —Bajé la voz, porque la estaba asustando y no era eso lo que quería—. Marsaili. No vengo a hacerte daño. Vengo porque mi clan se hunde y creo que tu marido está ayudando a hundirlo. Si me equivoco, dímelo y me voy y no vuelvo a molestarte. Pero no me mientas. Ya no.

Aquel "ya no" se me escapó solo, y la golpeó más que todo lo demás. Se sentó entonces, despacio, en una silla junto a la lumbre apagada, y se tapó la cara con las manos un momento. Cuando las apartó, había tomado una decisión.

—¿Quieres saber lo que sé? —dijo—. Pues siéntate, porque es largo, y porque hay algo que debí contarte hace dos años y nunca tuve el valor.

Me senté.

—Robert recibe cartas de Crane desde antes de que tú supieras que ese hombre existía —empezó—. Las guarda en un arca, en nuestro cuarto, con llave. No soy tonta, Ewan, aunque todos en este valle me tratéis como si lo fuera. Encontré la manera de leerlas. —Tragó—. Crane le ha prometido a Robert tierras. Las mejores del valle, las del río, cuando el clan caiga y él las compre. A cambio, Robert tiene que asegurarse de que caiga. De que el contrato del ejército fracase. De que tú fracases.

Lo dijo en voz baja, más para ella que para mí.

—Lo sabía. Casi todo. Pero necesitaba oírlo.

—Pues óyelo entero. —Marsaili me miró, y en sus ojos había dos años de cosas no dichas—. Porque lo que Robert no le ha contado a Crane, ni a nadie, es que su plan empezó mucho antes. Empezó conmigo.

Me quedé quieto.

—Yo te dejé por él, Ewan. No voy a mentirte a estas alturas. —Habla deprisa ahora, como quien suelta algo que pesa—. La última semana antes de la boda me enteré de las deudas del clan. De cuánto debíais. De que podíais perderlo todo. Y Robert estaba ahí, ofreciéndome lo que tú no podías ofrecerme: dinero aparte, una vida sin sobresaltos, la seguridad que a ti te faltaba. Lo preferí. Así de simple y así de feo. No te quise lo suficiente para quedarme a tu lado a perderlo todo contigo. Elegí lo que parecía más seguro.

—Lo suponía. —No me salió más que eso, y salió frío.

—Y me equivoqué, claro. —Le temblaba la voz, aunque no supe si de pena o de rabia—. Tardé menos de un año en descubrir que el hombre por el que te cambié era mil veces peor que cualquier deuda. Que me había cortejado con un plan, no con amor. Que acercarse a mí fue solo el primer paso para quitarte a ti todo lo

demás. Yo no fui tu rival, Ewan. Fui su primera pieza. Me usó para empezar a hundirte, y yo me dejé usar por avaricia. Llevo dos años pagándolo, y a veces pienso que me lo tengo merecido.

—¿Pagándolo cómo? —pregunté, aunque temía la respuesta.

Marsaili se quedó mirando la lumbre apagada un buen rato antes de contestar.

—Robert es encantador de puertas afuera. Ya lo sabes. Todo el valle lo adora. —Se ciñó el chal, aunque no hacía frío—. De puertas adentro es otro hombre. No me pega, si es lo que piensas. Es más listo que eso. Me vigila. Cuenta el dinero que gasto, las visitas que recibo, las cartas que escribo. Sabe a qué hora salgo y a qué hora vuelvo. Lleva la cuenta de todo, igual que lleva la cuenta de lo que le debe cada persona que conoce, para cobrárselo el día que le convenga.

Apreté los puños sin darme cuenta. El hombre del que hablaba era el mismo con el que me había criado, con el que había cazado de crío, al que había defendido más de una vez de las palizas de otros chicos. Y ahora descubría que llevaba años estudiándonos a todos como Crane estudiaba las tierras, calculando el día de cobrar.

Me levanté. No sentí lo que había temido sentir al ir hacia allí. No sentí pena, ni el viejo amor removido, ni siquiera el rencor de costumbre. Sentí, sobre todo, que por fin entendía algo que llevaba dos años dándome vueltas. No la había perdido por un fallo mío. La había perdido porque ella eligió la bolsa de Robert antes que mi palabra, y eso no era una herida que yo tuviera que cargar. Era, simplemente, quién era ella. Lo que me dolía ahora no era haberla querido. Era haber tardado dos años en ver que no valía la pena el luto.

—No voy a fingir que lo siento por ti —dije—. Tomaste lo que quisiste y te salió mal. Eso no es asunto mío.

—No espero que lo sientas. —Bajó la vista—. No te he llamado para que me consueles. Sé lo que hice. Pero hay algo que tú no sabes, y es que yo a Robert he aprendido a odiarlo más de lo que tú lo

odiarás nunca. Tú perdiste un valle. Yo perdí la vida entera por fiarme de él. Y un hombre que te quita la vida a base de sonrisas merece que alguien le devuelva el golpe.

—¿Devolverle el golpe cómo?

Me miró con una frialdad que no le conocía, la de quien lleva tiempo rumiando una venganza pequeña.

—Dándote lo que necesitas para hundirlo. —Se levantó y se acercó a la lumbre apagada—. Robert guarda las cartas de Crane en un arca, en nuestro cuarto, con llave. Las he leído todas. Puedo conseguírtelas. Una a una, sin que se entere, y ponértelas en la mano. —Apretó los labios—. No lo hago por tu clan, Ewan, ni por ti. Que quede claro. Lo hago porque quiero verlo caer, y porque tú eres el único en este valle con motivos y agallas para hacerlo caer. Usémonos el uno al otro. Es lo único que nos queda a los dos.

No me hizo falta pensarlo. Me daba igual por qué lo hacía. Una prueba es una prueba aunque te la dé el peor de los rencores.

—Trato hecho —dije—. Consíguelas. ¿Cuánto necesitas?

—Unos días. —Se ciñó el chal—. Y ándate con cuidado, que no lo hago por salvarte el pellejo. Si Robert sospecha de mí, no me gritará. Hará algo peor, despacio, y nadie en este valle creerá nunca que el bueno de Robert sería capaz. Así que por tu bien y por el mío, no le des motivos.

—Cuando las tengas, no volverás a dormir bajo su techo —dije—. Te mandaré a casa de Effie o al molino, con alguien de confianza. No voy a dejarte sola con él después de esto.

Salí de la casa del molino con una prueba prometida y un enemigo más claro. No salí aliviado, ni en paz, ni reconciliado con nada. Salí con la certeza fría de que había hecho bien en odiar a Robert todos estos años, y de que la mujer con la que casi me caso era exactamente lo que su huida había demostrado que era. No hay consuelo en tener razón sobre eso. Solo hay menos dudas, que a veces es lo más parecido al descanso que le dejan a uno.

Cabalgué de vuelta despacio. El valle se extendía verde y gris bajo un cielo de nubes bajas, mi valle, el que Robert quería vender por un puñado de tierras junto al río. Pensé en él, en Crane, en las cartas que Marsaili iba a sacarme del arca. Empezábamos a tener con qué pelear. Faltaba reunir las pruebas, mantener la calma y no dar un solo paso en falso antes de la entrega.

Para eso iba a necesitar a la señorita Crieff, me gustara o no. Ella conocía a Crane, conocía los despachos, sabía leer un contrato y una mentira por igual. Era la herramienta más afilada que tenía a mano, y un hombre no desprecia una buena herramienta por el mal trago de habérsela encontrado mintiendo. La usaría para esto, como ella me usaba a mí para lo suyo, y cuando todo acabara cada uno seguiría su camino. No le debía nada más que un trato justo, y un trato justo era lo único que pensaba darle.

Espoleé al caballo. Empezaba a llover, una de esas lluvias finas que no mojan de golpe sino a traición, y quería llegar antes de que apretara.

Llegué al castillo al caer la tarde, calado. Antes de entrar pasé por las cuadras a quitarme el frío con lo único que nunca me ha fallado. El negro levantó la cabeza al oírme y, por primera vez, me dejó ponerle la mano en el cuello sin revolverse. Me quedé un rato así, con la palma en su cuello caliente, escuchando la lluvia en el tejado.

—Tú no me has fallado nunca —le dije.

El caballo resopló y volvió a su heno. No esperaba más de él, y por eso no me decepcionaba nunca. Ojalá hubiera podido decir lo mismo de las personas.

CAPÍTULO 12

ISOBEL

Volví a las cuadras un martes, y nadie me echó. Habían pasado varios días desde la noche del despacho, días de tratarnos con la cortesía tirante de dos que han firmado una tregua sin mirarse a los ojos al firmarla.

No fue una invitación. Ewan no me dijo "vuelva", que habría sido pedirle peras al olmo. Lo que hizo fue, una mañana, dejar la puerta de las cuadras abierta y un caballo a medio herrar sin nadie que le sujetara la cabeza, y mirarme de reojo cuando pasé por el patio. No hizo falta más. Entré, le sujeté la cabeza al animal mientras él trabajaba el casco, y trabajamos sin hablar media hora, como si la noche del despacho no hubiera pasado y como si la cena de Crane no hubiera pasado tampoco. Era mentira que no hubieran pasado. Pero a veces dos personas se ponen de acuerdo en mentir a la vez sobre lo mismo, y eso, sin decirlo, también es una manera de empezar de nuevo.

Teníamos un plan, y el plan nos obligaba a estar cerca. Esa era la excusa, y me agarré a ella con las dos manos.

El plan dependía de Marsaili, y fue Ewan quien me dijo quién era Marsaili, una de aquellas primeras mañanas, mientras trabajábamos un caballo. Lo soltó sin mirarme, con el tono de quien arranca una venda.

—Las cartas me las consigue Marsaili —dijo—. La mujer de Robert. Vive con él, tiene acceso al arca donde guarda lo del inglés. Por eso puede sacarlas.

—Sé quién es —dije, porque mentir entre nosotros ya no tenía sentido—. Effie me contó que iba a casarse usted con ella. Hace dos años. Que se fue y acabó con su primo.

Ewan se quedó quieto un momento. No le gustó que ya lo supiera, o no le gustó tener que hablar de ello, nunca llegué a saber cuál de las dos cosas.

—Era mi prometida —dijo al fin—. Me dejó por Robert. Y ahora me saca las cartas de su propio marido, por sus motivos, que no son nobles. La vida tiene estas vueltas. —Apretó la mandíbula—. Le cuento esto para que no se entere por terceros y piense lo que no es. Entre Marsaili y yo no queda nada más que una cuenta vieja. Ella ayuda por rencor a Robert, no por mí. Y yo acepto su ayuda porque la necesito, no por ella.

—No tiene que darme explicaciones —dije, y me salió más tieso de lo que pretendía.

—Ya sé que no tengo. —Me sostuvo la mirada un segundo de más—. Se las doy igual.

Y ahí lo dejó, y volvió al caballo, y yo me quedé con aquel "se las doy igual" dándome vueltas. Porque un hombre que no le debe explicaciones a nadie y que de pronto te las da sin que se las pidas te está diciendo, sin decirlo, que has dejado de ser cualquiera para él. No quise pensar más en ello. Pero lo pensé.

Mientras tanto, el plan seguía su curso: Marsaili iba a sacarle a Ewan las cartas de Crane una a una, sin levantar sospechas, y a nosotros nos tocaba seguir como si nada, él con sus caballos, yo con mis recados de mentira, los dos sonriéndole a Robert en las comidas como si no supiéramos lo que sabíamos. Sonreírle a Robert era lo más difícil. Tiene una de esas caras que invitan a confiar, y saber lo que había debajo y tener que devolverle la sonrisa cada noche me dejaba un sabor raro, como morder algo dulce y notar que por dentro está pasado.

—Lo hace usted bien —me dijo Ewan una tarde, sin venir a cuento.

Levanté la vista del arnés que estaba repasando. Creí que hablaba del arnés.

—¿El qué?

—Lo de Robert. Sonreírle. —Seguía con lo suyo, sin mirarme—. Yo no sé. Llevo toda la vida sin saber fingir lo que no siento. Se me ve en la cara. Usted le sonríe como si lo apreciara, y nadie diría que por dentro lo está midiendo para la horca.

No supe si era un cumplido o un reproche. Con él casi nunca se sabe.

—Es práctica —dije—. Una mujer que se dedica a los negocios aprende pronto a sonreír a hombres que la desprecian. Si esperara a que me cayeran bien para tratar con ellos, no habría cerrado un trato en mi vida.

Eso lo hizo parar. Levantó la cabeza y me miró, y por un momento pensé que iba a decir algo de los hombres que me despreciaban, porque él había sido uno y los dos lo sabíamos. No lo dijo. Pero algo le cruzó la cara, una sombra incómoda, la de quien se reconoce de pronto en una lista en la que no quería estar.

—Ya —dijo solamente, y volvió al trabajo.

Fue un momento pequeño. No me hago ilusiones con los momentos pequeños, que ya tengo una edad. Pero lo cierto es que aquel día no me soltó ni un desplante, y que cuando terminamos y recogí mis cosas para irme, me dijo "hasta mañana" en lugar de no decir nada.

Lo de fingir se nos puso a prueba aquella misma noche, en la cena. Robert estaba locuaz, como siempre que se cree el más listo de la mesa. Preguntó por los caballos, por la preparación, por los plazos. Cada pregunta sonaba inocente y ninguna lo era; las hacía para ver si Ewan se ponía nervioso, para medir cuánto sabíamos.

—Van bien —contestó Ewan, parco, untando pan.

—Me alegra oírlo. —Robert sonrió—. Porque corren rumores, ya sabes. De que algún animal no está tan listo como debería. Sería

una pena que a última hora faltaran caballos, con lo que nos jugamos.

Lo dijo mirando a su primo, pero el dardo iba a la mesa entera. Sentí el impulso de soltarle que sabíamos todo, pero me mordí la lengua. Y al morderme la lengua, sin pensarlo, busqué a Ewan con los ojos, una décima de segundo, lo justo para no estar sola en aquello.

Él ya me estaba mirando. Nos cruzamos esa mirada por encima de la fuente de cordero, la de dos que comparten un secreto delante del hombre del que es secreto, y fue tan breve que nadie la vio. Bajé la vista al plato. Pero algo había pasado, algo pequeño: por primera vez en mucho tiempo no estaba sola en una mesa. Tenía un cómplice.

—Los caballos estarán listos —dijo Ewan, cerrando el tema—. Yo respondo de ellos. Siempre lo he hecho.

Robert cambió de asunto y siguió encantando a la mesa. Pero el aire había cambiado, y los tres lo notábamos, aunque solo dos supiéramos por qué.

Los días siguientes fueron así. Trabajo y plan, plan y trabajo. Yo le contaba lo que sabía de los despachos de Edimburgo, cómo se anula un contrato, qué necesitaría un oficial del ejército para creernos a nosotros y no a Robert llegado el momento. Él me contaba de los caballos, del valle, de quién en la aldea era de fiar y quién hablaba más de la cuenta. Nos pasábamos información como quien se pasa herramientas, cada uno experto en su mitad del problema. Y poco a poco, sin acordarlo, las conversaciones empezaron a durar más de lo que el plan exigía.

Me di cuenta una tarde en que llevábamos un rato hablando y caí en que hacía un buen rato que no hablábamos de Crane, ni de Robert, ni de caballos. Hablábamos de Edimburgo. Él me preguntaba cómo era una ciudad, él, que apenas conocía las ciudades y nunca había tenido trato con una como Edimburgo, y yo se lo contaba, las calles empinadas, el humo, el ruido, la gente que pasa sin mirarte. Me escuchaba con una atención que no le había visto dedicarle a ninguna persona, solo a los caballos difíciles. Y cuando me oí a mí

misma riéndome de algo que él había dicho, una de esas cosas secas suyas que tardas un segundo en entender que eran un chiste, me callé de golpe, como quien se descubre haciendo algo que se había prohibido.

La primera carta llegó a los pocos días. Marsaili cumplió. Ewan me la trajo a las cuerdas una mañana, sin una palabra, y la leímos juntos con las cabezas casi tocándose sobre el papel, a la luz de la puerta. Era de Crane, dirigida a Robert, y no dejaba lugar a dudas: hablaba de "la cuestión del valle" como de un asunto ya cerrado entre ellos, de fechas, de cifras, de lo que cobraría Robert cuando "el impedimento" —así llamaba al contrato del ejército, y de paso a nosotros— estuviera resuelto.

—Esto es oro —dije, con el corazón acelerado, y no solo por la carta—. Esto, delante del oficial, lo entierra.

—Una carta no basta. —Ewan la dobló con cuidado—. Necesitamos más. Suficientes para que no parezca una falsificación de un primo resentido. Si enseñamos una sola, Robert dirá que la inventamos nosotros.

—Tiene razón. —Y me salió sin pensar—: Hacemos buen equipo en esto.

Se me escapó, y me arrepentí en el acto, porque "equipo" era una palabra que decía más de lo que yo quería decir. Ewan no contestó enseguida. Guardó la carta en el bolsillo interior de la chaqueta, despacio, y cuando habló no me miró.

—Sí —dijo—. Lo hacemos.

Dos palabras. Pero las dijo sin la coraza de costumbre, sin el "para esto" ni el "mientras dure" con que solía blindar todo lo que se le acercaba al sentimiento.

Y a mí, oír esas dos palabras limpias me dio más miedo que toda la conspiración de Crane junta. Porque significaban que él empezaba a bajar la guardia, y si él la bajaba, a mí se me iba a hacer imposible seguir manteniéndola alta. Y yo necesitaba mantenerla alta. Me lo había prohibido. Tenía mis razones, todas buenas, todas en pie: que

me iría en pocas semanas, que el amor, para una mujer como yo, no era una puerta a la felicidad sino una trampa con la felicidad pintada en la tapa. Me lo sabía de memoria. Me lo había repetido tantas veces que debería haberme inmunizado.

No me había inmunizado. Eso lo entendí aquella tarde, en las cuadras, al oírme reír. Pero entenderlo no es lo mismo que dejar que crezca, y yo todavía estaba a tiempo de no dejarlo crecer. Eso me dije. Me lo dije con firmeza, recogiendo mis cosas, y me lo seguí diciendo de camino a mi cuarto, y casi me lo creí.

Lo que pasó fue una tontería, y por eso me asustó tanto.

Al salir de las cuadras esa tarde, tropecé con un cubo en la penumbra y se me torció el tobillo. No fue nada, un mal paso, de esos que duelen un segundo y se olvidan. Pero solté un quejido, y antes de que me diera tiempo a recuperar el equilibrio, Ewan ya estaba ahí, con la mano en mi codo, sujetándome.

No fue un gesto romántico. Fue un reflejo, el mismo con que habría sujetado a cualquiera que tropezara delante de él. Pero se quedó un instante de más con la mano en mi codo, demasiado cerca otra vez, y esta vez sin caballo de por medio ni estampida que lo justificara. Solo un cubo tonto y una penumbra y dos personas que llevaban semanas fingiendo que no se daban cuenta de nada.

—¿Está bien? —preguntó. La voz le salió distinta. Más baja, sin la aspereza con que me hablaba siempre.

—Sí. Ha sido el cubo. —Me ardía la cara, y no por la caída.

—Hay que recoger esto. Cualquier día se mata alguien.

Pero no soltó el codo. Y yo no lo aparté. Y durante un segundo, dos, tres, nos quedamos así, en una conversación que no tenía palabras y que los dos entendíamos perfectamente, hasta que él se dio cuenta de que seguía sujetándome y me soltó, no de golpe como otras veces, sino despacio, como quien deja algo con cuidado para no romperlo.

—Tenga más cuidado al salir —dijo, y se metió otra vez en las cuadras sin mirar atrás, como si necesitara poner una pared entre

los dos.

Subí a mi cuarto con el tobillo bien y el resto de mí no tanto. Me senté en la cama y solo me permití un pensamiento, uno, antes de apagar la vela: que su mano se había quedado en mi codo más de lo imprescindible, y que el calor de sus dedos seguía allí, metido bajo mi piel.

CAPÍTULO 13

ISOBEL

La segunda carta no la trajo Marsaili. La trajo el miedo.

Una mañana, Ewan no apareció por las cuadras a la hora de siempre. No le di importancia al principio; un domador tiene mil cosas que atender. Pero pasó la mañana entera y no vino, y al mediodía me lo crucé en el patio con una cara diferente a todas las que le había visto, tensa de un modo distinto al de su mal genio habitual.

—Robert ha cambiado la cerradura del arca —me dijo en voz baja, sin detenerse, como quien comenta el tiempo por si alguien mira—. Marsaili me ha hecho llegar recado esta mañana. Sospecha de algo. No sabe de qué, pero sospecha. Ha empezado a contar las cartas. Se me cerró el estómago.

—¿Está en peligro?

—No lo sé. —Apretó la mandíbula—. Y eso es lo que no me gusta. Que no lo sé.

Aquella tarde no trabajamos los caballos. Nos encerramos en el despacho de Hamish, los tres, a decidir qué hacer, y por primera vez vi a Ewan dudar de verdad. No de la cabeza, que la tenía clara. Del estómago. Porque una cosa es jugar a destapar a tu primo y otra muy distinta es saber que, si la jugada sale mal, quien lo paga no eres tú, sino una mujer atrapada en la casa de ese primo.

—La sacamos de ahí —dijo Ewan—. Antes de que él haga nada. La traemos al castillo, con cualquier excusa, y no vuelve.

—No puede ser —dije, y me dolió decirlo, porque era cruel y era verdad—. Si Marsaili desaparece de pronto de casa de Robert, él sabrá que algo pasa. Lo sabrá en una hora. Y entonces no solo la perdemos a ella como fuente, sino que le avisamos de que vamos tras él. Tirará los caballos al monte, quemará las cartas, y nos quedamos sin nada y con él sobre aviso.

Hamish asintió despacio, a su pesar.

—Tiene razón.

—Ya sé que tiene razón. —Ewan se pasó la mano por la cara—. Eso no quiere decir que me guste.

—Hay otra forma —dije—. No la sacamos a ella. Sacamos las cartas. Una última vez, las que pueda, y después se acabó, no le pedimos más. La protegemos dejándola en paz, no llevándonosla.

—Es arriesgado para ella.

—Todo es arriesgado para ella, desde que se casó con ese hombre.

—Bajé la voz—. Pero esto, al menos, lo elige. Démosle esa dignidad. No decidamos por ella como si fuera una niña.

Ewan me miró un momento largo. No sé qué vio. Pero asintió, y mandó recado a Marsaili por el mismo camino discreto por el que ella se lo había mandado a él, y nos quedamos a esperar.

Esperar nos juntó más que trabajar.

Pero antes de juntarnos, Robert se encargó de recordarme lo que nos jugábamos.

Fue al segundo día de espera. Me lo encontré en la biblioteca, donde yo había ido a buscar algo que leer para matar las horas. No fue casualidad; Robert no hace nada por casualidad. Estaba esperándome, de pie junto a la ventana, con un libro en la mano que no leía.

—Señorita Crieff. Qué oportuna. —Sonrió—. Justo pensaba en usted.

—Espero que para bien.

—Siempre para bien. —Dejó el libro—. Aunque me preocupa, se lo confieso. La veo muy unida últimamente a mi primo. Mucho tiempo en las cuadras. Mucha charla. Y Ewan no es hombre de charlas, ya lo habrá notado. Me pregunto qué tendrán ustedes dos que contarse tantas horas.

—Caballos —dije—. Es lo que he venido a supervisar. Es de lo que hablamos.

—Caballos. —Repitió la palabra como quien la sopesa en una balanza—. Claro. Cuánto da de sí un caballo. —Se acercó un paso, sin perder la sonrisa, y bajó la voz a un tono que era casi cariñoso—. Le voy a dar un consejo, señorita, de los que se dan gratis. Tenga cuidado con dónde mete las narices en esta casa. Es un sitio viejo, lleno de corrientes de aire, y una mujer lista, sola, lejos de los suyos, podría coger frío en el sitio menos pensado. Sería una pena. Con lo lejos que está su padre para venir a cuidarla.

La amenaza estaba envuelta en tanta seda que un testigo no habría sabido decir que lo era. Pero yo la oí entera. Me había nombrado a mi padre. Me había dicho, sin decirlo, que sabía que estaba sola y que la soledad era un sitio peligroso para estar.

No le di el gusto de verme tragar saliva.

—Le agradezco el consejo —dije, con mi mejor sonrisa de subasta—. Yo le doy otro a cambio, también gratis: las corrientes de aire son traicioneras, sí, pero casi siempre vienen de alguien que ha dejado una puerta abierta a su espalda. Conviene mirar de vez en cuando quién la abrió.

Le cambió la cara medio segundo. Solo medio. Luego se rió, una risa cordial, y dijo que tenía toda la razón, que en aquella casa había demasiadas puertas, y se marchó silbando como si hubiéramos hablado del tiempo.

Me quedé sola en la biblioteca con el corazón a galope. No por miedo, o no solo. Por rabia. Aquel hombre acababa de amenazarme con la misma boca con que sonríe a las visitas, y lo había hecho tan bien que, si yo lo contaba, parecería una histérica inventándose

cosas. Así trabajaba Robert. Por eso era tan peligroso. Y por eso teníamos que ir con un cuidado infinito.

Los días de espera no tienen caballos que herrar ni planes que trazar. Solo tienen horas. Y las horas, cuando dos personas las pasan cerca sin nada urgente que hacer, son peligrosas, porque es entonces cuando se habla de lo que no se hablaría nunca con las manos ocupadas.

Le conté lo de la biblioteca esa misma tarde, en el poyo. No por asustarlo; por jugar limpio, porque habíamos quedado en no escondernos nada. Ewan escuchó sin interrumpir, y cuando terminé tenía los nudillos blancos de apretar el borde de la piedra.

—Voy a hablar con él —dijo, levantándose.

—No. —Le puse la mano en el brazo sin pensar, y la quité enseguida—. Si lo encara, sabrá que su amenaza ha funcionado, y sabrá que usted me defiende, y atará cabos. Quiere provocarle a usted para que cometa un error. No se lo dé.

Se quedó de pie, respirando fuerte, peleándose con su propio genio, que llevaba toda la vida ganándole esas peleas.

—No me gusta que la amenace —dijo, mirando al frente, hosco—. No me gusta nada.

—Ya lo veo.

—No es por usted. —Lo dijo deprisa, como quien se agarra a una tabla—. Es por el plan. Si le pasa algo, se complica todo.

—Claro. El plan. —No pude evitar media sonrisa cansada—. Siempre el plan.

No me contestó. Pero no se volvió a levantar, y se quedó allí, a mi lado, montando guardia sin decir que montaba guardia, hasta que se hizo de noche. Y aquello, sin una sola palabra de más, me dijo todo lo que él no pensaba decirme nunca.

Fue otra de esas tardes, sentados en el poyo de piedra junto a las cuadras, viendo cómo el negro daba vueltas por el corral él solo, cuando le pregunté lo que llevaba semanas sin atreverme a preguntar.

—¿Por qué este caballo? De verdad. La primera vez me dijo que porque si lo recuperaba, ninguno estaba perdido. Pero hay algo más. Lo veo cuando lo mira.

Ewan tardó en contestar. Tenía los codos en las rodillas y la vista en el animal.

—Me encerré en las cuadras la semana en que Marsaili se casó con Robert —dijo al fin—. En una feria, para no estar en la boda. Necesitaba algo en lo que volcarme que no fuera el ruido de mi propia cabeza. Y cuando encontré al negro, en una feria del sur, supe que era lo mismo: algo roto que nadie quería. Supongo que pensé que, si conseguía arreglar algo tan roto como yo me sentía entonces, a lo mejor yo también tenía arreglo.

Lo dijo sin dramatismo, casi con fastidio de haberlo dicho. Pero me lo había dicho. A mí. Algo que no le había contado a nadie, lo supe por cómo le costó.

No le contesté con consuelo, porque a un hombre así el consuelo lo espanta. Le contesté con la verdad.

—Pues lo va a arreglar —dije—. Al caballo. Lo veo. Le falta poco.

—¿Y a mí?

Se le escapó. Lo supe porque cerró la boca de golpe, como si quisiera tragarse la pregunta. Era la cosa más parecida a abrirse que le había oído, y los dos nos quedamos quietos, sorprendidos de que la hubiera dicho en voz alta.

No le respondí enseguida. Podría haberlo convertido en broma. Podría haberme levantado y haber dicho que se hacía tarde. Era lo que dictaban todas mis listas. En lugar de eso, me oí decir, en voz baja:

—A usted no le hace falta que lo arregle nadie, Ewan. Solo que dejen de romperlo.

Se quedó callado un momento. Luego, sin que yo se lo pidiera, empezó a hablar, despacio, mirando al negro y no a mí, que era su manera de decir las cosas difíciles.

—¿Quiere saber quién me rompió? —dijo—. Se lo voy a contar, porque está usted metida hasta el cuello en esto y tiene derecho a saber con qué clase de gente se juega el pellejo. Marsaili era mi prometida. Eso ya lo sabe. Lo que no sabe es cómo fue. —Tomó aire—. Marsaili me dejó por interés. No voy a adornarlo. Se enteró de las deudas del clan, vio que conmigo lo podía perder todo, y eligió a quien parecía más seguro. No me quiso lo suficiente para quedarse. Eso fue cosa suya, y se lo tengo en cuenta, no le voy a mentir.

—Pero —dije, porque noté que faltaba la otra mitad.

—Pero no fue solo ella. —Apretó la mandíbula—. Robert lo planeó. Se acercó a Marsaili a propósito, la cortejó sabiendo lo que hacía, porque quitarme a la mujer con la que iba a casarme era el primer paso de algo más grande. Lo entendí hace poco, cuando empezó todo esto del inglés. Marsaili no fue mi rival. Fue la primera pieza que movió Robert para hundirme. Primero la prometida. Después el contrato. Después el valle. Lleva años jugando esta partida, y yo, como un imbécil, tardé dos en ver el tablero.

Me quedé sin palabras. No por la historia en sí, sino por cómo la contaba: sin pena, sin la voz rota de quien todavía sangra por una mujer. Con rabia fría, sí, pero toda dirigida a un sitio, y ese sitio no era Marsaili.

—¿Y ella? —pregunté, con cuidado—. ¿Qué siente hoy por ella?

—Nada. —Lo dijo sin pensarlo, y supe que era verdad porque no se molestó en adornarlo—. Hace tiempo que nada. Tardé en llegar ahí, pero llegué. Lo que siento es por Robert, y no es nada que se pueda decir en voz alta delante de una dama. A Marsaili la uso ahora como ella me usó a mí entonces, y los dos lo sabemos, y a ninguno nos quita el sueño. No queda amor ahí, señorita Crieff. Queda una

cuenta vieja entre tres personas, y dos de ellas saldándola contra la tercera. Nada más.

Y no sé por qué, oír aquello —que no quedaba nada, que el luto estaba enterrado, que solo quedaba rencor bien colocado— me soltó por dentro un nudo que ni siquiera sabía que tenía apretado. No me paré a preguntarme por qué me alegraba tanto. No me convenía la respuesta.

Se volvió a mirarme. Estábamos en el poyo de piedra, no demasiado cerca, a un palmo prudente, y sin embargo aquel palmo se llenó de algo que no había manera de seguir llamando trabajo, ni plan, ni cortesía. Nos miramos más de lo que dos personas se miran cuando no pasa nada. El negro relinchó a lo lejos. No nos movimos.

Y entonces, igual que la otra vez, fue él quien rompió el momento, pero distinto. No con un desplante. No metiéndose en las cuadras. Apartó la vista despacio, miró sus manos, y dijo una sola cosa, tan baja que casi no la oí:

—Así no. —Tragó—. No me mire así, señorita Crieff. No me ayuda.

—¿Que no lo mire cómo?

—Como si yo también tuviera arreglo. —Se levantó—. Porque me lo creo cuando me mira así, y no me conviene creérmelo. Ni a usted mostrármelo. Usted se va en unas semanas. Yo me quedo. Las cosas que se dicen, o se miran, y luego se van, duelen más que las que no se dicen nunca.

Tenía razón. Otra vez. Y por una vez fui yo la que no supo qué contestar, porque acababa de poner en palabras, sin saberlo, la misma muralla que yo llevaba semanas levantando por mi cuenta. Me iría. Él se quedaría. Y cualquier cosa que naciera entre nosotros nacía ya con fecha de muerte escrita.

—Tiene razón —dije, y me dolió en la boca.

—Lo sé. —Una pausa—. No me da ningún gusto tenerla esta vez.

Recogió una cuerda que no había que recoger, por hacer algo con las manos, y se fue hacia el corral del negro. Yo me quedé en el

poyo, mirándole la espalda, esa espalda ancha y terca que había aprendido a reconocer de lejos, y pensé que era la primera vez en mi vida que un hombre me apartaba no por no quererme, sino justo por lo contrario. Y que dolía más así. Mucho más.

Esa noche llegó recado de Marsaili. Conseguiría dos cartas más en tres días, en cuanto Robert volviera a salir. Después, decía, no le pidiéramos nada más, porque no respondía de su pellejo si seguía hurgando en el arca.

Tres días. Tres días de espera otra vez. Tres días de horas peligrosas junto a un hombre que acababa de decirme, a su manera, que me apartaba porque le importaba demasiado dejarme entrar.

Apagué la vela pensando que ojalá fuera verdad eso de que el tiempo lo cura todo. Porque a aquel paso, tres días me parecían a la vez una eternidad y nada en absoluto.

CAPÍTULO 14

ISOBEL

Las dos cartas llegaron al cuarto día, no al tercero, y ese día de más nos costó un año de vida a cada uno.

Marsaili las hizo llegar por el camino de siempre: un crío de la aldea que traía huevos al castillo y que, entre los huevos, traía un paquete envuelto en tela encerada sin saber lo que llevaba. Ewan lo recogió en el patio como quien recoge un pedido cualquiera, y nos encerramos en el despacho con Hamish a leerlas.

Marsaili salió aquella misma tarde hacia el molino, acompañada por dos hombres de Hamish. Robert no lo supo hasta que ya era tarde.

Eran mejores de lo que esperábamos. Peores para Robert, quiero decir. En la primera, Crane le daba instrucciones concretas: qué caballos apartar, cuándo, cómo justificar los retrasos ante el oficial del ejército sin levantar sospechas. La leí dos veces, y a la segunda se me erizó la piel, porque reconocí en aquellas líneas la voz de un hombre que da órdenes a un subordinado, no la de un socio. Crane no trataba a Robert como a un igual. Lo trataba como a un peón útil, y Robert, el encantador, el que sonreía a todo el valle, obedecía por escrito como un criado.

En la segunda, y esta me hizo soltar el aire que no sabía que estaba conteniendo, Crane ponía por escrito el precio. Lo que cobraría Robert cuando el valle cayera: las tierras del río, libres de renta, y una suma en libras que daba vértigo. Estaba todo. Fechas, cantidades, el plan entero firmado de puño y letra por el inglés. Hasta había una línea, casi al final, que me dejó fría: Crane le recomendaba a Robert "paciencia con la complicación de las

Lowlands", y añadía que, llegado el caso, "una mujer sola y lejos de los suyos es un problema que se resuelve solo". Esa complicación de las Lowlands era yo. Y aquel "se resuelve solo" no me gustó nada.

No la leí en voz alta entera. Esa línea me la guardé. No por miedo. Porque sabía lo que Ewan haría si la leía, y necesitábamos que Ewan mantuviera la cabeza fría, no que saliera a buscar a Crane con una horca.

—Con esto basta —dijo Hamish, con una voz rara, de hombre que ve por fin la salida de un túnel largo—. Con esto, ningún oficial del ejército firma con Robert ni aunque se lo pida de rodillas.

—Con esto basta para el contrato —dije yo, porque alguien tenía que ser el aguafiestas—. Pero no para Robert. Una carta prueba lo que Crane quiere hacer. No prueba que Robert haya movido un solo caballo. Él dirá que el inglés le escribía cartas que él no contestaba, que no tiene nada que ver. Necesitamos atarlo a él, no solo a Crane.

Ewan, que había estado callado leyendo y releendo, levantó la vista.

—Los caballos —dijo—. El del carruaje. El que usted vio en el pasto con la marca del arnés de tiro. Ese caballo prueba que Robert le prestó animales del clan a Crane. Es la mano de Robert dentro del trato. Si juntamos las cartas con el caballo, lo tenemos a él, no solo al inglés.

Lo miré. Era exactamente lo que yo iba a decir, y lo había dicho él primero, encajando mi pista del primer día con las cartas de ahora como quien cierra una hebilla.

—Eso es —dije—. Hacemos...

Me callé antes de decir "buen equipo" otra vez. Pero él lo oyó igual, el final que no dije, y algo le tembló en la comisura, no una sonrisa, lo de siempre, lo contrario de una sonrisa que en él valía por una.

—Lo hacemos —dijo, y volvió a las cartas.

Hamish nos miraba a uno y a otro con una expresión que no le había visto. La de un hermano mayor que empieza a entender algo que los

dos protagonistas todavía se niegan a entender. No dijo nada. Pero guardó las cartas bajo llave, en su propia arca, y al hacerlo soltó, como sin darle importancia:

—Menos mal que vino usted, señorita Crieff. No quiero pensar dónde estaríamos sin sus ojos.

Y Ewan no lo contradijo. Que Ewan no contradijera un elogio sobre mí era, a esas alturas, casi una declaración pública.

El problema llegó esa noche, y llegó con la cara de Robert.

Bajé a cenar tarde, después de los demás, porque me había entretenido escribiendo a mi padre una de esas cartas mías llenas de mentiras tranquilizadoras. Cuando entré en el comedor, Robert ya estaba sentado, y en cuanto me vio supe que algo iba mal, porque su sonrisa de siempre tenía un filo nuevo.

—Señorita Crieff. La esperábamos. —Apartó él mismo mi silla, todo cortesía—. ¿Sabe? He recibido hoy noticias curiosas de Edimburgo. De un conocido mío en los círculos del comercio. Le hablé de usted, de la hija de John Crieff que nos honra con su visita, y me contó cosas muy interesantes.

Se me heló la sangre, pero mantuve la cara. Llevaba semanas practicando.

—No sabía que despertara tanto interés en Edimburgo.

—Oh, ya lo creo que sí. —Se sentó, desplegó la servilleta—. Resulta que, según mi conocido, la firma de su padre ha aparecido en documentos recientes con un pulso sorprendentemente firme para un hombre que, dicen, no puede ni sostener una cuchara. Curioso, ¿verdad? Un moribundo que firma como un escribano joven.

El comedor se quedó en silencio. Hamish dejó el tenedor. Ewan no se movió, pero noté cómo todo él se ponía en guardia.

Era la jugada. La que yo había anticipado semanas atrás. Robert empezaba a airear en voz alta lo que yo era, lo que hacía, la grieta por la que pensaba hundir el contrato y hundirme a mí con él. Y lo hacía en la mesa, delante de todos, midiendo nuestras caras.

—Los moribundos a veces tienen días buenos —dije, con una calma que no sentía—. Mi padre firma cuando puede. Cuando no puede, espera. El comercio no entiende de prisas, señor Dunmore, lo sabe usted bien.

—Seguro que sí. —Robert sonrió, saboreándolo—. Aunque también me dijo mi conocido otra cosa más rara todavía. Que en ciertos despachos se comenta que quizá no sea el padre quien lleva el negocio. Que quizá sea otra persona. Alguien a quien, por... delicadeza, llamaremos su representante. Sería un escándalo, ¿no le parece? Si se supiera. Un contrato del ejército en manos que no deberían tocarlo. Se anularía en una tarde.

Ahí estaba, sobre la mesa, casi entero. No había dicho "una mujer". No le hacía falta. Me estaba enseñando el cuchillo de nuevo, despacio, para que yo supiera que lo tenía y que sabía dónde clavarlo.

Y entonces pasó algo que no estaba en ninguno de mis cálculos.

—Ya basta, Robert.

Fue Ewan. No levantó la voz. La bajó, que en él era mucho peor. Dejó los cubiertos, despacio, y miró a su primo con una calma de hielo que hizo que hasta Hamish se irguiera en la silla.

—La señorita Crieff ha venido a hacer un trabajo y lo está haciendo mejor que nadie en este valle —dijo—. De dónde venga el negocio de su padre no es asunto tuyo, ni mío, ni de tus conocidos de Edimburgo. Y si vuelvo a oírte insinuar lo contrario en esta mesa, vas a tener que explicarme a mí, no a ella, qué clase de interés tienes tú en hundir un contrato del que depende el techo de toda la gente de este valle.

El silencio que siguió se podía cortar. Robert lo encajó sin perder la sonrisa, pero le costó, lo vi. No esperaba que Ewan saliera en mi defensa. Yo tampoco. Porque no había sido una defensa prudente, de las que convienen al plan. Había sido un error táctico, justo de los que yo le había pedido que no cometiera, justo el que Robert llevaba semanas intentando provocarle.

Y lo había cometido por mí.

—Vaya —dijo Robert al fin, recuperándose—. No sabía que defendieras con tanto ardor los contratos del clan, primo. Es admirable. —Su mirada fue de Ewan a mí y de mí a Ewan, sumando—. Muy admirable.

Cambió de tema. La cena siguió, tirante como una cuerda a punto de romperse. Pero el daño estaba hecho, y no el que Robert buscaba. Otro peor. Acababa de ver, con esos ojos suyos que todo lo cuentan, que Ewan Dunmore perdía la cabeza por defenderme. Y un hombre como Robert no necesita más que eso. No necesita pruebas de un sentimiento. Le basta con olerlo, porque sabe que lo que un hombre quiere proteger es exactamente lo que más le duele perder. Le acabábamos de dar, sin querer, la mejor arma de todas.

Lo encontré después en las cuadras, porque no podía subir a dormir con aquello sin decírselo. Estaba con el negro, dándole de comer en la penumbra, y supe que me esperaba porque no se sorprendió al oírme.

—No debió hacerlo —dije, sin preámbulos—. Lo de la cena. Defenderme así, delante de él. Le pedí que no le diera a Robert lo que buscaba, y se lo ha dado en bandeja. Ahora sabe que...

Me callé. No supe cómo terminar la frase sin decir demasiado.

—¿Que qué? —Ewan se volvió. En la penumbra no le veía bien la cara, solo la forma, ancha y quieta.

—Que le importo —dije, porque a esas alturas mentir entre nosotros era ridículo—. Más de lo que conviene al plan. Y eso, en sus manos, es peligroso. Para los dos.

Ewan dejó el cubo del pienso. Tardó en hablar, y cuando habló no se defendió, que era lo que yo esperaba.

—Lo supe en cuanto lo dije. Vi su cara. Le he dado la razón en todo lo que llevo semanas negándome a mí mismo. —Se pasó la mano por la nuca—. No me salió pensarlo. Le oí hablarle así, con ese veneno suyo, nombrándole a su padre, y dejé de calcular. Es lo que

pasa cuando algo te importa de verdad. Que dejas de calcular justo cuando más falta hace.

Era lo más cerca que había estado de decirlo. No lo dijo, ni yo se lo pedí. Nos quedamos los dos en la penumbra, con el caballo masticando entre nosotros, y por un momento el aire se puso espeso de todo lo que no nos decíamos.

—No puede volver a pasar —dije, en voz baja—. Lo de hoy. Hasta que esto acabe, tenemos que ser... los de antes. Ásperos. Distantes. Que Robert piense que se equivocó. Es la única forma de protegernos. De proteger el plan.

—Ya. —Una pausa larga—. Volver a ser ásperos.

—Sí.

—¿Y sabe usted cómo se hace eso? —Había algo casi amargo en su voz—. ¿Cómo se desanda lo andado? Porque yo llevo dos años siendo áspero sin esfuerzo, y ahora, de pronto, me cuesta. Me cuesta hasta con usted, que es la persona que más motivos me ha dado para serlo.

No supe qué contestar. Era lo más parecido a una confesión que iba a sacarle, y me la había dado en una cuadra a oscuras, hablando de caballos y de asperezas para no tener que hablar de lo otro.

—Lo intentaremos —dije—. Los dos. Mañana volvemos a discutir por todo, como el primer día.

—Como el primer día. —Casi se rió, y no era risa—. Bien.

Pero ninguno se movió para irse.

Fui yo quien tomó las riendas esta vez. Le di las buenas noches, salí de las cuadras y subí a mi cuarto sin volver la vista, porque sabía que si la volvía estaría perdida.

Subí a mi cuarto esa noche con las dos cartas a buen recaudo, el plan más cerca que nunca de funcionar y un peso nuevo en el pecho. Habíamos ganado la partida de las pruebas. Pero en la mesa, sin querer, habíamos perdido otra cosa. Habíamos dejado que Robert

viera lo que ni Ewan ni yo nos habíamos atrevido todavía a decirnos en voz alta.

Y lo que Robert ve, Robert lo usa.

CAPÍTULO 15

ISOBEL

Llevábamos tres días siendo ásperos, y se nos daba fatal.

Habíamos acordado fingir distancia, volver a tratarnos como el primer día, para que Robert pensara que se había equivocado en lo que vio en la cena. En teoría era sencillo. En la práctica, dos personas que se han pasado semanas hablando de madrugada no saben volver a fingir que se caen mal, igual que un caballo manso no sabe volver a ser bravo aunque se lo pidas con todas las ganas. Nos salía forzado. Ewan me soltaba un desplante delante de los mozos y, al darse la vuelta, me buscaba con los ojos para comprobar si lo había entendido como teatro. Yo le contestaba con una sequedad de las de antes y luego tenía que morderme por dentro para no sonreír. Éramos dos malos actores en una obra con un solo espectador, pero ese espectador era Robert, y a Robert no se le engaña con malas actuaciones.

—Esto no funciona —me dijo Ewan en voz baja una tarde, mientras simulábamos discutir por un bocado—. Nos conoce. Sabe leer a la gente casi tan bien como usted.

—Ya lo sé. Pero es lo único que tenemos. Aguante.

—Aguanto. —Una pausa—. Lo que no sé es cuánto.

No le pregunté qué quería decir. Lo sabía. Y saberlo no ayudaba a aguantar nada. Porque lo cierto es que aquellos tres días de aspereza fingida, lejos de enfriar nada, lo habían puesto todo peor. Una cosa es no acercarse a una hoguera. Otra muy distinta es sentarse al lado y prohibirse mirarla. Cada desplante que nos cruzábamos delante de la gente era, en privado, un chiste

compartido; cada sequedad, un guiño. Fingir que nos llevábamos mal nos había vuelto, en secreto, cómplices de algo, y la complicidad, ya lo iba aprendiendo, es la antesala más peligrosa que existe. Más que cualquier mirada. Más que cualquier roce.

Robert nos observaba en las comidas con esa atención suya de tendero que cuenta el cambio. No se fiaba. Lo veía en cómo entornaba los ojos cuando Ewan me hablaba mal, como quien sospecha que le están dando una moneda falsa. Sabía que algo no cuadraba. Solo le faltaba averiguar el qué, y a un hombre así no se le tiene mucho tiempo a oscuras.

Entonces, el jueves, dejamos de tener tiempo para fingir, porque Crane volvió, y esta vez no vino solo a tasar tierras.

Su carruaje negro entró en el patio a media mañana, y detrás venía otro, más sobrio, del que bajó un hombre que no necesité que me presentaran para saber quién era. Uniforme. Botas lustradas. La espalda recta de quien manda y está acostumbrado a que le obedezcan. El oficial del ejército. El que tenía que venir a inspeccionar los caballos antes de firmar el pago. El que no esperábamos hasta dentro de dos semanas.

Lo habían adelantado. Y solo había una persona en aquel valle con motivos e influencias para mover a un comandante del ejército dos semanas antes de tiempo.

—Robert —dije, en voz baja, a Ewan, que había salido al patio a mi lado.

—Robert —confirmó él, con la mandíbula tensa.

La jugada era buena, tan buena que casi la admiré. Crane y Robert habían traído al oficial dos semanas antes de tiempo, cuando aún faltaban caballos por preparar, cuando los cinco animales seguían escondidos en el pasto, cuando la entrega no podía estar lista. Si el oficial inspeccionaba ese día, encontraría el contrato incompleto. Y un contrato incompleto en la fecha de revisión es un contrato roto. No les hacía falta ni airear lo de mi firma. Les bastaba con el calendario.

El oficial se presentó como el comandante Sinclair. Hablaba poco y miraba mucho, y tenía esa cortesía seca de los militares que han visto demasiado para perder el tiempo en cumplidos. Robert lo recibió como recibe a todo el mundo, con vino y sonrisas, y Crane se mantuvo en segundo plano, observando, dejando que el primo hiciera el trabajo sucio. Era la primera vez que veía a Crane ceder el centro a otro, y entendí por qué: cuanto menos figurara él, más limpio quedaría cuando el clan cayera. Robert daba la cara. Crane contaba el dinero. Cada uno en su sitio.

Mientras Robert llevaba al comandante de un lado a otro presumiendo de bodega, tuve un instante junto a Ewan, y los dos dimos un paso atrás, fingiendo mirar a los caballos del patio.

—Han adelantado la inspección —murmuré, sin mover los labios más de lo justo—. Quieren pillarnos sin los cinco. Si no hacemos algo, el contrato se cae hoy.

—Las cartas las tiene Hamish bajo llave —murmuró él—. Puedo ir a por ellas sin que se note.

—No. Si sale corriendo a por papeles, Crane lo huele. —Pensé deprisa, que es lo único que sé hacer cuando todo se tuerce—. Déjeme a mí. Yo llevo las cartas encima desde anoche, por si acaso. Usted respáldeme y no me contradiga, pase lo que pase. ¿Confía en mí?

Ewan me miró. Fue medio segundo, pero en ese medio segundo cupo todo lo que llevábamos tres días fingiendo no sentir.

—Sí —dijo. Sin "para esto". Sin "mientras dure". Solo sí.

Y con ese sí en el cuerpo me sentí capaz de plantarle cara al ejército entero. No por valiente. Por acompañada, que es distinto y dura más.

El comandante quiso ver los animales sin más demora. Y allá fuimos todos, en comitiva, hacia las cuadras. Yo caminaba detrás, con el corazón en la garganta, haciendo cuentas a toda velocidad. Once caballos buenos en las cuadras. Cuatro en lo de Fearghas. Cinco escondidos en el pasto de arriba, sanos pero sin terminar de

preparar. Quince más cinco, veinte. Estaban todos. El problema no era que faltaran. El problema era que cinco no estaban allí, y que de esos cinco no podíamos explicar dónde estaban sin contar toda la historia, y que la historia, contada a medias y sin las cartas en la mano en el momento justo, sonaría a excusa barata de quien no tiene los animales.

Sinclair recorrió las cuadras despacio. Era bueno. Se le notaba que sabía de caballos, que no se le podía dar gato por liebre. Examinó los once, uno por uno, les miró la boca, las patas, el aplomo, les hizo dar unos pasos para verlos moverse, y a cada uno asentía con una aprobación contenida.

—Buen trabajo —dijo al final—. De los mejores que he visto. Su reputación es merecida, señor Dunmore.

—Gracias. —Ewan no era hombre de aceptar elogios, pero aquel lo aceptó, porque venía con el peso del valle detrás.

—Son once. —Sinclair sacó un papel, lo consultó—. El contrato son veinte. ¿Dónde están los otros nueve?

Y ahí estaba. El momento. Sentí a Robert, a mi espalda, conteniendo la sonrisa.

—Cuatro están en una finca a una hora de aquí, terminando de engordar antes de la entrega —dijo Ewan, tranquilo—. Buenos animales, sanos. Cualquiera puede acompañarle a verlos cuando guste, hoy mismo si quiere. No tengo nada que esconder en esa finca.

—¿Y los cinco restantes?

Una pausa. Una pausa de medio segundo que a mí se me hizo un siglo. Vi a Ewan tomar aire para contestar, y supe lo que le pasaba por la cabeza: o mentía, y un domador de su nombre no miente bien porque no ha tenido que aprender, o decía la verdad a medias y quedaba como quien ha dejado escapar cinco caballos del contrato. Cualquiera de las dos lo hundía. Robert lo sabía. Por eso había traído al comandante justo ese día. Había montado la trampa para que

cayera Ewan, el domador famoso, delante del ejército, y para que cayera por su propia boca.

No iba a dejar que cayera.

—Los cinco restantes —dije yo, dando un paso adelante antes de que Ewan tuviera que elegir entre dos formas de perder—, están apartados en un pasto alto, comandante, por orden de quien no debía darla. Y si me concede diez minutos en privado, a usted y al señor Dunmore, le explicaré exactamente por qué, con pruebas. Pruebas que prefiero no airear delante de según quién.

Lo dije mirando al frente, sin señalar a nadie. Pero Robert dejó de sonreír, y Crane, por primera vez, me miró con algo que no era desdén. Me miró con cálculo. Como se mira a un rival que acaba de mover una pieza que no estaba en el tablero.

Sinclair me observó un momento largo. Un militar no está acostumbrado a que una mujer dé un paso al frente y le hable así. Vi la sorpresa, la evaluación, la decisión, todo pasarle por la cara en dos segundos.

—¿Y usted es...?

—Represento los intereses del proveedor —dije, escogiendo las palabras como quien escoge dónde pisa para cruzar un río crecido—. Conozco el contrato mejor que nadie en este patio. Por eso le pido esos diez minutos. Lo que tengo que enseñarle le interesa, comandante. Mucho más de lo que le interesa la copa de vino que le ha ofrecido el señor que adelantó su visita sin que usted, imagino, supiera muy bien por qué.

Eso último fue un dardo lanzado al azar, pero dio en el blanco. Vi a Sinclair fruncir el ceño, vi cómo se hacía, por primera vez, la pregunta de por qué un comandante del ejército había sido convencido de adelantar dos semanas una inspección rutinaria. Los militares odian que les muevan los hilos. Y acababa de plantarle la sospecha de que alguien se los había movido.

—Esto es irregular —intervino Robert, demasiado rápido, demasiado nervioso para alguien que no tenía nada que temer—. Comandante,

no sé qué pretende esta mujer, pero le aseguro que no es más que la recadera de un proveedor enfermo, y que airear según qué fantasías delante de...

—Lo que pretendo —lo corté, sin levantar la voz— se lo enseñaré al comandante en privado. Si no tiene usted nada que ocultar, señor Dunmore, no debería preocuparle que hablemos a solas. ¿O sí le preocupa?

Le devolví su propia frase, la misma con la que él me había clavado el cuchillo en la cena, y vi cómo le sentaba. Como una bofetada con guante de seda. Y vi algo más: vi que Robert, por primera vez desde que llegué a aquel valle, no tenía preparada la respuesta. Se le había acabado el guion. Crane, a su lado, le puso una mano en el brazo, discreta, una orden muda de que callara antes de empeorarlo.

Sinclair miró a Robert. Miró a Crane y a su mano en el brazo del primo, que decía más que mil palabras. Miró a Ewan, que no había abierto la boca pero que tenía la cara de un hombre dispuesto a respaldar cada cosa que yo dijera aunque le costara el cuello. Y por último me miró a mí.

—Diez minutos —dijo—. Señor Dunmore, la señorita y yo. Los demás, fuera de las cuadras.

Crane abrió la boca. La cerró. Robert intentó una última sonrisa que ya no le salió entera. Y los dos tuvieron que salir, derrotados por un momento, mientras el comandante se cruzaba de brazos y me miraba con la paciencia justa de quien concede diez minutos y ni uno más.

Cuando la puerta se cerró y nos quedamos los tres, solté el aire despacio. Ewan me miraba con algo nuevo en los ojos, algo que no era ni sorpresa ni reproche por haber tomado yo el mando de su inspección, de sus caballos, de su nombre. Era orgullo. Orgullo puro y duro, de verme plantar cara a Robert, a Crane y a un comandante del ejército a la vez sin que me temblara la voz.

—Usted dirá, señorita —dijo Sinclair—. Tiene mis diez minutos. No los malgaste. He cabalgado media mañana por estos caballos y

empiezo a sospechar que el viaje trae más miga de la que me anunciaron.

—No pienso malgastar ni uno —dije, con el corazón a galope y la voz firme.

Y saqué las cartas.

CAPÍTULO 16

ISOBEL

Le puse las dos cartas en la mano, una después de otra, y le dejé leer sin interrumpir.

Un buen vendedor sabe cuándo callarse. Llevo toda la vida cerrando tratos y he aprendido que las palabras de más estorban cuando la prueba habla sola. Así que no le expliqué nada al principio. Le di la primera carta, la de las instrucciones de Crane a Robert, y observé cómo el comandante Sinclair la leía con el ceño cada vez más fruncido. Cuando terminó, le di la segunda, la del precio, la de las tierras del río y las libras y el plan entero firmado. Esa la leyó dos veces.

Cuando levantó la vista, ya no me miraba como a una mujer impertinente que le había estropeado la mañana. Me miraba como a alguien que acababa de ahorrarle un disgusto serio.

—¿De dónde ha sacado esto?

—De dentro de la propia casa de Robert Dunmore —dije—. No le diré cómo, porque proteger a quien me las consiguió es lo único que le pido a cambio. Pero le doy mi palabra de que son auténticas, y un perito de Edimburgo le confirmará la letra de Crane en una tarde. Compárela con cualquier documento que el inglés haya firmado en este valle. La caligrafía no miente, comandante, aunque su dueño lo haga a todas horas.

Sinclair volvió a mirar las cartas, luego a mí, calibrándose. Vi que se preguntaba quién era yo en realidad, cómo una mujer enviada a supervisar caballos había acabado destapando una conspiración, y vi

también que decidía, por el momento, que esa pregunta podía esperar.

—De modo que el retraso en los caballos no es incompetencia del señor Dunmore —dijo despacio, ordenando lo que acababa de entender—. Es sabotaje. Su primo aparta animales, provoca demoras, y este inglés espera a que el contrato se caiga para quedarse con las tierras del clan a precio de ruina.

—Y para conseguirlo —añadí— han adelantado su visita, comandante. Le han traído dos semanas antes de tiempo, sabiendo que la entrega no podía estar lista, para que usted firmara el fracaso con su propia mano sin saber que era una trampa. Le han usado a usted, igual que usan a todos.

Eso fue lo que le encendió. A un militar puedes mentirle sobre muchas cosas, pero decirle que lo han manejado como a un peón le toca justo donde más duele. Vi cómo se le endurecía la mandíbula.

—Enséñeme esos cinco caballos del pasto —dijo—. Ahora.

Subimos los tres al pasto de arriba. Ewan apenas habló en todo el camino; me dejó llevar la voz a mí, y cada vez que Sinclair preguntaba algo técnico —el estado de los animales, los plazos reales de adiestramiento, cuánto tarda un potro en perder el miedo a un disparo— intervenía con la respuesta exacta, sin un adorno de más, y el comandante asentía, porque la palabra de Ewan Dunmore sobre un caballo vale en estas tierras más que la de un obispo sobre el cielo.

En un tramo del camino, mientras Sinclair se adelantaba a abrir una cancela, Ewan se puso a mi altura y me habló sin mirarme, en voz muy baja.

—Lo está haciendo bien —dijo—. Mejor que bien.

No era mucho. Pero viniendo de él, que repartía elogios con cuentagotas y solo a los caballos, fue como recibir una medalla. Estuve a punto de contestarle algo ligero, una de mis frases para no ponerme serio. No me salió. Lo que me salió fue la verdad.

—Tengo miedo —dije, igual de bajo—. De que esto salga mal en el último momento.

Ewan no me dijo que no lo tuviera. No era de los que mienten para consolar.

—Si sale mal —dijo—, saldrá mal con los dos dando la cara.

Y se adelantó hacia la cancela antes de que yo pudiera contestar, dejándome con aquellas palabras dándome vueltas y un calor raro en el pecho que no tenía nada que ver con la cuesta.

Los cinco caballos estaban donde yo los había dejado semanas atrás, sanos, lustrosos, sin rastro de la enfermedad que Robert había inventado para justificar su traslado. Sinclair los examinó uno por uno. Cuando llegó al del lomo marcado, el del arnés de tiro, Ewan habló por fin.

—Ese ha tirado de un carruaje hace poco —dijo—. Mire la marca. Un caballo de remonta del clan, usado para pasear a un inglés por los caminos del sur. Pregúntele a mi primo cuándo dio él permiso para eso, y por qué.

Sinclair pasó la mano por el lomo del animal, notó lo que había que notar, y cuando se irguió tenía la cara de un hombre que ha tomado una decisión.

—He visto suficiente —dijo—. Señorita Crieff, señor Dunmore: el contrato sigue en pie. Les concedo las dos semanas que faltaban hasta la fecha original, que es lo justo, puesto que el retraso no es imputable a ustedes. Volveré entonces, y espero encontrar los veinte animales listos. —Hizo una pausa—. En cuanto a lo demás, lo del inglés y el primo, eso ya no es solo asunto de un contrato de caballos. Es fraude contra el ejército de Su Majestad. Y de eso me encargo yo. Su primo no saldrá del valle hasta que yo lo interroque —añadió Sinclair—. Y si intenta hacerlo, lo traerán de vuelta mis hombres.

Podría haberlo abrazado. No lo hice, claro, pero por dentro se me soltó un nudo que llevaba semanas apretándome. Habíamos ganado. Contra toda lógica, contra Crane, contra Robert, con dos cartas y un

caballo y los nervios de acero que da no tener otra salida, habíamos ganado. El contrato seguía en pie. El valle seguía en pie. La gente de aquellas casas bajas seguiría teniendo techo el invierno siguiente.

Miré a Ewan. Él me miraba a mí. Y por un momento, en aquel pasto alto, con el comandante de espaldas examinando otra vez los animales, nos permitimos una sonrisa, la primera de verdad que cruzábamos sin que mediara un caballo ni un desplante. Él, que sonríe lo que sonríe una piedra, sonrió. Y yo, que llevaba semanas prohibiéndome mirarlo más de la cuenta, lo miré sin prohibirme nada, allí arriba, donde no nos veía nadie que pudiera usarlo en nuestra contra. Duró lo que dura un parpadeo. Pero fue nuestra, y me la guardé entera, porque algo me decía que iba a necesitarla.

El nudo me duró suelto hasta que bajamos al castillo.

Porque abajo nos esperaba Crane. Solo, en el patio, junto a su carruaje negro, con la calma de un hombre que ha perdido una mano, pero no la partida. Robert no estaba con él. Eso, más que nada, me dio mala espina, hasta que vi a dos soldados de Sinclair apostados junto a la puerta lateral del castillo. Robert no estaba libre; solo estaba esperando su turno. Crane no se queda a dar la cara en persona si no tiene una carta guardada, y desde luego no manda a Robert a esconderse si lo que va a pasar conviene que Robert lo vea. Quería estar solo. Quería hacerlo él, con sus propias manos blancas, sin testigos del bando perdedor.

Se enderezó al vernos llegar, sin prisa, y se quitó el sombrero ante el comandante con una cortesía de funeral.

—Comandante —dijo, inclinando la cabeza—. Veo que ha tenido una mañana instructiva. No le robaré mucho tiempo. Solo quería despedirme como es debido, y dejarle un dato que quizá le interese, ya que tanto valora usted la legalidad de los contratos. Sería una lástima que se marchara de este valle con una verdad a medias.

—Diga. —Sinclair entrecerró los ojos. No le gustaba aquel hombre, lo llevaba escrito en la cara.

Crane me miró a mí. Y supe, antes de que abriera la boca, lo que venía.

—Estas pruebas tan oportunas que le ha mostrado la señorita —dijo, con una suavidad venenosa— las presenta en nombre del proveedor, John Crieff. Pero John Crieff lleva más de un año postrado en cama en Edimburgo, comandante, demasiado enfermo para firmar su nombre, no digamos para negociar un contrato de remonta. Yo lo he comprobado. Cualquiera puede comprobarlo. Lo cual plantea una pregunta interesante: ¿quién ha estado negociando, firmando y maniobrando todo este tiempo en su lugar? Porque, le aseguro, no ha sido él.

Sinclair se volvió hacia mí, despacio.

—Ha sido ella —siguió Crane, sin levantar la voz, clavándome cada palabra—. Una mujer. Haciéndose pasar por el representante de su padre. Falsificando su firma en documentos del ejército de Su Majestad. Yo no sé qué dirá el reglamento militar sobre contratos negociados con engaño por una persona sin capacidad legal para firmarlos. Pero usted sí lo sabe, comandante. Y sabe que un contrato así no vale el papel en que está escrito, por muchas cartas más que ella le enseñe.

Se hizo un silencio que pesaba toneladas. Hasta los caballos del patio parecieron callar.

Crane había perdido la batalla de las pruebas. Lo sabía. Así que, en lugar de intentar salvarse, hacía lo único que le quedaba: hundirme a mí en la caída, llevarme por delante. Si el contrato se anulaba por mi culpa, por la firma falsa, entonces daba igual quién hubiera saboteado qué. El clan caería igual. Crane volvería en mejor momento, con más paciencia y menos testigos, y yo cargaría con la culpa de todo delante del ejército, delante de Ewan, delante del mundo. Habría venido a salvar el valle para acabar siendo el motivo de su ruina.

Era brillante. Era cruel. Y era verdad, que es lo peor que puede ser una acusación.

Lo más sucio de todo era el momento que había elegido. No me había delatado en la cena, semanas atrás, cuando podría haberlo hecho. Lo había guardado. Lo había dejado madurar como se deja madurar una deuda, esperando el instante en que más daño hiciera. Y ese instante era justo este: cuando acabábamos de ganar, cuando el comandante ya estaba de nuestro lado, cuando yo había bajado la guardia. Crane no destruía planes. Destruía esperanzas, que duelen mucho más, porque hay que haberlas tenido primero.

Miré a Sinclair. Su cara se había cerrado. El militar afable que acababa de darnos la razón en el pasto había desaparecido, y en su lugar estaba un hombre que de pronto sostenía en las manos unas pruebas conseguidas y presentadas por una mujer que había falsificado una firma ante el ejército de Su Majestad, y que sabía perfectamente lo que eso significaba para la validez de todo lo que yo le había contado.

—¿Es cierto? —me preguntó. Su voz era distinta. Más fría, la de quien se siente engañado y no lo perdona fácil—. ¿Ha firmado usted en nombre de su padre? ¿Es usted quien ha llevado este contrato, de principio a fin?

Podría haber mentido. Por un segundo, la tentación fue enorme. Podría haber dicho que mi padre firmaba en sus días buenos, que yo solo traía y llevaba, repetir la mentira que llevaba un año sosteniendo. Pero Sinclair me miraba a los ojos, y yo sabía que una mentira más, descubierta después —y Crane se encargaría de descubrirla—, lo hundiría todo de verdad, a mí y al clan y a Ewan y a la gente de aquellas casas que dependían de un contrato que yo había venido a salvar.

Así que hice lo único que sé hacer cuando ya no quedan cartas que jugar. Dije la verdad.

—Sí —dije—. Es cierto. Lo he llevado yo. Mi padre está demasiado enfermo para sostener una pluma, y hace un año que negocio, firmo y respondo en su nombre, porque sin mí su negocio se habría hundido y porque ningún oficial del ejército habría tratado jamás con una mujer. Falsifiqué su firma, sí. Lo volvería a hacer. Pero todo lo

que le he mostrado hoy es verdad, comandante, cada palabra, y eso usted lo sabe, lo ha visto con sus propios ojos en el pasto.

—No puedo fingir que esto no ha ocurrido —dijo Sinclair—. Ha falsificado una firma en un contrato del ejército, señorita Crieff. Eso tiene consecuencias. Pero también tengo delante a quien ha sostenido el contrato de principio a fin, no solo un nombre escrito en el papel. Regularizaremos la situación antes de la entrega, con su firma y bajo mi supervisión. Si vuelve a mentirme, no podré protegerla.

Y sentí, más que vi, cómo Ewan se quedaba muy quieto a mi lado, y cómo Crane, por fin, sonreía con la satisfacción tranquila del jugador que se sabe ganador de la última baza.

CAPÍTULO 17

ISOBEL

El comandante Sinclair tardó en hablar lo que tarda un hombre honrado en decidir entre lo que manda el reglamento y lo que le dice el estómago.

Fueron unos segundos. A mí se me hicieron años. He esperado veredictos en mi vida —de compradores, de tasadores, de mi propio padre cuando era niña y le enseñaba un caballo que había elegido yo sola—, pero ninguna espera se pareció a aquella, en aquel patio, con el sol cayendo a plomo y mi futuro entero colgando de lo que decidiera un militar al que conocía hacía tres horas.

Nos miró a los tres, uno por uno. A Crane, que esperaba su victoria con las manos cruzadas sobre el bastón, tan seguro de ganar que ya casi sonreía. A Ewan, que estaba a mi lado tan tenso como una cuerda de arco, conteniéndose de un modo que yo sentía sin tocarlo. Y a mí, que acababa de confesar delante del ejército de Su Majestad que había falsificado la firma de mi padre, y que no pensaba arrepentirme en voz alta de haberlo hecho aunque me costara la libertad.

—Señor Crane —dijo al fin—. Tiene usted razón en una cosa. Un contrato negociado por quien no tenía capacidad legal para firmarlo es un contrato impugnabile. Eso es cierto.

Crane inclinó la cabeza, satisfecho. Yo sentí cómo el suelo se me abría bajo los pies.

—Pero —continuó Sinclair, y aquel "pero" lo dijo mirando al inglés, no a mí— resulta que yo no he venido a este valle a resolver quién firmó qué. He venido a comprobar si hay veinte caballos de remonta

listos para el ejército. Y los hay. Los he visto con mis propios ojos. Buenos animales, bien preparados, por el mejor domador que conozco. Eso es lo que me importa a mí, y eso es lo que le importa al ejército: que los caballos estén, y están. No puedo fingir que lo de la firma no ha ocurrido —añadió Sinclair, y esta vez me miró a mí—. Ha falsificado usted una firma en un contrato del ejército, señorita Crieff. Eso tiene consecuencias. Pero también tengo delante a quien ha sostenido este contrato de principio a fin. Regularizaremos la situación antes de la entrega, con su firma y bajo mi supervisión. Si vuelve a mentirme, no podré protegerla.

—Comandante, la legalidad...

—La legalidad la juzgaré yo, no usted. —Sinclair se irguió, y por primera vez vi al militar entero, al que mandaba hombres a la guerra—. Y le diré lo que voy a hacer. Voy a recomendar que el contrato se reescriba a nombre de quien de verdad lo ha llevado, para que quede en regla. Si la señorita Crieff ha negociado, firmado y respondido todo este tiempo, que figure ella, y se acabó el problema de la firma. El ejército necesita caballos, no apellidos de hombre.

Me quedé sin aire. No era lo que esperaba. No era, ni de lejos, lo que esperaba.

—Eso es... altamente irregular —dijo Crane, y por primera vez su voz perdió la seda.

—Más irregular es lo que ha intentado usted hacer con este clan, y de eso hablaremos largo y tendido en otro sitio. —Sinclair se volvió hacia un par de hombres suyos que esperaban junto al carruaje—. Por lo pronto, señor Crane, va usted a acompañarme. Tengo unas cuantas preguntas sobre dos cartas firmadas de su puño y letra, y prefiero hacérselas donde no pueda subirse a ese bonito carruaje y desaparecer.

Lo que pasó después pasó deprisa. Crane protestó, amenazó con abogados, con influencias, con nombres de Londres que a Sinclair no le movieron una ceja. Los hombres del comandante lo invitaron a subir a su propio carruaje, esta vez como quien viaja vigilado y no como quien manda. Y antes de subir, Crane me dedicó una última

mirada, larga y fría, una mirada que prometía que aquello no se había acabado.

No me asustó. Después de semanas temiéndolo, verlo subir a aquel carruaje derrotado me supo a gloria. Que se llevara su mirada de promesa a otra parte. Los hombres como Crane prometen mucho y cumplen poco; lo había aprendido de sobra observándolos en los despachos de Edimburgo, donde abundan más que las ratas y son igual de difíciles de exterminar del todo. Pero por hoy, por aquel valle, por aquella gente, Aldous Crane había perdido, y eso era suficiente.

—Comandante —dije, cuando el polvo se asentaba—. No sé cómo agradecerse.

—No me lo agradezca. —Sinclair se ajustó los guantes—. He visto a muchos hombres mentir bajo juramento para salvar el pellejo. A muy pocos los he visto decir una verdad que los hundía, para no manchar lo demás. Usted ha hecho lo segundo, delante de mí, sabiendo lo que arriesgaba. —Me miró con algo parecido al respeto—. Un contrato lo firma cualquiera. La palabra de una persona honrada es más difícil de encontrar. Tendré los papeles nuevos en dos semanas, cuando vuelva por los caballos.

Montó. Y se fue, llevándose a Crane y dejándonos en el patio con el sol de media tarde y una victoria que todavía me costaba creer.

Habíamos ganado. De verdad, esta vez. El contrato a salvo, a mi nombre. Crane camino de responder ante el ejército. El valle, en pie.

Solo quedaba Robert.

Lo encontramos en la casa, porque no había huido. Eso me sorprendió, hasta que entendí por qué. Robert no huye. Robert calcula. Y había calculado que, con Crane detenido y las cartas en manos del ejército, lo único que le quedaba por salvar era su propia piel, y que la piel se salva mejor quedándose a dar la cara con una sonrisa que huyendo como un culpable.

Estaba en la sala, sirviéndose una copa, cuando entramos Ewan, Hamish y yo.

—Vaya —dijo, sin volverse del todo—. La comitiva al completo. Imagino que vienen a regodearse. Adelante, no se priven. Es lo único que les voy a dar el gusto de ver.

—Vengo a decirte que se acabó —dijo Hamish, y nunca le había oído la voz tan firme a aquel hombre cansado—. Crane está detenido. Las cartas las tiene el ejército. Tu nombre está en todas, Robert. Has terminado.

Robert dio un sorbo a su copa. Y entonces hizo lo que mejor sabe hacer: cambiar de cara. La sonrisa desapareció, y debajo había otra cosa, algo que llevaba años escondido bajo el encanto y que solo entonces, acorralado, dejó ver.

—¿Terminado? —Se rió, bajo—. Vosotros no entendéis nada. Yo no quería el valle por avaricia. Lo quería porque vosotros nunca supisteis lo que teníais. —Miró a Ewan—. Tú, con tus caballos y tu cara de mártir. Y tú, Hamish, ahogándote en deudas que no sabes ni leer. Este clan se merecía a alguien que lo dirigiera de verdad, y ese era yo. Crane solo me dio los medios.

—Crane te usó —dije, porque no pude callarme—. Lo he leído en sus propias cartas. No te trataba como a un socio, Robert. Te daba órdenes. Eras su peón, no su igual. Te ibas a quedar con unas tierras junto al río mientras él se llevaba el valle entero. El único al que engañaron en todo esto fuiste tú.

Eso le dio. Lo vi en cómo se le crispó la mano en la copa. Porque era verdad, y porque un hombre que se cree el más listo no soporta descubrir que ha sido el más tonto.

—Usted no sabe nada —me escupió, y la cortesía se le cayó del todo—. Una don nadie de las Lowlands, una mujer que se hace pasar por hombre para jugar a los negocios. ¿Y viene a darme lecciones a mí? En mi propia casa.

—No es tu casa —respondió Hamish—. Nunca lo fue.

—Cállate, Hamish. —Robert ni lo miró—. Toda la vida a la sombra de Ewan, el domador, el gran Ewan, y ahora a la sombra de una mujer. Das pena.

Ewan dio un paso adelante. No levantó la mano, no levantó la voz. Pero algo en cómo se movió hizo que Robert callara de golpe y retrocediera medio paso, y entendí que, por debajo de toda su labia, Robert siempre le había tenido un poco de miedo al hombre callado al que llevaba años intentando hundir.

—Vas a recoger tus cosas —dijo Ewan, muy despacio—. Y vas a quedarte en tu cuarto hasta que Sinclair decida qué hacer contigo. Si intentas salir del valle, sus hombres te traerán de vuelta. Y créeme, Robert, eso es más misericordia de la que me apetece darte ahora mismo. Le has hecho daño a mucha gente, Robert. A mi hermano. A mi clan. A Marsaili, que tendrá que vivir el resto de su vida sabiendo con quién se casó. Y a ella. —No me señaló, pero noté el peso de aquel "a ella" caer en la sala como una piedra—. Por todo eso me dan ganas de hacer cosas que luego lamentaría. Así que vete. Antes de que cambie de idea sobre lo de las dos piernas.

A la mención de Marsaili, Robert giró la cabeza despacio, y por un instante su mirada fue tan fea que entendí, de golpe, todo lo que aquella mujer había contado a Ewan sobre vivir con él. Pensé en Marsaili, lejos ya de aquella casa, camino del molino con los hombres de Hamish, y agradecí haberla sacado de allí antes de que Robert pudiera sumar quién le había abierto el arca. Por ahora, Robert apuró su copa, la dejó con un golpe seco, y salió de la sala sin una palabra más, con la dignidad fría de quien pierde y no quiere que se le note cuánto.

Esa noche, por una vez en semanas, cenamos sin miedo.

Hamish habló más que en todo el tiempo que yo llevaba en el valle. Ewan estaba callado, pero era un callar distinto, sin la tensión de costumbre. Y yo, entre los dos hermanos, en aquella sala que la primera noche me había parecido fría y enorme, sentí algo que no me permitía sentir desde hacía mucho: que estaba en un sitio. Que pertenecía, aunque fuera prestado, aunque fuera por poco.

Y ese "por poco" fue el que me estropeó la cena.

Porque mientras Hamish hablaba de saldar la deuda con el dinero del contrato, de reconstruir, de los años buenos que vendrían, yo hacía mis cuentas de siempre, las que no sé dejar de hacer. El contrato estaba a salvo. A mi nombre, ahora. Los caballos estarían listos en dos semanas, y en dos semanas el comandante volvería, firmaría los papeles, pagaría, y mi trabajo en aquel valle se habría terminado.

Dos semanas. Y luego, a Edimburgo. Con mi padre. Con mi negocio. Con mi vida, la de antes.

Miré a Ewan, al otro lado de la mesa. Él levantó la vista en ese momento, como si me hubiera oído pensar, y nos sostuvimos la mirada un segundo. Los dos sabíamos la misma cuenta. Los dos la habíamos hecho. El peligro que nos había mantenido juntos se estaba acabando, y con él se acababa la excusa para estar cerca.

Cuando Hamish se retiró a dormir, agotado y feliz como no lo había visto nunca, Ewan y yo nos quedamos solos en la sala. No por buscarlo. Simplemente ninguno de los dos se levantó. El fuego se iba consumiendo, y el silencio entre nosotros se llenó de todo lo que no nos habíamos dicho hasta ahora.

—Dos semanas —dijo él al fin, mirando las brasas.

—Dos semanas —dije, y sentí cómo aquellas dos palabras me pesaban más que toda la conspiración de Crane junta.

—Y luego se va.

—Y luego me voy.

No era una pregunta ni una respuesta. Era una cuenta dicha en voz alta, como para comprobar si dolía menos al pronunciarla. No dolía menos. Dolía más.

—Podría... —empezó él, y se detuvo. Ewan Dunmore empezando una frase con "podría" era terreno nuevo, y los dos lo sabíamos, y por eso me quedé muy quieta, esperando.

Pero no la terminó. La cerró, como cerraba todo, antes de dejar que se le escapara entera.

—Nada —dijo—. Es tarde. Debería subir.

—Ewan.

—Buenas noches, señorita Crieff.

Y se levantó, y se fue, dejándome sola con el fuego y con la frase que no había terminado, que me dio más vueltas en la cabeza que todas las que sí había dicho.

Habíamos ganado todo lo que vinimos a ganar, pero yo, me descubrí deseando haber perdido algo, con tal de tener un motivo para quedarme.

CAPÍTULO 18

ISOBEL

La frase que Ewan no terminó aquella noche me persiguió tres días. Tres días enteros, metida entre ceja y ceja, sin dejarme en paz ni cuando dormía.

"Podría...", había dicho, y se había callado. Tres días dándole vueltas a una palabra suelta, como quien lame un diente roto sin poder evitarlo. ¿Podría qué? Podría usted quedarse, quizá. Podríamos. Podría haber sido distinto. Cada noche le ponía un final diferente a aquella frase, y cada final me parecía más imposible que el anterior, porque yo conocía los míos, los obstáculos que me había recitado mil veces: el negocio, mi padre, la ley que le entrega a un marido cuanto tiene una mujer el día que se casa. Ninguno había cambiado. Lo que había cambiado era que, por primera vez, me pesaban como una condena en vez de protegerme como una coraza.

Tres días en que los dos volvimos a la rutina de los caballos, ahora sin peligro que la justificara, sin Crane ni Robert ni cartas, solo el trabajo limpio de preparar veinte animales para una entrega que ya no escondía trampas. Debería haber sido un alivio. Y lo era, salvo por el reloj, que corría hacia mi marcha sin que ninguno de los dos se atreviera a pararlo con palabras. Trabajábamos cerca, nos rozábamos al pasarnos una herramienta, nos sorprendíamos mirándonos y apartábamos la vista a la vez, como dos críos. Y por las noches, cada uno en su cuarto, yo sé que él tampoco dormía, porque más de una vez, al asomarme a la ventana, vi luz en las cuadras hasta tarde.

Fue al tercer día, al caer la tarde, en el corral del negro.

Ewan lo trabajaba con una calma nueva. El caballo lo dejaba hacer ya casi todo: la cuerda, la manta, el peso de una mano en el lomo. Faltaba poco para montarlo, y se notaba que a Ewan aquello le importaba más que el contrato entero, porque era lo suyo de verdad, lo que hacía cuando nadie le pagaba ni le miraba.

—Va a poder montarlo pronto —dije, apoyada en la cerca.

—Pronto. —Pasó la mano por el cuello del animal—. Quién lo diría, viéndolo como estaba cuando lo compré. No daba un penique por él nadie.

—¿Dónde lo compró?

—En una feria del sur. —Encogió un hombro—. Hace medio año. Lo traía un tratante con cara de ladrón, en un lote de animales descartados. Este iba el último, atado aparte porque mordía a los demás. Adulto ya, pero echado a perder de tanto pasar de mano en mano. El tratante me dijo que venía de lejos, que había nacido en un criadero de las Lowlands que cerró hace años y que desde entonces no había parado de cambiar de dueño, cada uno peor que el anterior. Lo compré por cuatro perras, más por pena que por cabeza. Hamish me llamó loco. Puede que lo fuera.

Me quedé muy quieta. Algo, en alguna parte de mí, había empezado a hacer ruido, como una puerta que golpea con el viento al fondo de una casa.

Un criadero de las Lowlands que cerró hace años. Un caballo negro, adulto, que de potro había pasado por malas manos. Empecé a hacer cuentas, y las cuentas me llevaron a un sitio al que no quería ir, porque era imposible, porque el mundo no es tan pequeño, porque esas cosas solo pasan en las novelas que lee mi tía y se ríe una de ellas por inverosímiles.

—¿Qué edad le calcula? —pregunté, y la voz me salió rara.

Ewan me miró, extrañado por el tono.

—Siete años, puede que ocho. ¿Por qué? —Dejó la cuerda, atento de pronto a mi cara—. ¿Qué pasa, Isobel? La conozco lo suficiente para saber cuándo está usted atando cabos. Le cambia la cara.

Siete u ocho años. El criadero de mi padre cerró cuando yo tenía dieciséis, hace ahora ocho. Y el último potro que nació antes de cerrar, el último que crié yo con mis manos, fue un macho negro al que su madre rechazó nada más parirlo. Una yegua primeriza que no quiso saber nada de él, que lo apartaba a coces cuando intentaba mamar. Mi padre dijo que lo dejara morir, que no merecía la pena gastar leche y desvelos en un potro que la propia madre daba por perdido. Yo tenía dieciséis años y la cabezonería intacta, y me negué. Lo crié a mano. Le di biberones cada tres horas, de día y de noche, durante semanas. Dormí en la cuadra con él. Y cuando por fin se tuvo en pie y echó a correr por el prado, fue la primera cosa de verdad que saqué adelante yo sola en mi vida.

Lo vendieron al año siguiente, cuando el negocio se hundió y hubo que liquidarlo todo. Me acuerdo del día. Me acuerdo de que lloré como no he vuelto a llorar por un animal, y de que mi padre me dijo que una tratante no puede encariñarse de la mercancía, que era la primera lección y la más dura. Aprendí la lección. Pero a aquel potro no lo olvidé nunca del todo.

—Isobel. —La voz de Ewan me llegó de lejos—. ¿Qué le pasa? Se ha puesto blanca.

No le contesté. Entré en el corral, despacio, sin apartar los ojos del caballo. Él levantó la cabeza y me miró, con las orejas hacia delante, atento, como me había mirado el primer día.

—Isobel. —La voz de Ewan cambió de golpe—. Salga de ahí.

—Tenía una marca —dije, más para mí que para él—. En el menudillo izquierdo de atrás. Una cicatriz. Se enredó con un alambre y se lo curé yo.

—Isobel, le he dicho que salga. —Lo dijo más fuerte, con el filo del miedo en la voz, el de un hombre que sabe exactamente de lo que es capaz ese animal—. Ese caballo le parte una pierna de una coz antes de que usted parpadee. No se le acerque por detrás. ¿Me oye? Salga del corral.

No le oí. O lo oí y no me importó, que a esas alturas era lo mismo. Seguí avanzando hacia la grupa del negro, despacio, con la cabeza en otro sitio, en una cuadra de las Lowlands doce años atrás. Detrás de mí oí a Ewan soltar un juramento y saltar la cerca, y supe que venía a sacarme de allí a la fuerza, con el corazón en la garganta, porque para él yo estaba a un segundo de que me mataran.

Me agaché junto a la pata trasera del caballo.

Y el caballo no se movió.

Él, que coceaba a quien lo intentaba, que le había roto las costillas a más de un mozo, que no dejaba que nadie le pasara por detrás sin revolversse, se quedó quieto como una estatua. Conmigo se quedó quieto. Le levanté el menudillo con cuidado, con las manos temblándome tanto que apenas podía sujetarlo.

Oí a Ewan detenerse en seco a mi espalda. A medio paso. Lo oí quedarse sin aire, porque acababa de ver lo que ningún domador de las Highlands habría creído sin verlo: aquel animal, el imposible, el del demonio, dejándose tocar las patas por una mujer arrodillada detrás de él como si fuera el potro más manso del mundo.

—No puede ser —dijo, en voz muy baja—. Eso no lo hace. Conmigo no lo hace.

—Conmigo sí —dije.

Y allí estaba.

Un mechón de pelo blanco, pequeño, en forma de media luna, sobre una vieja cicatriz que le había curado yo con mis manos de cría años atrás. La reconocí como se reconoce la letra de alguien a quien quisiste. La había mirado mil veces, de niña, mientras le cambiaba la venda y le hablaba para que no tuviera miedo. Estaba más desvaído por los años, rodeado de un cuerpo adulto que yo no había visto crecer, pero era el mismo. Era él.

Se me llenaron los ojos antes de que pudiera evitarlo. Me incorporé despacio, temblando, y el caballo volvió la cabeza hacia mí, y entonces hice lo que hacía cuando él era un potro y no quería tomar el biberón: chasquéé la lengua dos veces, suave, contra los dientes,

un sonido tonto que me inventé a los dieciséis años y que solo él y yo conocíamos en el mundo entero.

El negro resopló. Bajó la cabeza. Y la apoyó contra mi pecho, entera, pesada, rindiéndose como solo se rinde un animal ante la única persona que lo quiso cuando nadie más lo quería.

Lo abracé. Le rodeé el cuello con los brazos y hundí la cara en su crin y lloré, allí, en mitad del corral, tantos años de algo que no sabía que llevaba dentro. Olía igual. Esa es la tontería que me deshizo del todo: que después de doce años, de mil kilómetros, de cuatro dueños que lo habían maltratado, el caballo olía exactamente igual que cuando dormía pegado a mí en una cuadra de las Lowlands y yo le ponía el biberón a las tres de la madrugada con los ojos cerrados de sueño. El cuerpo recuerda lo que la cabeza olvida. El mío recordó de golpe a la niña de dieciséis años que fui, la que todavía creía que si te esforzabas lo suficiente podías salvar cualquier cosa rota, antes de que la vida le enseñara que no, que casi nunca, que la mercancía se vende y la gente se va y una aprende a no encariñarse para que no le duela.

El primer ser vivo que salvé. El que perdí cuando perdimos todo lo demás. El que la vida me había traído de vuelta al otro extremo de Escocia, al corral de un hombre que también estaba roto, para que los tres nos arregláramos un poco entre nosotros sin saber siquiera que nos estábamos arreglando.

Cuando levanté la cara, Ewan no se había movido. Estaba a unos pasos, muy quieto, mirándome con una expresión que no le había visto nunca. Lo había entendido todo. No le hizo falta que se lo explicara.

—Era suyo —dijo, en voz baja. No era una pregunta.

—Lo salvé de potro. Su madre lo rechazó nada más nacer. —Me limpié la cara con el dorso de la mano, sin vergüenza—. Lo crié a mano, sola, con dieciséis años. Y lo vendí, o lo vendió mi padre, cuando nos arruinamos. Pensé que no volvería a verlo en la vida. Llevo doce años sin saber qué fue de él, y resulta que estaba aquí,

esperándome, en el último sitio del mundo donde se me habría ocurrido buscarlo.

Ewan miró al caballo. Miró la marca. Me miró a mí. Y le vi en la cara cómo iba encajando lo que aquello significaba, despacio, pieza a pieza, igual que lo había encajado yo. Que el animal que llevaba medio año intentando recuperar se había dejado recuperar por mí desde el primer día no por casualidad, sino por memoria. Que lo que él había tomado por un don mío con los caballos era, en mi caso, amor antiguo reconocido. No me hizo falta que dijera nada para saber lo que estaba pensando, porque era lo mismo que pensaba yo, y porque hay caras que se leen solas.

—Por eso se fiaba de usted —dijo—. Desde el primer día. Y a mí no me dejaba acercarme, y usted llegó y le puso la mano en la cara. Pensé que era brujería. —Algo se le quebró en la voz, apenas—. Era que volvía a casa.

—Era que volvía a casa —repetí.

Ewan se acercó al caballo y le pasó la mano por el lomo, despacio, como si lo viera por primera vez. Y cuando habló, lo hizo con una voz que no le había oído, baja, casi temblorosa, la de un hombre diciendo algo que le cuesta sangre.

—Me encerré en las cuadras la semana en que perdí a Marsaili —dijo—. Para no estar en la boda. Y cuando lo compré a él, hace medio año, supongo que reconocí algo. Estaba roto y necesitaba arreglar algo tan roto como yo. ¿Se acuerda que se lo conté?. Porque estaba roto y necesitaba arreglar algo tan roto como yo, ¿se acuerda que se lo conté? —Asentí—. Pues piénselo, Isobel. Yo compré, sin saberlo, el caballo que usted crió. Lo elegí entre veinte animales, el peor, el que mordía, el que nadie quería. Como si algo me llevara a él. Llevo tiempo peleándome con él para devolverle algo que usted ya le había dado hace años. Hemos estado los dos, sin saberlo, cuidando a la misma criatura. Usted al principio. Yo al final. —Tragó—. ¿Cómo se explica eso?

—No se explica —dije—. Las cosas que importan no se explican. Solo pasan.

Nos quedamos los dos en el corral, con el caballo entre nosotros, intentando entender lo que acabábamos de vivir. Éramos solo dos personas que acaban de ver, a la vez, que nada de lo que nos había pasado en aquel valle era casualidad. Ni el caballo. Ni nosotros. Toda mi vida había hecho cuentas para que las cosas cuadraran, para no dejar nada al azar, para protegerme de lo que no podía controlar. Y allí, en aquel corral, con la cara llena de lágrimas y la crin de mi caballo enredada en los dedos, por primera vez me rendí a la idea de que hay cuentas que no salen y está bien que no salgan. Que a lo mejor algunas cosas se escapan a la lista de razones precisamente porque están por encima de ella.

Y entonces Ewan dio un paso hacia mí.

CAPÍTULO 19

ISOBEL

Ewan dio un paso hacia mí, y yo no retrocedí.

Ese fue todo mi valor, y a la vez fue todo. No retroceder. Llevaba semanas dando un paso atrás por cada uno que él daba hacia delante, levantando murallas, escondiéndome detrás del trabajo y del plan y de la prudencia. Y ahora, con la cara llena de lágrimas y la crin de mi caballo todavía en los dedos, simplemente me quedé donde estaba y le sostuve la mirada dejándole ver, por una vez, que no pensaba huir.

Él lo notó. Claro que lo notó. Un hombre que se pasa la vida leyendo el cuerpo de los caballos sabe leer cuándo alguien deja de defenderse. Lo había visto hacer mil veces con los animales: ese instante en que dejan de tener un pie listo para la huida, en que las orejas se ablandan y el peso del cuerpo cambia y, sin moverse un milímetro, te dicen que ya no van a salir corriendo. Lo vio en mí. Yo se lo dejé ver. Era lo único que sabía darle, después de semanas negándoselo todo, y resultó ser lo único que él necesitaba.

Se detuvo a un palmo. El último palmo, el que llevábamos semanas sin cruzar, el de la cuadra a oscuras y el del poyo de piedra y el de tantas tardes fingiendo que no estaba ahí. Lo tenía tan cerca que veía el sudor del trabajo en su frente, la barba de tres días, los ojos color de turbera buscándome como si todavía esperara que yo saliera corriendo en el último momento.

Y yo, no me moví.

Es difícil de explicar lo que pasa por dentro en un momento así, cuando llevas toda la vida protegiéndote y de pronto decides no

hacerlo. No es valentía. Es cansancio. Una se cansa de tener miedo, de calcular, de ponerle precio a cada cosa antes de dejarse quererla. Y en aquel corral, con el caballo de mi infancia rendido a mi lado y aquel hombre imposible a un palmo de mi boca, me cansé de golpe de toda una vida de prudencia. Estaba agotada de protegerme. Por una vez quería que algo me doliera, con tal de haberlo tenido primero.

—Va a marcharse —dijo. No era una pregunta. Era lo último que le quedaba entre yo y él, la última muralla, y la puso él mismo, como quien deja una puerta entornada por si hay que cerrarla deprisa.

—En dos semanas —dije, y el número me supo a ceniza en la boca.

—Y esto no va a cambiar eso.

—No. No lo cambia. —Tragué—. Lo sé mejor que nadie. Llevo días haciendo la cuenta.

—Entonces no deberíamos.

—No —dije—. No deberíamos.

Y lo besé yo.

Porque si esperaba a que lo hiciera él, no lo haría nunca; se quedaría toda la vida a ese palmo, protegiéndome de sí mismo, protegiéndose él de mí, los dos muriéndonos de prudencia. Y porque, por una vez en mi vida, quise algo más de lo que temía perderlo. Le puse la mano en la nuca, en ese pelo oscuro peinado de cualquier manera que llevaba semanas queriendo tocar sin permitírmelo, y tiré de él el último palmo, y lo besé.

Por un instante se quedó rígido, como el negro la primera vez que le echaron la manta encima. El cuerpo de un hombre que lleva dos años enseñándose a no querer no se rinde de golpe. Pensé, con un vuelco horrible, que me había equivocado, que iba a apartarme, que aquel "no deberíamos" iba en serio y yo acababa de hacer el ridículo más grande de mi vida.

Y entonces se rindió.

Lo sentí pasar por todo su cuerpo, esa entrega, igual que la había sentido pasar por el caballo aquella tarde: la tensión que cede, los músculos que dejan de defenderse, el animal que por fin decide que la mano que tiene encima no viene a hacerle daño. Me rodeó con los brazos y me besó de vuelta, y no fue un beso suave, ni tímido, ni cortés. Fue el beso de un hombre que llevaba semanas conteniéndolo, soltando de golpe todo lo que se había tragado, todos los desplantes que en realidad eran miedo, todas las veces que me había apartado los ojos para no mirarme demasiado, todas las frases que empezaba con "podría" y no terminaba nunca. Me besó como si quisiera recuperar el tiempo que los dos habíamos perdido fingiendo. Me besó como doma: con una paciencia feroz, sin prisa y sin tregua a la vez, las dos manos en mi cara como si yo también fuera a salir corriendo y él tuviera que convencerme de quedarme, hasta que dejé de pensar en murallas y en listas y en barcos a Edimburgo y solo quedó aquello, su boca y la mía y el aire que nos faltaba a los dos.

Cuando nos separamos, apenas, lo justo para respirar, apoyó su frente en la mía. Le temblaba la respiración. A mí me temblaba todo.

—Esto es una mala idea —dijo, con la voz rota, sin soltarme.

—La peor —dije—. Una idea pésima.

—Va a hacernos daño.

—Casi seguro.

—¿Y aun así?

—Y aun así. —Le sostuve la cara con las dos manos, devolviéndole el gesto—. Llevo toda la vida evitando las malas ideas, Ewan.

Calculándolo todo, no dando un paso sin saber dónde caía el siguiente. Y mírame: con un negocio que sostengo a base de mentiras, un padre que se muere y un valle entero que casi se hunde. De tanto evitar el daño, se me olvidó vivir. Así que sí. Y aun así. Por una vez, y aun así.

No hizo falta más. Me volvió a besar, más despacio esta vez. El negro, a nuestro lado, resopló y nos dio con el morro en el hombro,

reclamando lo suyo, empujándonos como hacía de potro cuando quería el biberón y yo me entretenía con otra cosa. Nos reímos los dos contra la boca del otro, y aquella risa, tonta, compartida, fue lo que terminó de derribar lo que quedaba en pie. No el beso. La risa. Porque besarse lo hace cualquiera con miedo, pero reírse hace falta confiar, y yo no me había reído de verdad, sin reservarme nada, en más años de los que quería contar.

Nos quedamos en el corral hasta que cayó la noche. No hablamos mucho. No hacía falta. Habíamos pasado semanas hablando para no decirnos nada; ahora podíamos callar y decírnoslo todo. Él sentado en el suelo con la espalda contra la cerca, yo entre sus brazos, el caballo montando guardia sobre los dos como si supiera que aquello también era cosa suya, que sin él no habría pasado, que había hecho falta una criatura rota que los dos quisimos por separado para juntarnos al final.

—Cuéntame cómo era —dijo Ewan, al cabo de un rato, con la boca en mi pelo—. De potro. Cuando lo salvaste.

Y se lo conté. Le conté los biberones de las tres de la madrugada, y cómo la yegua lo apartaba a coces, y cómo mi padre quería dejarlo morir, y cómo me planté yo, con dieciséis años y ninguna autoridad, y dije que no. Le conté la primera vez que se tuvo en pie. La primera vez que corrió. Y el día que lo vendieron, y lo que lloré, y la lección que aprendí entonces y que había seguido a rajatabla hasta aquella misma tarde: que una tratante no se encariña de la mercancía, porque la mercancía se vende y se va.

—Llevo muchos años cumpliendo esa lección —dije—. No encariñarme. De ningún caballo. De ningún hombre. De nada que pudieran quitarme.

—¿Y?

—Y mira dónde estoy. —Levanté la cara hacia él—. Sentada en el barro de tu corral, abrazada al caballo que juré no llorar y al hombre que juré no mirar. Se me da fatal cumplir mis propias lecciones, por lo visto.

Ewan no sonrió, porque no es de los que sonríen. Pero me apretó un poco más fuerte.

—A lo mejor la lección estaba mal —dijo.

—A lo mejor.

—Mi padre me enseñó una parecida —dijo, al rato, mirando al caballo—. Que un Dunmore no se queja, no pide ayuda y no llora. Que aguanta. Me la creí tan a fondo que cuando Marsaili se fue no lloré ni un día. Me encerré en las cuadras dos años. Trabajé hasta no sentir nada. Y cuando compré a este medio muerto, hace medio año, hice con él lo mismo que llevaba haciendo conmigo: intentar salvar algo roto sin admitir que también lo estaba yo. A eso lo llamaba yo aguantar. —Bajó la voz—. Tú llevas años sin encariñarte y yo dos sin dejar entrar a nadie. Vaya par. Nos han educado bien para estar solos.

Era lo más largo que le había oído hablar de sí mismo, y lo dijo con la boca en mi pelo, en la oscuridad, donde no tenía que verme la cara ni que yo le viera la suya. Entendí que era el sitio donde aquel hombre podía, por fin, decir cosas. A oscuras y de lado, como los caballos asustados, que se dejan tocar antes en la penumbra que a plena luz.

—Pues a lo mejor —dije— se nos da mejor estar solos juntos que cada uno por su lado.

No me contestó con palabras. Me buscó la mano en el barro y entrelazó sus dedos con los míos, callosos, enormes, y la apretó.

Pero por debajo de la risa, los dos sabíamos lo que ninguno decía. Que aquello no resolvía nada. Que en dos semanas el comandante volvería, firmaría los papeles, y yo tendría que subir a un carruaje y volver a Edimburgo, con mi padre moribundo y mi negocio y la ley que no me dejaba ser dueña de mi vida si me ataba a un hombre. Que un beso no derriba una muralla de verdad; solo te enseña, con crueldad, todo lo que hay al otro lado y no puedes tener.

Me había pasado la vida sin encariñarme para que nada me doliera al perderlo. Era un buen sistema. Me había funcionado mucho

tiempo. No lloras lo que no quieres, no echas de menos lo que no dejas entrar, no te rompes por lo que nunca fue tuyo del todo. Mi padre me lo enseñó con un caballo, y yo lo apliqué a todo lo demás: a los pretendientes, a las ciudades, a las casas, a la gente. Vivir de paso. No deshacer la maleta del corazón en ningún sitio, por si acaso.

Y acababa de deshacerla entera, en la misma tarde, por un caballo y por un hombre que iba a tener que dejar.

No me arrepentí. Esa es la parte que más me asustó de todas. Que, sabiendo lo que me esperaba, sabiendo el precio exacto, con mi cabeza de tratante echando ya la cuenta del dolor que venía, no me arrepentí ni un segundo. Tantos años de prudencia derribados en una tarde, y lo único que sentía era que ojalá los hubiera derribado antes.

Apoyé la cabeza en su pecho y escuché cómo le latía el corazón, fuerte y desacompasado, igual que el mío, y decidí que la cuenta del dolor podía esperar a mañana. Ya la haría. Se me da bien hacer cuentas; es lo que mejor se me da. Pero no aquella noche. Aquella noche, por primera vez en mucho tiempo, no quise proteger nada. Solo quería quedarme. En el barro, con el caballo y el domador, en el último sitio del mundo donde había ido a buscar nada y donde, sin querer, lo había encontrado todo.

Quedaban dos semanas. Decidí gastarlas, en lugar de guardarlas. Por una vez en mi vida, decidí gastar algo entero, sin reservarme nada para el invierno.

CAPÍTULO 20

ISOBEL

Las dos semanas se gastaron como se gasta el dinero cuando uno sabe que se le acaba: deprisa y sin mirar el precio.

Preparamos los caballos. Eso era lo oficial, lo que justificaba que yo siguiera en el valle y que pasáramos juntos de sol a sol. Los veinte animales tenían que estar listos para cuando volviera el comandante Sinclair, y lo estuvieron, porque Ewan no sabe hacer las cosas a medias y yo tampoco. Trabajábamos bien, ya lo he dicho. Ahora trabajábamos bien y además nos besábamos en los rincones de las cuadras como dos criados, y nos reíamos, y discutíamos de bocados y de aplomos igual que el primer día, solo que las discusiones terminaban de otra manera.

Fueron las dos semanas más felices de mi vida. Lo digo sin adornarlo, porque es verdad, y porque sé lo que vino después y aun así no le quito ni un día a aquella felicidad.

Montó el negro por fin. Una mañana, sin avisar, le echó la silla, se subió, y el caballo que había tirado a tres hombres en un mes lo paseó por el corral manso como un cordero, conmigo mirando desde la cerca con el corazón en un puño y los ojos llenos. Cuando desmontó, no me dijo nada. Me tendió las riendas, para que lo montara yo. Y monté al caballo que había criado de potro y que años después me llevaba sobre el lomo por un valle de las Highlands, y aquello fue de las pocas veces en mi vida en que no me hizo falta hacer ninguna cuenta para saber que era feliz.

Por las noches, Ewan hablaba. Poco a poco, a su manera, en la penumbra de las cuadras donde le salían las palabras que a plena

luz se le atascaban. Me contó de su madre, muerta cuando él era niño. De Hamish, del peso de un título que su hermano nunca quiso. De cómo aprendió a domar de un viejo del valle que le enseñó que a un caballo no se le rompe, se le convence. Yo le conté de Edimburgo, de mi padre enseñándome a tasar ganado antes que a bailar, de la primera vez que cerré un trato yo sola y un comprador se negó a estrecharme la mano por ser mujer. Nos contamos enteros, en aquellas dos semanas, todo lo que dos personas que se han pasado meses callando tienen guardado.

Pero la cuenta seguía corriendo por debajo de todo. Yo la oía, como se oye un reloj en una casa en silencio. Mi padre, en Edimburgo, esperándome, muriéndose despacio en una cama, con un negocio que solo se sostenía si yo volvía a sostenerlo. El contrato, que en cuanto Sinclair firmara dejaría de atarme a aquel valle. Y la ley, la maldita ley, que seguía exactamente donde estaba: una mujer que se casa deja de ser dueña de nada. Si me quedaba con Ewan, si me casaba con él, el negocio de mi padre pasaba a ser de Ewan. Todo lo que yo había levantado, todo lo que sostenía a mi padre, dejaba de ser mío el día que dijera "sí, quiero".

No se lo dije a Ewan. Esa fue mi cobardía, la única que me permití aquellas semanas. Dejé que los dos fingiéramos que el tiempo no corría, que no había un después, que podíamos seguir besándonos en las cuadras hasta el fin del mundo. Él tampoco sacaba el tema. Los dos sabíamos que estaba ahí, enorme, en mitad de la habitación, y los dos preferíamos rodearlo a tropezar con él.

Hasta que una noche, a tres días de que volviera Sinclair, Ewan lo puso sobre la mesa.

Estábamos en las cuadras, como siempre, después de cenar. Él reparaba una brida a la luz de un farol y yo lo miraba hacer, con la cabeza apoyada en un fardo de paja, en uno de esos silencios cómodos que habíamos aprendido a tener.

—Quédate —dijo, sin levantar la vista de la brida.

Una palabra. La que llevaba dos semanas sin decir, la que terminaba aquella frase suya del "podría" que había quedado colgando.

—Ewan...

—Sé lo que vas a decir. —Dejó la brida—. Tu padre. El negocio. Que te necesita en Edimburgo. Lo sé. Pero hay algo que no me has contado, y llevo días notándolo. Hay otra cosa. Algo que te pesa más que tu padre y que el negocio. Dímelo. Sea lo que sea, dímelo.

Lo miré a la luz del farol, notaba lo que me callaba antes de que yo supiera que me lo callaba. Y decidí que se merecía la verdad, aunque la verdad nos hiciera daño a los dos.

—Si me caso, lo pierdo todo —dije—. No es una manera de hablar. Es la ley, Ewan. El día que una mujer se casa, todo lo suyo pasa a ser de su marido. El negocio de mi padre. El dinero. Las decisiones. Todo. Si me quedara contigo, si nos casáramos, yo dejaría de ser una tratante con su propio nombre para ser la esposa de un domador de las Highlands. Y mi padre... mi padre se moriría sabiendo que su hija entregó a un desconocido lo que él tardó la vida en construir.

Ewan se quedó callado, asimilándolo.

—No quiero tu negocio —dijo al fin.

—Ya lo sé. Pero la ley no sabe que no lo quieres. La ley te lo da igual, lo quieras o no. Y aunque tú fueras el hombre más honrado del mundo, que lo eres, yo dejaría de ser dueña de mi vida. Y resulta —se me quebró la voz, y no traté de evitarlo— que me ha costado mucho ser dueña de mi vida, Ewan. Más de lo que imaginas. No sé renunciar a eso. Ni siquiera por ti. Y me odio un poco por no saber.

Se hizo un silencio largo. El farol chisporroteaba. Los caballos se removían en sus box. Y yo pensé que aquello era el final, que acababa de decirle en voz alta lo que nos separaba, y que un hombre como Ewan, orgulloso, entero, no iba a pedirme que me quedara a costa de pedirme que renunciara a mí misma.

Pero Ewan Dunmore llevaba desde que llegué sorprendiéndome, y no iba a parar entonces.

—¿Y si no nos casáramos? —dijo.

Lo miré.

—¿Qué?

—Que si el problema es la ley del matrimonio, no nos casemos. —Lo decía despacio, pensándolo en voz alta, como quien dóma una idea difícil—. Quédate sin casarte. Lleva tu negocio. Sigue siendo dueña de lo tuyo, con tu nombre, como hasta ahora. Yo no necesito un papel para saber lo que eres mía y lo que soy tuyo. Que lo sepan los curas y los abogados me importa bien poco.

—Eso es un escándalo —dije, sin aliento—. Una mujer soltera, viviendo en el valle, con... No puedes ni imaginar lo que dirían.

—Dejarían de decirlo en un invierno. —Encogió un hombro—. La gente se cansa de hablar. Y la que no se canse, que hable. Llevo toda la vida en boca de este valle, primero por domador, luego por el plantón de Marsaili. Una habladuría más no me quita el sueño. —Me miró—. ¿Te lo quita a ti?

Lo pensé. Lo pensé de verdad, no con la cabeza de la mujer prudente que había sido, sino con la otra, la que había bajado a aquel corral dos semanas atrás y había decidido gastar algo entero. Y la respuesta me sorprendió a mí misma.

—No —dije—. No me lo quita.

Pero negué con la cabeza, porque había algo más, lo de siempre, lo que no se iba por mucho que lo quisiéramos rodear.

—Pero está mi padre, Ewan. Se muere. Y el negocio está en Edimburgo, no aquí. No puedo llevarlo desde un valle de las Highlands a tres días de carruaje. No puedo dejarlo solo. Por más que quiera quedarme, y quiero, hay un hombre en una cama esperándome, y le debo a ese hombre todo lo que soy.

Y ahí estaba, entero, el nudo de verdad. No era la ley. La ley tenía una rendija, y Ewan acababa de encontrarla. Era mi padre. Era el deber. Era que yo no podía estar en dos sitios a la vez, y los dos sitios me reclamaban con el mismo derecho.

Ewan se levantó. Se acercó. Se sentó a mi lado en la paja y me pasó un brazo por los hombros, y nos quedamos los dos mirando el farol, sin una solución sobre la mesa, con el problema entero delante.

—Cuéntame de tu padre —dijo—. No del negocio. De él.

Y le hablé de mi padre. Del hombre que fue antes de la enfermedad: terco, listo, justo a su manera dura, capaz de pasarse una feria entera regateando por un caballo que ni quería solo por el gusto de ganar la partida. Le conté que me crió solo, que mi madre murió de fiebres cuando yo era cría, que él no supo qué hacer con una hija más que enseñarle lo único que sabía, que eran los caballos y los números. Le conté que llevaba un año viéndolo apagarse, perder fuerza, perder la cabeza algunos días, y que lo único que lo mantenía sereno era creer que su negocio seguía en pie, que su hija no lo había dejado caer.

—Si vuelvo a Edimburgo, lo cuido hasta el final y muere en paz —dije—. Pero te pierdo a ti. Si me quedo aquí contigo, lo tengo todo menos a él, y él se muere solo, creyendo que lo abandoné. No hay puerta buena, Ewan. Las he mirado todas. Las llevo mirando dos semanas.

—No las has mirado todas. —Lo dijo sin soltarme, con esa testarudez suya que tanto me había sacado de quicio al principio y que ahora me agarraba como a un clavo ardiendo—. Has mirado las que ya conocías. Hay una que no has mirado.

—¿Cuál?

—Tráelo aquí.

Me quedé muy quieta.

—¿Qué?

—A tu padre. Tráelo al valle. —Ewan se giró hacia mí, y a la luz del farol le brillaban los ojos de quien acaba de ver la otra puerta—. Aquí hay aire bueno, hay calma, hay sitio de sobra en el castillo. Que pase lo que le quede en un sitio decente y no en una habitación de Edimburgo. El negocio, dices que es de comprar y vender caballos, ¿no? Pues mira a tu alrededor, Isobel. Estás en el valle del mejor

domador de las Highlands, con tu nombre, sin marido que te quite nada. ¿Quién dice que tu negocio tiene que estar en Edimburgo? Tráelo aquí. Tráelo todo aquí. A él, al negocio, a ti.

Lo miré sin respirar, porque acababa de poner sobre la mesa algo que yo, con toda mi cabeza de tratante, con todas mis listas y mis cuentas, no había sido capaz de ver. Llevaba dos semanas pensando que tenía que elegir entre dos sitios. Y él, el hombre que no salía del norte, acababa de enseñarme que a lo mejor no había que elegir. Que a lo mejor el sitio podía ser uno nuevo.

—No sé si querría venir —dije, pero la voz me temblaba de otra cosa ahora, de algo peligrosamente parecido a la esperanza—. Es terco. Tan terco como tú.

—Entonces nos llevaremos bien. —Ewan casi sonrió—. Dos tercios siempre encuentran de qué discutir.

No dije que sí aquella noche. Tenía que pensarlo, escribir a mi padre, sopesar si su salud aguantaría tres días de carruaje, mil cosas que mi cabeza de tratante ya estaba ordenando en listas a toda velocidad. Pero por primera vez en dos semanas, las listas no eran de razones para no quedarme. Eran de cómo hacerlo posible. Y esa diferencia, la de listar a favor en lugar de en contra, lo cambiaba todo.

Apoyé la cabeza en su hombro. Fuera, el viento bajaba del monte como bajaba cada noche, frío y limpio, y por una vez no me pareció el viento de un sitio de paso, sino el de un sitio donde una podría, quizá, deshacer la maleta del todo.

—Habrá que convencerlo —dije.

—Tú convences a cualquiera. —Me besó la coronilla—. Y a quien no convanzas tú, lo convenzo yo con un caballo. Entre los dos no se nos resiste nadie. Ya lo hemos visto.

Me reí, bajito, contra su hombro. Y me dormí allí, en la paja, en las cuadras, abrazada al domador, con el negro montando guardia y una puerta nueva abierta de par en par donde dos semanas atrás solo había muros. No estaba hecho. Faltaba lo más difícil. Pero por

primera vez desde que puse un pie en aquel valle, la cuenta empezaba a salirme a favor.

CAPÍTULO 21

ISOBEL

Había hecho aquel viaje tantas veces que podría haberlo dormido entero. Tres días de carruaje, los caminos del sur que conocía piedra a piedra, las posadas, el cambio de tiro. Pero esta vez lo hice con el cuerpo tirando hacia atrás, hacia el valle que dejaba, hacia un hombre y un caballo que se habían quedado en el patio viéndome partir. Ewan me había apretado la mano antes de subir al carruaje. "Vuelve", me había dicho, igual que la noche de las cuadras. Y yo le había prometido que volvería, con mi padre o sin él, pero que volvería.

Curioso lo que hace el corazón con los mapas. Toda mi vida, "casa" había sido Edimburgo, y "viaje" era cualquier sitio al que iba a vender caballos. Ahora, sentada en el mismo carruaje de siempre, recorriendo los mismos caminos, sentía que el viaje era este, el de bajar al sur, y que volvía a casa cada vez que el carruaje apuntaba al norte. Casi dos meses me habían bastado para darle la vuelta a la brújula entera. No se lo conté a nadie. Esas cosas suenan a tontería dichas en voz alta, y yo no soy mujer de decir tonterías. Pero las pensé, kilómetro a kilómetro, mientras Edimburgo se acercaba y se me hacía, contra toda costumbre, cada vez más pequeño.

Edimburgo me recibió con su humo de siempre, su ruido y su prisa, y por primera vez en mi vida me pareció un sitio ajeno. La gente caminaba rápido, sin mirarse, envuelta en sus asuntos. Yo, que me había criado en aquellas calles empinadas, que sabía moverme por ellas con los ojos cerrados, me sentí de pronto como una forastera que recuerda una ciudad de un sueño. Casi dos meses de brezo y

silencio me habían desacostumbrado al gentío. O quizá no era la ciudad la que había cambiado. Quizá era yo.

La casa estaba como la dejé, salvo más triste. Las cortinas medio echadas, el olor a cerrado y a medicinas, la señora Bruce —el ama que cuidaba de mi padre en mis ausencias— recibíendome con esa cara de alivio que pone la gente cuando llega por fin quien tiene que cargar con el peso.

—Ha preguntado por usted cada día, señorita —me dijo, quitándome la capa—. Algunos días lúcido, otros no tanto. Hoy es de los buenos. Lo verá.

Subí a su cuarto con el corazón en la garganta. Llevaba casi dos meses fuera, los dos meses más largos y más llenos de mi vida, y temía lo que iba a encontrarme. Mi padre era un hombre grande, fuerte, de manos como palas. Lo que encontré en la cama era un hombre pequeño, consumido, con las manos quietas sobre la colcha y los ojos hundidos. Pero los ojos, cuando me vio entrar, eran los mismos. Listos. Tercos. Míos.

—Vaya —dijo, con un hilo de voz que pretendía sonar a regaño—. La hija pródiga. Ya creía que te había perdido en las Highlands, comida por los lobos o por los escoceses, que vienen a ser lo mismo.

—Hola, padre. —Me senté en el borde de la cama y le cogí una mano, y me la dejó coger, que en él era mucho—. Tienes mejor cara de la que me habían pintado.

—Mentirosa. Tengo cara de muerto y los dos lo sabemos. —Me miró de arriba abajo, con esos ojos que siempre vieron más de lo que yo quería—. Tú, en cambio, tienes una cara que no te había visto nunca. ¿Qué te ha pasado?

Empecé por lo seguro. El contrato. Le conté lo del valle, los Dunmore, el sabotaje, Crane, las cartas, el comandante. Le conté cómo había salvado el negocio, cómo el contrato quedaba a mi nombre, cómo había ganado. Mi padre escuchaba con los ojos brillantes, asintiendo, y a ratos soltaba un "bien jugado" o un "ahí hiciste mal, deberías haber pedido el doble" que me hicieron reír,

porque era él, era el de siempre, el tratante que llevaba dentro hasta en el lecho de muerte.

—Lo has hecho mejor de lo que yo lo habría hecho —dijo al final, y aquello, viniendo de él, era la medalla más alta que repartía—. Has salvado lo que yo no supe sostener. Te debo eso, Isobel. Te debo el no morirme sabiendo que se perdió todo.

—No me debes nada. Es tuyo. Lo he guardado para ti.

—Es tuyo. —Negó con la cabeza, terco—. Lleva siendo tuyo dos años, aunque firmáramos con mi nombre. Lo sé todo. No estoy tan ido como creéis.

Tomé aire. Llegaba la parte difícil.

—Padre, he venido a llevarte conmigo. Al valle.

Se hizo un silencio. Su cara se cerró, esa cara que yo había heredado, la del que no quiere que le lean lo que piensa.

—No digas tonterías.

—No es una tontería. Allí hay aire bueno, calma, sitio. Una casa de verdad, no este cuarto cerrado. Puedo cuidarte yo, no la señora Bruce, que bastante hace. Y el negocio puede moverse, padre. Comprar y vender caballos se puede hacer desde un valle lleno de caballos igual que desde Edimburgo, mejor incluso.

—He vivido en esta ciudad sesenta y dos años —dijo, y la voz le temblaba de algo que no era debilidad, sino orgullo herido—. Y pretendes que me suba a un carruaje, medio muerto, tres días por esos caminos, para ir a estorbar en casa ajena en un valle de salvajes donde no conozco a nadie. Para ser una carga. Un viejo enfermo que traes contigo porque te da pena dejarlo solo.

—No es pena.

—Aquí está enterrada tu madre —siguió, sin escucharme, agarrándose a sus razones como yo me agarraba a las mías—. ¿Lo has pensado? A diez minutos de esta cama. Llevo veinte años yendo a su tumba el primer domingo de cada mes. Si me llevas al norte, ¿quién va a ir? ¿Quién le va a llevar flores? Me moriré a tres días de

la única mujer a la que quise, y me enterrarán entre desconocidos, en una tierra que no es la mía, con un cura que hablará raro. — Apartó la cara hacia la ventana—. Un hombre tiene derecho a morirse en su sitio, Isobel. Es lo último que le queda a uno. El sitio. Aquello me dolió, porque era de verdad, y porque le tocaba a él la misma fibra que a mí: el sitio, las raíces, lo que uno no quiere soltar. Pero yo había aprendido en aquel valle que a veces el sitio no es un lugar en un mapa, sino la gente con la que estás.

—Madre no está en esa tumba, padre —dije, despacio—. Madre está en ti, y en mí, y se viene con nosotros vayamos donde vayamos. Llevarle flores a una piedra no es cuidarte. Cuidarte es tenerte cerca, hacerte la comida, discutir contigo de caballos, que es lo que pienso hacer hasta el final. Y cuando llegue, te enterraré donde tú quieras. Si me pides que te traiga de vuelta aquí, con ella, te traigo. Te lo juro. Pero no me pidas que te deje morir solo en esta casa cerrada, a tres días de mí, para que una piedra te tenga cerca mientras tu hija te tiene lejos. Esa cuenta no sale, padre. Y tú sabes de cuentas tanto como yo.

Se quedó callado. Tenía los ojos húmedos, y los míos también, y ninguno de los dos lo mencionó, porque en mi familia las lágrimas se ignoran por cortesía.

—Mira que eres terca —dijo al fin, con la voz tomada.

—Salí a alguien.

—¿Entonces qué es? —Volvió a mirarme, buscando todavía una salida a la negociación, como el buen tratante que era—. Dime qué es, porque una hija no desentierra a su padre de la ciudad donde quiere morir por puro capricho. ¿Qué hay en ese valle, Isobel, que de pronto te importa más que todo lo que dejaste aquí?

Y ahí estaba. La pregunta que no sabía contestar sin contarle todo, y que no estaba lista para contar todo. Bajé la vista. Y mi padre, que llevaba sesenta y dos años leyendo a la gente para venderle caballos, me leyó a mí en un segundo, como había hecho siempre.

—Ah —dijo, despacio—. Es eso.

—Padre...

—Hay un hombre.

Lo dijo como quien cierra una cuenta que llevaba rato sumando. Yo no contesté, que fue toda la respuesta que necesitaba.

—Vaya, vaya. —Se recostó en la almohada, y por primera vez desde que entré, algo parecido a una sonrisa le cruzó la cara consumida—. Mi Isobel. La que me juró que no se casaría jamás, que el matrimonio era una mala inversión para una mujer. Y mírate. Vienes de un valle perdido con esa cara, dispuesta a desenterrar a tu padre moribundo con tal de volver corriendo. —Chasqueó la lengua—. Debe de ser un hombre de cuidado.

—Lo es —dijo, en voz baja, sin negar nada ya—. Es... terco como una mula. Brusco. Orgullosa. Imposible. Te caería fatal.

—Me caería de maravilla, entonces. —Mi padre soltó algo que era casi una risa, y le costó, y tosió, y le sujeté el vaso de agua hasta que se le pasó—. A mí siempre me cayeron bien los imposibles. Tu madre lo era.

Nos quedamos callados. Fuera, Edimburgo seguía con su ruido, ajeno a aquel cuarto donde un viejo terco y su hija igual de terca estaban negociando, sin nombrarlo, el último trato de sus vidas.

—No quiero ser una carga —dijo al fin, y la voz se le rompió del todo, y entendí que era eso, que siempre había sido eso, que el orgullo era solo el disfraz del miedo a estorbar—. No quiero que me lleves contigo por deber. No quiero que ese hombre te mire y vea a una mujer con un viejo enfermo colgado del brazo. No quiero quitarte nada, Isobel. Ya te quité bastante cuando hundí el negocio y tuviste que cargar tú con todo.

—No me quitaste nada. —Le apreté la mano con las dos mías—. Escúchame bien, porque esto no te lo voy a repetir, que de tercós vamos sobrados los dos. No vienes por deber. Vienes porque te quiero, y porque no pienso pasar el tiempo que te quede a tres días de distancia. Y en cuanto a Ewan, fue idea suya traerte. ¿Lo oyes? Suya. Un hombre que no te conoce de nada me dijo "tráelo aquí,

que pase lo que le quede en un sitio decente". Así que no eres una carga para nadie. Eres lo único que me queda de antes, y te quiero conmigo en lo que viene. Punto. Trato cerrado.

Mi padre me miró largo rato. Y luego hizo lo que hacía cuando perdía un regateo y lo sabía: levantó las dos manos, rendido, con esa dignidad suya de perder solo ante quien merecía ganarle.

—Trato cerrado —dijo—. Pero conste que voy bajo protesta. Y que pienso opinar de todos los caballos que compres. Y de ese hombre tuyo.

—No esperaba menos.

—¿Cuándo nos vamos?

—Pasado mañana. En cuanto descanses y prepare el carruaje para que el viaje te sea lo más llevadero posible.

—Pasado mañana. —Cerró los ojos, agotado por la conversación, pero con la cara más serena de la que tenía al entrar yo—. A las Highlands. A morirme entre brezo y escoceses. Quién me lo iba a decir. —Una pausa—. Tu madre se reiría de mí.

—Se reiría de los dos.

No abrió los ojos, pero sonrió. Y me quedé sentada en el borde de la cama, sosteniéndole la mano hasta que se durmió, pensando que había venido a Edimburgo a ganar el trato más difícil de mi vida y que, como casi todos los tratos que de verdad importan, lo había cerrado no con números, sino con la verdad.

Solo quedaba el viaje. Tres días de caminos con un hombre tan frágil que temía que cada bache fuera el último. Pero esa cuenta, la del riesgo, decidí hacerla por el camino. Aquella noche, por primera vez en casi dos meses, dormí bajo el techo de mi infancia sabiendo que era la última vez, y no me dio pena. Me dio paz. Porque ya no era mi casa. Mi casa, sin yo saber cuándo había pasado, estaba ahora tres días al norte, en un valle, con un domador y un caballo negro esperándome.

CAPÍTULO 22

ISOBEL

El viaje de vuelta fue lo que más miedo me ha dado hacer en la vida.

Preparé el carruaje como si llevara cristal. Mantas, almohadones, un brasero pequeño para las noches. Paramos cada pocas horas. Dormimos en posadas en lugar de tirar de noche, aunque eso alargara el viaje a cuatro días en vez de tres. Mi padre protestó por las paradas, dijo que lo trataba como a una anciana, pero yo le veía la cara después de cada tramo, gris, agotada, y sabía que cada bache del camino le costaba un pedazo de la poca fuerza que le quedaba. Iba sentada a su lado, sosteniéndolo en las curvas, midiéndole la respiración, contando las horas que faltaban como había contado tantas otras cosas en mi vida, solo que esta cuenta no me dejaba dormir.

Aguantó. Mi padre era terco hasta para eso. Cada mañana, cuando yo abría los ojos en la posada temiendo lo peor, él ya estaba despierto, mirándome, con un comentario sarcástico preparado sobre mi cara de no haber dormido.

Hubo un mal momento, la segunda noche. Le subió la fiebre de pronto, en una posada a mitad de camino, y pasé las horas más largas de mi vida sentada a su cama, poniéndole paños fríos, oyéndole delirar a ratos, llamando a mi madre por su nombre como si ella estuviera en la habitación. Llegué a pensar que no llegábamos. Que mi gran idea de traerlo al valle iba a terminar matándolo en un cuarto alquilado en mitad de Escocia, lejos de todo, por mi culpa, por mi empeño de no dejarlo morir solo. Lloré esa noche, callada, para que no me oyera ni en el delirio. Y al

amanecer la fiebre cedió, tan de repente como había venido, y él abrió los ojos, me miró la cara estragada y dijo: "¿Tan feo estoy que mi propia hija llora?". Y supe que íbamos a llegar. Los hombres que bromean no se mueren esa noche. Es una regla que me inventé entonces y a la que me agarré con uñas y dientes el resto del camino.

Y al cuarto día, al fin, el carruaje enfiló el último tramo, el que subía hacia el valle entre montes, y yo le abrí la cortinilla para que viera.

—Mira —le dije—. Ya estamos.

Mi padre se asomó. El valle se abría abajo, verde y gris, con el río brillando al fondo y el castillo de los Dunmore recortado contra la ladera. El humo de las chimeneas. Los caballos pastando en los cercados. La luz del norte, que es distinta a la de cualquier sitio, más limpia y más triste a la vez.

Se quedó mirándolo un rato largo, sin decir nada. Yo temí que lo odiara, que dijera que era un páramo dejado de la mano de Dios, alguna de sus frases de ciudad.

—Hay buenos pastos —dijo al fin—. Se cría bien aquí. Se nota en cómo andan esos caballos. —Hizo una pausa—. Tu madre habría pintado esto. Le gustaban las cosas tristes y bonitas.

Y supe que le había gustado, porque mi padre, igual que Ewan, igual que yo, decía las cosas que importaban por el lado, nunca de frente.

Ewan nos esperaba en el patio. Llevaba puesta la única camisa decente que le conocía, esa que se ponía para las ocasiones, y estaba más tieso que un palo, con las manos a la espalda, plantado como quien espera un examen. Me hizo gracia, y se me encogió el corazón a la vez. El hombre que se enfrentaba a un caballo de seiscientos kilos sin pestañear estaba muerto de miedo ante un viejo enfermo metido en un carruaje.

Ayudamos a bajar a mi padre entre los dos. Y entonces presencié algo que no olvidaré: aquellos dos hombres, el viejo tratante de las Lowlands y el domador de las Highlands, midiéndose el uno al otro como dos perros que deciden si van a llevarse bien. Mi padre,

apoyado en mi brazo, frágil como un pajarito, examinó a Ewan de arriba abajo con sus ojos de comprar ganado. Ewan aguantó el examen sin moverse.

—Así que usted es el que le ha sorbido el seso a mi hija —dijo mi padre.

—Padre.

—Es una forma de hablar. —Pero no apartó los ojos de Ewan—. Dicen que es usted el mejor domador del norte.

—Eso dicen —respondió Ewan—. Yo solo sé que no se me ha muerto un caballo por las prisas. A los caballos, como a las personas, hay que darles su tiempo.

Mi padre lo miró un momento más. Y luego, despacio, asintió, con ese gesto suyo de cuando aprobaba una compra.

—Buena respuesta —dijo—. Ayúdeme a entrar, domador, que llevo cuatro días en un carruaje y tengo el cuerpo como un mapa de baches. Y por el camino me cuenta qué piensa hacer con mi hija, que aunque ella se crea muy moderna, yo soy de la vieja escuela y estas cosas se hablan.

—Padre.

—Calla, Isobel. Esto es entre hombres.

Y se fueron los dos hacia el castillo, el viejo colgado del brazo del domador, hablando de mí como si yo no estuviera, y yo me quedé en el patio viéndolos entrar, con una risa y un llanto peleándose por salirme a la vez. El negro se acercó a la cerca y me dio con el morro en el hombro. Le rasqué la frente.

—Va a salir bien —le dije, más a mí que a él—. Mira, va a salir bien.

Instalamos a mi padre en la mejor habitación del castillo, una con ventana al valle y al río. Effie, que tiene un instinto para los enfermos que vale más que un médico, se encariñó de él al instante y empezó a llevarle caldos y a discutir con él de hierbas. Hamish, que sabía de deudas y de cuentas, encontró en mi padre un interlocutor con quien hablar de números hasta el agotamiento. En

tres días, aquel hombre que se moría solo en una casa cerrada de Edimburgo tenía a media casa pendiente de él y un valle entero por ventana.

No se curó. No era de eso de lo que iba. Un hombre que se muere se muere igual en una ciudad que en un valle. Pero hay maneras y maneras de recorrer ese último tramo, y mi padre lo recorrió rodeado, atendido, discutiendo de caballos hasta el último día, viéndome a mí feliz, que era, me confesó una tarde, lo único que le había faltado para irse en paz.

Tuvo buenos días, más de los que el médico de Edimburgo le había augurado. El aire del norte, decía Effie, que tiene teorías para todo. Yo creo que fue otra cosa. Creo que un hombre aguanta más cuando tiene motivos, y mi padre, de pronto, los tenía: un valle nuevo que juzgar, caballos que tasar con el ojo desde la ventana, un yerno terco con quien medirse, una hija a la que ver instalándose por fin en una vida.

Una tarde los encontré a los dos en el patio, mi padre en su silla y Ewan en cucullas a su lado, con las cabezas juntas sobre el casco de un potro, discutiendo de herrajes como si se conocieran de toda la vida. No me vieron. Me quedé en el umbral, mirándolos, al hombre que me hizo y al hombre que escogí, juntos, y pensé que pocas veces en la vida se le concede a una ver así, de un vistazo, todo lo que quiere en el mundo reunido en un mismo patio bajo el mismo sol.

—Ya puedo morirme tranquilo —me dijo, mirando por la ventana—. Te he visto en tu sitio. Un padre no pide más.

—No te mueras todavía. Que aún tienes que ver muchas cosas.

—¿Qué cosas?

No contesté. Pero él me miró, y volvió a leerme, como siempre.

—Ah —dijo, con media sonrisa—. ¿Esas cosas? Pues date prisa, hija, que no tengo todo el tiempo del mundo.

Me puse colorada como no me ponía desde los quince años, y él se rió, y tosió, y se rió otra vez, feliz de haberme avergonzado, que era

uno de los pocos placeres que le quedaban.

Esa noche fui a las cuadras a buscar a Ewan.

No fue casualidad. Lo había decidido. Llevaba semanas decidiéndolo, en realidad, desde aquella primera noche en el corral, solo que hasta entonces no había estado lista. Ahora lo estaba. Mi padre a salvo, en su sitio. El negocio en marcha, a mi nombre. El valle, que era ya mi casa. Y aquel hombre, que me esperaba sin saber que lo esperaba, reparando un arnés a la luz del farol como la primera vez.

Levantó la vista cuando entré. Algo en mi cara debió de decírselo, porque dejó el arnés despacio y se puso de pie.

—Isobel.

—No me he casado contigo —dije, y me tembló la voz—. Y no pienso hacerlo, ya lo sabes, por todas las razones que te conté. Pero eso no significa que no sea tuya. Lo soy. Entera. Si me quieres.

Ewan cruzó las cuadras y me tomó la cara entre las manos, esas manos enormes y callosas que sabían calmar a una bestia de seiscientos kilos, y me miró como si fuera yo la cosa más difícil y más valiosa que había domado nunca.

—Llevo queriéndote —dijo, con la voz rota— desde antes de saber que se me permitía.

Lo besé. Y le confesé, con la cara escondida en su cuello para no tener que mirarlo mientras lo decía, que nunca había estado con un hombre. Que había roto dos compromisos antes de llegar a nada, que me había pasado la vida demasiado ocupada protegiéndome para permitirme aquello, que tenía treinta años y el corazón curtido de regatear y que, en cambio, en esto era una novata y me daba un poco de vergüenza confesarlo. Lo dije deprisa, para quitármelo de encima, esperando no sé qué, que se riera, que se sorprendiera.

Ewan no hizo ni lo uno ni lo otro. Me apartó con cuidado para verme la cara, y en la suya no había burla ni asombro, solo una seriedad tierna que no le había visto nunca.

—Entonces iremos despacio —dijo, sencillamente—. Lo que haga falta. A las cosas importantes no se las mete prisa, ya te lo dije. ¿Confías en mí?

Era la misma pregunta que yo le había hecho a él en el patio, la mañana de la inspección, antes de jugármelo todo. Y le di la misma respuesta que él me había dado entonces, la que no llevaba reservas ni condiciones.

—Sí —dije.

Esta vez no hubo un comandante esperando, ni una marcha pendiente, ni una cuenta corriendo por debajo. Esta vez no había nada que nos separara, ni nadie a quien fingir, ni razón ninguna para no quedarme. Cerré la puerta de las cuerdas a mi espalda, y el resto de aquella noche fue solo nuestro, y no es cosa que se cuente, sino de las que se guardan. Solo diré que fue como él dijo: despacio, sin prisa, con la misma paciencia con que se gana la confianza de algo que ha aprendido a tener miedo. Y que entendí, esa noche, por qué lo llamaban el domador, aunque la palabra no le hace justicia, porque domar suena a someter, y lo que él hacía era lo contrario: convencer a una criatura asustada de que podía, por fin, dejar de tener miedo.

CAPÍTULO 23

ISOBEL

Mi padre vivió cinco meses en el valle, y fueron, me atrevo a decir, los mejores cinco meses de su vida y de la mía. También fueron los últimos, pero esa parte ya la sabía yo al traerlo, y la habría firmado mil veces con tal de poder darle aquellos cinco.

No los esperaba nadie. El médico de Edimburgo me había dado semanas, puede que un mes con suerte. Pero mi padre, terco hasta para morir, se agarró al aire del norte y a la novedad de tener un valle entero que juzgar, y aguantó un otoño y parte de un invierno, contra todo pronóstico, discutiendo de caballos y ganando casi siempre.

Se hizo el rey del patio. Lo sacábamos en su silla los días que el tiempo lo permitía, envuelto en mantas hasta la nariz, y desde allí dirigía la doma como un general que ya no puede cabalgar, pero todavía conoce la batalla mejor que nadie. Le tomó un cariño raro a Ewan, de esos cariños que se disfrazan de discusión permanente. Se pasaban las tardes peleándose por si a un potro había que trabajarlo más a la cuerda o menos, por si tal yegua valía lo que pedían por ella, por si los ingleses entendían o no entendían de caballos. Yo los oía desde la casa y sonreía, porque sabía que aquellas peleas eran la manera que tenían dos hombres orgullosos de decirse que se apreciaban sin tener que decirlo.

Y al negro, mi padre lo entendió enseguida. La primera vez que se lo enseñé, que le conté la historia entera, lo de la cría a mano y la marca y el reencuentro, se quedó mucho rato callado, mirando al animal.

—Así que eres tú —dijo al fin—. Aquel potro que no quise que criaras. El que dije que dejaras morir y después tuvimos que vender.

—Ese mismo.

—Me equivoqué entonces.

Fue lo más cerca que estuvo de decirme que estaba orgulloso. Me bastó.

Una tarde de noviembre, con el valle ya pardo y los primeros fríos apretando, me llamó a su cuarto. Estaba incorporado en la cama, más lúcido que de costumbre, y tenía sobre la colcha un fajo de papeles y su vieja caja de documentos, la que se había traído de Edimburgo y que yo no le había visto abrir desde la llegada.

—Siéntate —dijo—. Tenemos que cerrar un trato, tú y yo. El último. Y este lo vas a perder, así que ni lo intentes.

—Padre...

—Calla y escucha, que esto me ha costado tres cartas a un abogado de Edimburgo y no pienso repetirlo. —Dio unos golpecitos al fajo de papeles—. ¿Sabes qué es esto? Es tu libertad, hija. Lo he arreglado todo. El negocio, las propiedades, lo que queda del dinero, todo está ahora puesto a tu nombre en un fideicomiso. Un trust, como dicen los abogados finos. Tuyo. Solo tuyo. Atado de tal manera que ningún hombre, ni marido, ni nadie, puede tocarlo nunca. Te cases con quien te cases. O no te cases. Da igual. Sigue siendo tuyo hasta el día que te mueras, y luego de quien tú digas.

Me quedé sin habla, mirando los papeles.

—Pero la ley... —empecé—. Una mujer casada no puede...

—Una mujer casada no, pero un fideicomiso bien hecho sí. —Por primera vez en meses, le brillaron los ojos con el placer del tratante que ha cerrado una operación difícil—. Llevo sesenta años buscándole las vueltas a las leyes para ganar dinero, Isobel. ¿Te crees que no iba a saber buscársela a esta, ahora que se trata de lo único que de verdad me importa? Tu madre no tuvo nada propio en su vida. Todo lo suyo fue mío en cuanto nos casamos, porque así

eran las cosas y ninguno sabíamos que se podía hacer de otro modo. No voy a dejar que a mi hija le pase lo mismo. Tú vas a ser dueña de lo tuyo pase lo que pase. Es lo último que puedo darte. Es, en realidad, lo único que de verdad importa que te deje.

Se me llenaron los ojos. Cogí los papeles con las manos temblando, y vi mi nombre, Isobel Crieff, escrito una y otra vez en aquella letra de abogado, blindando lo que durante toda mi vida había defendido yo sola a base de mentiras, firmas falsas y miedo.

—Llevo dos años falsificando tu firma para sostener esto —dije, con un nudo en la garganta—. Y ahora me lo das, de verdad, con todas las letras.

—Llevas dos años haciéndolo mejor que yo. Es justo que sea tuyo de derecho y no solo de hecho. —Me cogió la mano—. Y ahora escúchame bien, porque esto es lo importante. Te he visto mirar a ese domador. Y lo he visto mirarte a ti. Sé lo que hay, aunque ninguno de los dos lo cuente, que para callaros las cosas importantes hacéis buena pareja. —Apretó—. No te he quitado el miedo a perder el negocio para que sigas usándolo de excusa. Te lo he quitado para que elijas libre. Cástate con él o no te cases, me da igual, no es asunto de un viejo. Pero hagas lo que hagas, hazlo porque lo quieres, no porque tengas miedo de perder algo. El miedo es mal consejero para todo, hija, menos para vender caballos. Ya no tienes nada que perder. Así que ya no tienes excusa para no quedarte con todo.

No le pude contestar. Le abracé, con cuidado, porque estaba tan frágil que temía romperlo, y él me dejó abrazarlo, que en él era tanto como en mí, y nos quedamos así un rato largo, el viejo tratante y su hija, cerrando el último y mejor trato de nuestras vidas.

Murió tres semanas después, una mañana de diciembre, mientras dormía.

No fue una mala muerte, de las que una teme. Se fue tranquilo, en una cama caliente, con la ventana dando al valle que había

aprendido a querer a regañadientes, después de cinco meses que no le tocaban y que la vida le regaló de propina. La noche antes había estado discutiendo con Ewan sobre un caballo, y se había reído, y había cenado bien. Effie dijo que esas son las buenas muertes, las que vienen después de una risa y una buena cena, y yo quiero creerla.

Lo enterramos en el valle, en el pequeño cementerio del clan, en una ladera con vistas al río. Me había dicho que no hacía falta llevarlo de vuelta con mi madre, que ella lo encontraría igual, que una mujer que te quiere te encuentra hasta en el fin del mundo. Ewan estuvo a mi lado todo el tiempo, sin decir nada, que es como mejor acompaña él. Y cuando bajaron el ataúd y a mí se me doblaron las rodillas, fue su brazo el que me sostuvo, sin aspavientos, firme.

Lloré a mi padre lo que hay que llorar a un padre. Pero lo lloré sin el peso añadido de la culpa, que es lo que de verdad envenena un duelo. No murió solo en una casa cerrada. No murió creyendo que su hija lo había abandonado. Murió en su sitio, que resultó no ser una ciudad ni una tumba junto a mi madre, sino un valle con buenos pastos y una hija cerca y un yerno terco con quien discutir. Murió, me atrevo a decir, feliz. Y haber podido darle eso, esos cinco meses, esa muerte buena, vale por todos los caminos y todos los miedos del viaje.

Los días siguientes a un entierro son los peores, porque el mundo sigue girando como si nada y a una le parece una falta de respeto que el sol salga igual. Me costó volver a las cuerdas. La primera vez que bajé, después, el negro me esperaba en la cerca, y cuando le puse la mano en la frente apoyó la cabeza contra mí, pesada, quieta, igual que el día del reencuentro. Los caballos saben de duelos más de lo que creemos. Aquel, que había perdido y recuperado y vuelto a encontrar tanto en su vida, se quedó conmigo aquella tarde sin pedir nada, dándome el único consuelo que sirve de verdad, que es el de una presencia callada que no intenta arreglarte lo que no tiene arreglo. Me quedé con él hasta que

oscureció. Ewan no vino a buscarme. Sabía, con ese instinto suyo, que aquel rato era entre el caballo y yo.

El luto fue largo, como debe ser. Pero la vida, que es testaruda, fue volviendo poco a poco, como vuelve la hierba a un campo quemado.

Una tarde de finales de invierno, ya con la nieve retirándose de las laderas, Ewan y yo paseábamos junto al río. El negocio iba bien; mejor que bien. Resultaba que un valle de las Highlands lleno de buenos caballos, con el mejor domador del norte y una tratante que sabía venderlos, era una mina que ni mi padre habría soñado. Yo compraba y vendía con mi nombre, dueña de lo mío por fin de hecho y de derecho. Ewan domaba. Hamish llevaba las cuentas del clan, ya saneadas. Todo encajaba, contra todo pronóstico, igual que habían encajado tres criaturas rotas en un corral meses atrás.

—Tu padre te dejó libre para elegir —dijo Ewan, de pronto, mirando el río—. Y no has elegido.

—¿Elegir qué?

—Sabes el qué. —No me miraba. Miraba el agua, y se le notaba que llevaba tiempo dándole vueltas—. Lo de casarnos. Ya no hay ley que te quite nada. Ya no hay negocio que perder. Tu padre se encargó. Y aun así no has dicho nada, y yo no te he preguntado, y los dos llevamos meses rodeándolo como rodeábamos antes lo otro.

Me paré. Lo miré, a aquel hombre imposible que había cruzado media novela aprendiendo a decir las cosas de frente, y que ahora, junto a un río, me estaba preguntando lo que ningún Ewan de los primeros capítulos habría sabido preguntar.

—¿Me lo estás pidiendo? —dije.

—Te estoy preguntando por qué no lo has decidido tú, que decides todo lo demás.

Me reí, porque era muy de los dos aquello, discutir hasta una petición de mano.

—No lo he decidido —dije, despacio, encontrando las palabras a la vez que las decía— porque no tengo que decidirlo por miedo. Ni a perder el negocio, ni a quedarme sola, ni a nada. Y resulta que, cuando le quitas el miedo a una decisión, la decisión se vuelve fácil. Tan fácil que casi no parece una decisión.

—¿Y eso quiere decir...?

—Que sí, Ewan. —Le cogí la cara entre las manos, devolviéndole el gesto de la noche de las cuadras—. Que me caso contigo. No porque lo necesite. No porque me convenga. No porque tenga miedo de perderte si no lo hago. Me caso contigo porque puedo elegir no hacerlo y aun así te elijo. Que es la única razón por la que merece la pena casarse con nadie.

Ewan Dunmore, el domador, el hombre que no sonríe, sonrió. Sonrió de verdad, entero, por primera y casi única vez en todo este relato. Y me besó allí, junto al río, sin prisa, con el valle entero por testigo y a nadie a quien fingirle nada, ni a Robert, ni a Crane, ni a un comandante, ni siquiera a nosotros mismos.

Y al fondo, en el cercado, como si lo hubiera entendido, el caballo negro relinchó y echó a correr, libre, por el valle que nos había juntado a los tres.

Mi padre habría dicho que era un buen trato. El mejor que cerré en mi vida, y el único que cerré sin regatear.

EPÍLOGO

ISOBEL

Tres años después...

Hay un potro nuevo en el corral. Es imposible, y por eso lo hemos comprado.

Lo trajo un tratante la semana pasada, en un lote de descartes, atado aparte porque mordía. Tordo, joven, con los ojos de un animal que ha aprendido demasiado pronto que las manos de los hombres hacen daño. Nadie daba un penique por él.

Ewan lo miró media hora sin decir nada, como mira él las cosas que de verdad le importan. Luego me miró a mí, y yo asentí, porque a estas alturas hay tratos que ya no necesitamos cerrar con palabras. Pagamos cuatro perras por él y nos quedamos también con la cara de loco del tratante, que se marchó convencido de habernos engañado.

Esta mañana los he visto desde la ventana.

Ewan estaba en el corral, en cuclillas, quieto, dejando que el tordo se acercara a su ritmo. Sin forzar. Sin pedir nada antes de tiempo. Con esa paciencia suya que no se enseña y que a mí me costó meses entender que también era una forma de amor.

Al otro lado de la cerca estaba mi negro, viejo ya, con la cara empezando a encanecer y el paso menos vivo, pero con el genio intacto. Vigilaba la escena como un abuelo vigila al nieto que da sus primeros pasos. A veces pienso que el negro le enseña a Ewan tanto como Ewan al potro. Que entre los dos, el hombre y el caballo que

crié hace quince años, van a quitarle el miedo a esa criatura igual que me lo quitaron a mí, despacio y sin que me diera cuenta.

Porque eso es lo que hacen aquí. Arreglar lo que llega roto. Resulta que era el negocio de mi vida y yo no lo sabía.

Me casé con Ewan Dunmore una mañana de primavera, hace casi tres años, en la capilla del valle, con Hamish de testigo y Effie llorando como si fuera ella la novia. Fue una boda pequeña, sin lujos, como nos pega a los dos. Llevé un vestido azul, no blanco, porque a mi edad y con mi vida lo del blanco habría hecho reír hasta a las ovejas.

Antes de la ceremonia firmé los papeles que mi padre me dejó preparados: el negocio entero, mío, a salvo de todo. Incluso de mi propio marido. Ewan firmó al lado sin leerlos siquiera.

—No necesito saber qué pone —dijo—. Es tuyo. Siempre lo ha sido.

Y así fue como una mujer se casó en las Highlands en 1816 sin perder un solo penique de lo suyo. Mi padre, allá donde esté, debió de celebrarlo con una carcajada de tratante.

El negocio prospera. Más de lo que habría soñado en Edimburgo, donde tenía que esconderme detrás de la firma de un hombre para que me tomaran en serio. Aquí compro y vendo con mi nombre: Isobel Crieff. No lo cambié por Dunmore ni siquiera al casarme, y ya lo conocen de Inverness a Edimburgo. La tratante que sabe ver en un caballo descartado lo que otros no ven.

Vienen a buscarme a mí.

La que no podía cerrar un trato sin un hombre delante ahora pone el precio, y los compradores lo pagan.

Hamish saldó las deudas del clan con lo que dio el contrato del ejército, el primero de muchos. El valle no cayó. No hubo ovejas inglesas pastando sobre las casas de nuestra gente, que era el sueño de Crane y de tantos como él en aquellos años en que tantos otros valles sí cayeron. El nuestro sigue en pie, con sus gentes, sus caballos y su humo en las chimeneas. A veces, cuando subo al pasto alto, pienso en lo cerca que estuvo todo de perderse. Entonces se

me revuelve algo por dentro, y bajo agradecida de aquel azar que me trajo al norte para supervisar un contrato y acabó dejándome aquí, salvando un mundo entero sin proponérmelo.

De Crane apenas se supo más. Respondió ante el ejército, perdió contratos e influencias, y se lo tragó el mismo olvido que se traga a los hombres que solo saben sumar lo que pueden quitarle a otros.

Robert salió del valle aquella noche y no volvió.

Marsaili, en cambio, sí rehízo su vida. Se separó de él en cuanto pudo, regresó al sur con su familia y, en su última carta, me contó que había abierto una pequeña posada y que por fin dormía tranquila. Me alegré por ella. No le debíamos amistad, pero sí gratitud, y la gratitud alcanza para desearle el bien a quien te ayudó, aunque fuera por sus propios motivos.

A mi padre lo visito el primer domingo de cada mes. Le llevo flores del valle a la ladera donde lo enterramos, junto al río, y le cuento las novedades como si pudiera oírme. A lo mejor puede. Qué sé yo.

Le hablo de caballos, sobre todo. De qué he comprado, a cuánto, y de cómo me lo imagino diciendo que pagué de más, porque siempre decía que pagaba de más, incluso cuando regateaba como un demonio.

También le digo que tenía razón. Que sin miedo, una elige mejor. Y a veces, también le digo que soy feliz. Que vine al norte a cumplir un encargo y me quedé a vivir una vida.

Que la mujer que llegó a este valle hace tres años, con el corazón cerrado, sus murallas y una firma falsa, no reconocería a la que ahora llora sin vergüenza delante de su padre muerto. Casada con un hombre imposible. Dueña de su negocio y de su nombre. Madre, desde hace un año, de una niña terca que ya intenta darle órdenes al caballo negro y a la que, por supuesto, el caballo negro obedece. Sí. Eso también.

Pero esa es otra historia. Y la niña tiene el genio de su padre, la cabeza de su abuelo y mis ojos, así que será mejor contarla otro día.

Esta es la historia de cómo un domador, una tratante y un caballo roto se arreglaron los unos a los otros sin querer, en un valle de las Highlands.

Esta tarde, cuando Ewan termine con el tordo, bajaré al corral. Me apoyaré en la cerca a su lado, sin decir nada, y veremos juntos cómo el potro decide, poco a poco, que aquellas manos no vienen a hacerle daño.

El negro estará cerca. La niña querrá meterse donde no debe y alguno de los dos la sujetará. Discutiremos de algo, porque siempre discutimos de algo, y la discusión terminará bien.

Y por la noche, cuando el valle se quede en silencio y la niña duerma, me sentaré a hacer mis cuentas. Las del negocio, primero, que para eso soy quien soy. Y luego, antes de apagar la vela, haré la única cuenta que nunca me sale: la de todo lo que vine a buscar, que era poco, contra todo lo que encontré, que fue todo.
